

LA Sombra



EL TRIÁNGULO
DE LA MUERTE

MAXWELL GRANT



El triángulo de la muerte

Maxwell Grant
La Sombra/40

CAPÍTULO I

LA MUERTE ESPERA

—**A**HÍ es. Entra despacio.

El desvencijado *sedan* se detuvo bruscamente. El chofer atendió inmediatamente la orden del hombre que iba sentado a su lado. Hizo girar el volante y el coche entró en un lugar de estacionamiento entre dos edificios vetustos.

Con hábil maniobra arrimó el vehículo a una pared. Paró el motor y apagó las luces. Los ocupantes, hombres ceñudos y silenciosos, escuchaban, sus ojos vigilantes atisbaban la calle que se extendía en línea recta a través del extremo Este de la ciudad de Nueva York.

Este era un antiguo distrito de Manhattan, repleto de edificios que en otro tiempo fueron mansiones suntuosas, pero que ahora se habían convertido en viviendas de inferior categoría. Era la única clase de distrito en que se podía ver un automóvil, en espera de un propósito desconocido.

Este hecho se desprendía de la precaución adoptada por los ocupantes del *sedan*. Su dirigente, el hombre sentado al lado del conductor, estaba ansioso por cerciorarse de que el coche no estaba vigilado.

Satisfecho finalmente de que él y sus hombres no fuesen observados por nadie, el jefe empezó a hablar con gruñidos emitidos en voz queda. Sus instrucciones fueron breves y concretas.

—La escalera de escape está a la espalda del edificio —explicó—. La cocina corresponde a la ventana de la derecha. Os haré una señal, si os necesito.

—¡Ssss! —llegó un susurro de advertencia desde el asiento posterior—. Espera un momento, Mitts.

El hombre sentado detrás atisbaba por un lado del *sedan*. Dos individuos sentados tras él, volvieron la cabeza en la misma dirección. Sus manos asieron instintivamente las culatas de los revólveres. El silencio se hizo denso. Por fin, el que había dado la señal de alerta habló otra vez.

—Debo haber sufrido una alucinación. Creía haber visto a alguien, pero me he equivocado.

—¿Por dónde? —musitó Mitts.

—Por la esquina de delante del edificio —respondió el aludido—. No vi a nadie en realidad, pero observé algo que interrumpía el paso de la luz que da a la calle. No tiene importancia. No he cesado de observar un solo momento desde entonces.

—No hay nadie por allí —gruñó otro individuo.

—Tened los ojos bien abiertos, de todas formas —ordenó Mitts—. Recordad bien lo que os he dicho. Una ventana a la derecha de la escalera de escape.

—¿Qué piso, Mitts?

—El tercero.

Con estas palabras, el hombre de al lado del conductor descendió del *sedan* y se adentró en la oscuridad. Los del coche permanecieron silenciosos.

Gangsters adiestrados y experimentados, los cuatro estuvieron esperando hasta que su jefe se hubo alejado. Luego esperarían la señal de la parte posterior de la casa.

El jefe no volvió a aparecer ante su vista hasta que hubo alcanzado la calle.

Allí subió los peldaños frontales del edificio y desapareció por la puerta abierta. Se encontró entonces en una especie de pasillo, que había sido en otro tiempo el vestíbulo de una casa aristocrática.

Después de leer las tarjetas que había al lado de una hilera de botones, el *gangster* oprimió uno de ellos. El hombre de la tarjeta era Rodolfo Lorskin.

Este fue también el nombre a que hizo referencia, cuando oyó una voz a través del anticuado teléfono que colgaba de la pared.

—¿El señor Lorskin? —inquirió.

—Sí —fue la cautelosa respuesta—. ¿Quién llama?

—¡Hola, Sparkles! —gruñó el visitante con sorda sonrisa—. Soy yo, Mitts Cordy.

—¡Sube! —fue la orden que llegó por el teléfono de pared.

Mitts Cordy se dirigió a la puerta exterior. Era un hombre robusto, alto, de acerada mandíbula y ojos duros y pequeños. Escrutó cuidadosamente la calle, para convencerse de que nadie le vigilaba. Luego, al oír el timbre de la puerta, volvióse rápidamente y entró en el vestíbulo interior.

Subiendo las oscuras escaleras, llegó a la puerta posterior del tercer piso.

El *gangster* llamó con los nudillos. La puerta se abrió. Mitts se encontró frente a un individuo alto, ancho de hombros, que le recibió mostrándole la dentadura de oro en sonrisa de bienvenida.

—Hola, Sparkles —dijo el *gangster* cuando Lorskin cerró la puerta—. ¿Va todo bien?

—¿Y me lo preguntas a mí? —replicó Sparkles—. ¿Dónde están los muchachos?

—Allí fuera. Esperando.

—Está bien.

Los dos hombres se sentaron. Mitts Cordy extrajo de su bolsillo un paquete de cigarrillos y ofreció uno a Sparkles Lorskin. El hombre de los hombros anchos declinó la oferta. Cogió una pipa de la mesa que estaba a su lado.

—Esto es mejor —dijo—. Estoy representando el papel de un recluso, un tipo inabordable, que no le gusta salir; vive solo, fuma su pipa y admira su colección de piedras preciosas.

Con esta aseveración, Sparkles sacó una caja de un cajón de la mesa. La abrió, mostrando un brillante montón de joyas. Mitts Cordy experimentó avidez y sorpresa.

—¡Caramba, Sparkles! —exclamó—. Creía que te habías deshecho de esas alhajas. ¿Qué piensas hacer...?

—¡Bah! —interrumpió Sparkles—. Cuanto más tiempo guarde estas piedras preciosas, más fácilmente las venderé después. Entretanto me permiten excitar la envidia de ciertos coleccionistas, que ocasionalmente visitan este aposento. Espero a uno esta noche. Por esto he solicitado tu concurso.

—¿Liquidar a un coleccionista de joyas? —rezongó Mitts—. No me parece un gran asunto. A menos que...

—¿A menos que...? —Sparkles sonrió al preguntar.

—A no ser que traiga un buen lote de alhajas encima —añadió

Mitts—. ¿Es eso?

—Algo de ellos —repuso el pretendido coleccionista—. Más importante, sin embargo, es el dinero que puede llevar este hombre. Supongo que traerá unos veinte mil dólares.

—¡Veinte de los grandes! —exclamó Mitts con un silbido—. Me atrevería con un regimiento por ese precio.

—Este no es ningún regimiento —dijo Sparkles—. El asunto es extremadamente fácil. Espero que mi hombre aparezca alrededor de las nueve, sino antes. Te sorprenderás cuando te diga quién es.

De encima de la mesa, Sparkles cogió un diario y, desplegándolo, mostró la fotografía de un hombre anciano con una larga barba blanca.

Mitts miró asombrado.

—¿El anciano doctor con las patillas a lo Noel? —preguntó—. Ya me enseñaste esta fotografía anoche, Sparkles... yo creí que era una broma, cuando me dijiste que tal vez me encontrara un día con él.

—El doctor Johan Arberg —declaró Sparkles tranquilamente—. El especialista danés, procedente de Copenhague. Un especialista de la sangre que reside momentáneamente en América, esperando el congreso Médico de Chicago.

—Un doctor... —repitió Mitts—. En Chicago. Si este tipo está en Chicago...

—No está en Chicago esta noche —interrumpió Sparkles—. Está en Nueva York. Va a venir aquí. Saldrá dentro de unos días, es decir, tiene el pasaporte para salir para Dinamarca. Me ha pedido una entrevista para encontrarnos aquí esta noche.

“El doctor Arberg tiene otra pasión, además de la Medicina. Colecciona piedras preciosas. Con frecuencia visita a coleccionistas poco conocidos como yo —Sparkles hizo una mueca—, y los tienta con la exhibición de sus riquezas. Si ellos se encuentran en dificultades financieras, y supone que yo lo estoy, pican a menudo a la vista de su dinero.

—Te comprendo —rió Mitts—. Tú quieres quedarte con tus joyas y con su dinero también. El viejo patriarca se dejará aquí la “mosca”.

—Exactamente. Luego lo recomendarás para que vea a San Pedro. Ese será el fin de Johan Arberg.

—Estupendo, Sparkles —sonrió Mitts—. Me pagas por el viajecito, pero no comprendo por qué necesitas a los muchachos, para despachar a un tipo tan viejo como ése.

—No, para eso no los necesito —replicó Sparkles—. Esta parte del negocio es muy fácil. Pienso en lo que pueda ocurrir después. Si el doctor Arberg no regresa a Copenhague, le buscarán entre aquella ciudad y Chicago. Un trecho largo para encontrar huellas. Sin embargo, la policía sospecharía si se diese cuenta de que yo había tomando el portante la misma noche que Arberg desapareció.

“Quiero hacerlo bien. Que aparezca todo como si fuese obra de *gangsters*. Ni el mismo doctor se dará cuenta de la diferencia. Tú y tu gente secuestraréis al viejo ante mis propias narices. Si la cosa se presenta mal, soltadle. Él atestiguará que yo intenté salvarle.

“Si, por el contrario, todo va bien, permaneceré aquí hasta final de mes, en que expira mi contrato de alquiler. Entonces continuaré mi vida de siempre. “Nadie sabrá jamás que el doctor Arberg, hizo una visita privada a un oscuro coleccionista de piedras preciosas llamado Lorskin.

—Bien pensado. Tú siempre has inventado cosas ingeniosas —afirmó Mitts—. Deja el asunto en mis manos. Traeré la banda mientras tú hablas con el viejo. ¿Quieres que nos metamos en la cocina, en espera de...?

—Sí. Intervenid cuando creáis que ha llegado la ocasión.

Sparkles Lorskin puso el diario a un lado. Empezó a sacar las joyas de la caja. Mitts Cordy le observaba. Ambos hombres tenían la vista fija sobre la mesa. Ninguno de ellos se percató de algo extraño que se movía en el suelo.

Un rayo de negrura, una mancha plana que tenía la apariencia de una silueta, se replegaba silenciosamente a todo lo largo del piso, recogiendo junto a la puerta. La forma que se deslizaba sobre la mullida alfombra no correspondía a un visitante que se aproximaba; era la huella impalpable de una persona que se iba.

Al disminuir para desvanecerse finalmente, indicaba que alguien había entrado mientras ambos hombres conferenciaban y que el visitante invisible salía sin que nadie le oyese.

¿Había sido seguido Mitts Cordy hasta aquel lugar? ¿Habían escuchado unos oídos atentos, los planes criminales que acababan de fraguarse?

Sólo los acontecimientos que se avecinaban podrían responder a estas preguntas. Si Sparkles o Mitts Cordy hubiesen visto la silueta que se movía sobre la alfombra, habrían sospechado la presencia de un visitante siniestro, cuya proximidad les habría hecho estremecerse de pánico.

Porque el fenómeno de una forma negra deslizándose, el paso de una silueta silenciosa, eran manifestaciones que los cautos bribones, temían más que las señales visibles y aparentes de un enemigo humano.

Una oscuridad furtiva, escurridiza. Este era el signo de La Sombra, el ser extraño y misterioso cuya invisible mano sembraba la muerte entre los hijos del hampa. Su identidad era un secreto indescifrable. La Sombra era una amenaza ante la cual todos los *gangsters* temblaban despavoridos.

Terminó la clasificación de las piedras. Cegadores rayos de luz brotaban de las riquísimas gemas. Raras y costosísimas, esperaban la llegada del doctor Johan Arberg. Constituían una trampa deslumbrante que ocultaba el peligro que habían tras ellas.

Sparkles Lorskin se levantó. El canalla pasó por el sitio es que había estado la deslizante mancha negra. No vio el menor vestigio de La Sombra. Mitts Cordy tampoco. Ambos hombres estaban preparados para llevar a cabo la obra criminal que habrían proyectado.

¡La muerte esperaba la llegada del doctor Johan Arberg!

CAPÍTULO II

GEMAS Y PISTOLAS

SPARKLES y Mitts Cordy eran dos hombres que trabajaban con eficiencia. La celada que habían preparado al doctor Johan Arberg, no era el primer esfuerzo de su siniestra asociación.

Sparkles poseía el instinto de un hurón, cuando se trataba de localizar valiosas colecciones de joyas. Mitts, un audaz rufián que capitaneaba una banda de pistoleros, estaba siempre dispuesto a seguir las iniciativas de Sparkles.

Las piedras preciosas que se hallaban sobre la mesa del aposento de Sparkles Lorskin, constituían el botín de varias operaciones en las que Mitts Cordy había desempeñado el principal papel. Sparkles, que siempre disponía de dinero, pagaba al contado por el trabajo que Mitts realizaba.

Este convenio era efectivo. Mitts Cordy prefería dar los golpes que se le indicaban. Le gustaba evitar la molestia consiguiente a la colocación de los géneros robados a un perista.

Sparkles, que prefería planear un golpe a ejecutarlo, y que no se apresuraba a malbaratar los objetos robados, también estaba satisfecho. Se hallaba en situación de conseguir mayores beneficios.

Sparkles consideraba a Mitts tanto un subordinado como un socio. Mitts admiraba a Sparkles. Esta noche, más que nunca, Mitts envidiaba la serenidad de su compañero.

El jefe de la banda sabía que las gemas que había sobre la mesa, como anzuelo para el doctor Arberg, representaban miles de dólares de géneros robados. La policía, de haber sospechado dónde se hallaban dichos artículos, se habría presentado allí de un momento a otro.

Sin embargo, Sparkles no les temía. Haciéndose pasar por un

modesto coleccionista de gemas, había establecido contacto con una víctima en perspectiva.

Mitts Cordy y su banda, en lugar de efectuar un golpe audaz, habían ido a la residencia de Sparkles, con el objeto de ayudar al bandido de joyas, en la acumulación de riquezas mal adquiridas.

Mitts Cordy observaba a Sparkles, cuando éste paseaba de un extremo a otro del aposento. El jefe de banda se dispuso a examinar la topografía del piso.

La puerta que daba a la cocina, estaba enfrente mismo de la entrada del cuarto. La mesa se hallaba entre las dos puertas.

Sparkles observó los cálculos de su compañero. Con una sonrisa astuta explicó la distribución del piso, mientras indicaba dos sillas cerca de la mesa.

Dijo:

—Yo estaré de cara a la cocina. Tendré al doctor Arberg en esta silla de al lado. Te daré una señal cuando llegue el momento. Opera con rapidez...

Hizo una pausa al oírse un zumbido procedente de la pared. Fue a contestar al teléfono.

Mitts oyó la breve conversación.

Sparkles se volvió rápidamente, cuando concluyó, murmurando en voz baja:

—Es el viejo. Escabúllete, Mitts, y avisa a la pandilla. Subirá dentro de un par de minutos.

Tan pronto como su aliado franqueó el umbral de la cocina, abrió la puerta del piso. Oyó unas pisadas lentas en la escalera. Hizo una profunda reverencia cuando un caballero de hombros encorvados apareció a la vista, con una cartera en la mano. El visitante se aproximó moviendo la blanca e hirsuta barba.

—¿El señor Lorskin? —fue la pregunta en voz alta.

—Sí —sonrió Sparkles—. Me alegro de conocerle, doctor Arberg.

El médico recibió el apretón de manos del bandido en el umbral. Cuando Sparkles cerró la puerta, los ojos del visitante observaron las relucientes gemas sobre la mesa. Un grito de interés brotó de los labios del galeno. El anciano dejó su cartera en el suelo.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Son magníficas! Me alegro de haber venido aquí.

El anciano se sentó en el mismo sillón que Sparkles le había

asignado.

Dibujando aún una sonrisa de satisfacción, el bandido tomó asiento y observó al visitante mientras este examinaba las gemas que tenía delante de él.

Sparkles estaba interesado de una manera especial en el rostro del doctor Arberg. El médico dinamarqués tenía un continente bondadoso y lleno de dignidad. Llevaba un bigote blanco y una barba bien cuidada, y sin embargo, la energía de sus facciones era bien patente.

No obstante, físicamente el doctor Arberg no constituía ningún problema.

Su paso lento por la escalera era prueba de su edad avanzada. Lorskin, que no había visto nunca al especialista de la sangre, calculó su edad en unos setenta y cinco años. Parecía muy activo para un hombre de sus años, pero era evidente, por sus acciones que había pasado la edad de su fortaleza física.

Sparkles Lorskin dijo suavemente:

—A propósito, doctor Arberg, espero que no habrá hablado a nadie de su intención de hacerme una visita aquí...

El locutor hizo una pausa, mientras Arberg meneaba la cabeza pausadamente, en señal negativa. El anciano doctor parecía estar demasiado interesado en las gemas para responder verbalmente.

Sparkles continuó:

—Comprenderá usted que estoy dispuesto a hacer un gran sacrificio, al vender estas joyas. Por este motivo no me agradaría que se corriera la noticia de que estaban a la venta. No quisiera que me molestasen los cazadores de gangas.

—Ciertamente que no —asintió el anciano doctor.

—Desde luego —prosiguió Sparkles—, me interesan únicamente las operaciones al contado.

El doctor alzó la vista de la mesa. Una sonrisa apareció entre la blanca barba. Introduciendo una mano en un bolsillo, extrajo un grueso fajo de billetes de Banco. Sparkles se quedó mirando estupefacto al ver papel moneda de quinientos y de mil dólares.

Observó Arberg:

—Esto cubrirá más de lo que me propongo comprar. Siempre llevo bastante dinero encima... y siempre compro al contado. Siempre.

Las palabras fueron pronunciadas en tono fuerte. Antes de que Sparkles pudiese contestar, se guardó el fajo de billetes con un rápido movimiento de la mano.

Declaró:

—No hay más que un inconveniente. Estas joyas son valiosas, pero hay algo en ellas que no me agrada del todo. Me entiende, ¿no es verdad?

Sparkles meneó la cabeza en señal negativa.

Arberg prosiguió:

—No forman una colección. Parecen gemas cogidas de aquí y de allá, de distintas procedencias. Joyas robadas... usted me comprende...

Sparkles miró fríamente al doctor. Se sintió nervioso al encontrar los ojos duros de Arberg. No le gustaba la expresión del anciano médico.

Repuso:

—Estas joyas no son robadas. Las he coleccionados sin tener en cuenta su historia. Su valor depende de su mérito intrínseco. Lamento mucho, doctor Arberg, que no le interesen.

El bandido se removió en su asiento. Iba a mirar hacia la puerta de la cocina cuando Arberg hizo un gesto extraño. Extendiendo luciente sortija en el dedo del corazón.

Sparkles contempló asombrado el hermoso ópalo que despedía destellos multicolores.

—Esta piedra —observó Arberg—, es mi favorita. Mírela, es un girasol rarísimo. Perteneció en una época al zar de Rusia...

Sparkles miraba sugestionado la magnífica gema. Sus destellos irisados eran fascinadores. No observó la mano derecha de Arberg, que descansaba debajo del gabán del anciano. Creyendo que era ésta una ocasión magnífica, señaló con sus dedos.

Sin mover la cabeza, alzó la vista y vio a Mitts Cordy entrando sigiloso por la puerta, con un revólver en la mano. Luego su mirada volvió hacia el girasol. Fue entonces cuando Arberg actuó de una manera sorprendente.

Los ojos del anciano doctor habían visto la señal de Sparkles. Vieron la mirada del bandido cuando descendió hacia la joya. La mano derecha de Arberg surgió de debajo del gabán, empuñando una pistola automática. Al mismo tiempo su mano izquierda asió

rápidamente el brazo del bribón.

Con fuerza increíble, el hombre de barba blanca sacó el cuerpo largo y ligero de Sparkles Lorskin del sillón. Cuando el bandido cayó sobre la mesa, el brazo derecho de Arberg se extendió como una barra rígida, sobre el cual se dobló desmayadamente el torso de su antagonista.

Con una poderosa torsión de su cuerpo el asombroso anciano, trazando un largo arco con su brazo, lanzó al bandido al otro lado del aposento, hacia el lugar en que se hallaba Mitts Cordy.

La operación fue asombrosa. Un movimiento de “jiu-jitsu” que dependía tanto de la fuerza como de la habilidad, puso al anciano doctor frente a Mitts Cordy y a su cuarteto de invasores.

Los tonos amargos de una risa burlona brotaron de debajo de la barba de Arberg. Aquella risa indicaba la verdadera identidad del visitante. Este no era Johan Arberg, un viejo caduco.

¡La persona extraordinaria que había entrado en acción era La Sombra, el enemigo que las hordas del hampa temían!

A veces, la simple aparición de La Sombra era ya suficiente para espantar al *gangster* más endurecido. Mas cuando al mismo tiempo actuaba, el instinto de conservación era suficiente, para que los malhechores replicaran en su defensa. En esta crisis, Mitts Cordy actuó con toda la virulencia que le era característica.

El jefe de banda había encañonado al visitante. Cuando el cuerpo de Lorskin salió lanzado por el aire y La Sombra girando velozmente emitió su risa identificadora, Mitts Cordy disparó. Tirador rápido, realizó la rara proeza de ganar de mano a La Sombra en el primer disparo.

No obstante, al actuar rápidamente, Mitts se vio obligado a cambiar su puntería. Al esquivar el cuerpo lanzado de Sparkles Lorskin, desvió el cañón de su pistola del hombre de la barba blanca. Durante ese rápido movimiento, Mitts disparó su tiro.

La Sombra, con sus barbas inusitadas, estaba aún en movimiento. La bala de Mitts pasó silbando junto al hombro de La Sombra. El jefe de la banda apretó el gatillo para disparar el segundo tiro. No salió.

De la pistola automática de La Sombra brotó una llamarada. Retardado momentáneamente para tomar una puntería certera, el tiro llegó al blanco.

Una expresión horripilante apareció en la cara de Mitts Cordy. El jefe de la banda se desplomó. La pistola se le desprendió de la mano derecha.

Llevándose ambas manos al pecho, cayó de bruces sobre Sparkles Lorskin, rodó de costado al suelo y quedó boca arriba.

Los ojos de La Sombra no siguieron la muerte del jefe de banda. Mientras la pistola de Mitts caía al suelo, el invicto luchador inició un ataque fulminante sobre los pistoleros que estaban al otro lado de la puerta.

La caída de Mitts Cordy dejó más campo libre para la lucha. Pistolas prestas se alzaban. Los dedos oprimían los gatillos.

Pero La Sombra, que había despejado el terreno para esta nueva batalla, era un luchador que actuaba en fracciones de segundos. Sobre el cuarteto que tenía delante, descargó una lluvia de plomo de su pistola automática.

El estruendo de la pistola del 45 retumbó con ecos ensordecedores. Tres tiros salieron de aquella potente arma, antes de que las de los pistoleros replicasen.

La primera réplica vino de un pistolero que se tambaleaba. El tiro del individuo salió errado. La segunda bala procedió del *gangster* más rezagado, que disparó, precipitadamente cuando giraba sobre sus talones, para escabullirse, intentando ponerse a cubierto. El bandido no llegó a un refugio.

Profirió un espeluznante chillido un instante después, cuando La Sombra disparó un tiro que le hirió en el hombro.

De los cuatro pistoleros, uno había huido, herido, por la ventana, que estaba fuera del radio de acción de La Sombra. Otro, también herido, logró ponerse en pie y huir hacia el mismo lugar de seguridad. La risa de La Sombra siguió al bandido fugitivo.

Los otros pistoleros yacían sobre el suelo. Uno no se movía; el otro, mostró de pronto señales de vida. Giró sobre sí mismo, se incorporó sobre un codo y apuntó una pistola hacia La Sombra. Los labios del bandido, retorcidos en los estertores de la agonía, proferían maldiciones.

Con toda calma, La Sombra encañonó con su pistola al bribón, pero no disparó. Un balazo resultaba innecesario. Las maldiciones del pistolero murieron en sus labios; su cuerpo se desplomó antes de que pudiera disparar.

Había sucumbido de una herida mortal.

Sonaron varias detonaciones procedentes de la cocina. Un pistolero disparaba desde la ventana. Hubo unos disparos en respuesta. Un chillido anunció la caída, desde la ventana de un gangster moribundo. Repitióse la siniestra risa de La Sombra.

La Sombra conocía la procedencia de los disparos exteriores. Su agente, Cliff Marsland, que vigilaba con anterioridad las actividades de la banda de Mitts Cordy, había llegado para cortarles la retirada. Por esta razón, La Sombra había permitido la huida de los dos malhechores.

Sparkles Lorskin yacía inconsciente sobre el piso. El canalla no se había recuperado del tremendo golpe que había recibido. La Sombra, todavía en la patilluda personificación del doctor Johan Arberg, volvió a reír cuando vio que Sparkles no se había dado la menor cuenta de la refriega.

De pronto, La Sombra dio un salto hacia delante. El último de los *gangsters* venía tambaleándose desde la cocina. Escogiendo la puerta, en vez de la ventana, donde no veía más que oscuridad, el herido rufián creyó poder triunfar sobre La Sombra.

Con un grito de rabia, el malhechor se lanzó hacia delante, apuntando con su revólver al rostro de blanca barba que él sabía que ocultaba los rasgos de La Sombra. Alzóse la automática. Resonó su chasquido final.

El *gangster* se inclinó lentamente. El dedo con que apretaba el gatillo de su arma temblaba espasmódicamente. Dos balas perdidas agujerearon el suelo de la habitación. El último de los *gangsters* había muerto.

En la habitación extraordinariamente silenciosa, La Sombra emitió una risa susurrada. Era como un himno triunfal, la nota final de aquella batalla rápida y sangrienta.

Casi como en respuesta a la risa de La Sombra, llegó el sonido lejano de un silbato de la policía. El ruido de las detonaciones había sido oído desde la calle. La policía se dirigía hacia allí.

Volviéndose rápidamente, La Sombra recogió la cartera que había traído.

Dejándola sobre la mesa, inició la transformación que acababa con la personificación del doctor Arberg.

La visita de La Sombra había empezado con gemas. La había

terminado con pistolas. Las gemas estaban ganadas; las pistolas silenciosas. El poder de La Sombra había prevalecido.

CAPÍTULO III

LA SOMBRA SE MARCHA

UN silbato policiaco sonó en la oscuridad de la estrecha calle, a que daba el piso en que se había desarrollado la tremenda lucha. Ruidos de fuertes pisadas gravitaron sobre el pavimento. Hombres uniformados irrumpieron en el espacio de estacionamiento, en que se hallaba el sedan vacío.

Había transcurrido un intervalo entre los tiros finales y la llegada de la policía. Durante este tiempo Cliff Marsland, agente de La Sombra, desapareció rápidamente. Pero La Sombra se hallaba aún en el aposento al que no tardaría en llegar la policía.

La cartera abierta yacía sobre el acervo de piedras. Unas manos largas y firmes extrajeron de ella una masa de paño negro. Asemajábase a un sudario cuando cayó sobre la blanca peluca y la falsa barba que llevaba La Sombra.

El sudario convirtiéndose en capa. La mano izquierda de La Sombra, en la que refulgía el espléndido girasol, sacó un sombrero de fieltro de la cartera.

Las manos extendieron el sombrero hacia delante. Cuando alcanzó la cabeza de La Sombra, el sombrero reemplazó a la peluca y a la barba. La máscara de pelos blancos cayó del rostro de La Sombra, que ahora permanecía invisible por la protección del ancho sombrero de fieltro. Las manos introdujeron la barba y la peluca en la cartera; después de plegarla, desapareció bajo la capa de La Sombra.

Silbidos en la escalera de escape. Gritos debajo de la escalera. La Sombra rió otra vez cuando sus ardientes ojos observaron que Sparkles Lorskin, la única persona presente, yacía inconsciente de lo que se estaba desarrollando.

La mesa resplandecía con su carga de joyas; un rosario de piedras refulgentes se extendía por el suelo, entre la mesa y el lugar en que Sparkles había caído. El cuerpo del bribón había sembrado aquellas gemas en su caída.

La celeridad solamente podría permitir a La Sombra retirarse antes de la llegada de la policía. Los dos caminos estaban bloqueados. Sin embargo, La Sombra, soltando su inimitable risa, no mostraba gran prisa.

Sus manos estaban embutiéndose en guantes negros. Un ser espectral envuelto en prendas sombrías. La Sombra despreciaba la necesidad de huir.

Había un teléfono en un rincón. La Sombra lo alzó. Marcó un número.

Llegó la respuesta. En tono quedo, pidió que le pusieran en comunicación con el doctor Arberg.

Sparkles Lorskin se agitó. En su estado de estupor oía el timbre de voz de La Sombra. Le pareció extrañamente familiar. Había una razón definida. La Sombra imitaba con rara perfección la propia voz de Sparkles Lorskin.

—¡Oiga! —el acento de La Sombra llegaba confuso a los oídos del bandido—. ¿Es el doctor Johan Arberg?... Llama Lorskin... Me alegro de haberle llamado antes de abandonar el hotel... No, una visita aquí sería inútil... ¿Las piedras? Las he vendido... Sí. La colección entera... Me persuadieron para que me desprendiese de ellas... Adiós, señor.

Sparkles Lorskin se incorporaba apoyándose en manos y rodillas. Como un cloroformizado, había oído su propia voz anular la cita que tenía con el doctor Arberg. Todo aquello le parecía un sueño al bribón.

Recordó vagamente la llegada del doctor; luego un salto en el aire que terminó con la pérdida del conocimiento.

Un silbato resonó en la ventana de la cocina. El agudo sonido reanimó a Sparkles. Vio el cuerpo de Mitts Cordy. Un revólver yacía junto a la figura inanimada del *gangster*. Desesperadamente, Sparkles asió el arma.

Instintivamente, el malhechor volvióse hacia el teléfono. Observó con asombrados ojos el lugar en que había oído su propia voz en animada conversación. No había nadie allí. Algo resonó en la

puerta exterior.

Poniéndose en pie, dirigió sus ojos en aquella dirección.

Fue entonces cuando vio a La Sombra. Alto, silencioso y amenazador, el fantasma negro se alzaba como un centinela solitario, un ser irreal en medio de una escena que hablaba de inminente invasión. Un grito que expresaba terror y sorpresa brotó de los labios de Lorskin. La mano izquierda de La Sombra hizo girar el pomo de la puerta.

Abrió hacia adentro. Un agente de policía hizo su aparición. Al mismo tiempo otro uniforme azul emergió de la puerta de la cocina. Mientras Sparkles se aproximaba a la pared, La Sombra dio media vuelta al interruptor de la luz sumiendo en tinieblas la habitación.

Sparkles disparó su revólver. No apuntó a ningún policía. Dirigió sus disparos al sitio en que se hallaba La Sombra, presintiendo que aquel era su enemigo más inmediato. Una risa susurrada, de vaga localización, fue la burla que le respondió.

Llamearon nuevos revólveres. Ambos policías habían disparado contra Sparkles. Volviéndose furiosamente, el canalla se dispuso a repeler el ataque.

Entre el fogonazo del tiro del revólver, oyóse el ronquido de una automática. Los tiros de la policía continuaron. Sparkles no disparaba ya.

Instintivamente, el policía de la cocina avanzó hacia el lugar en que se hallaba Lorskin. Con voz sorda ordenó a su compañero que encendiese la luz.

Simultáneamente, un ser silencioso cruzó el umbral que acababa de abandonar el agente.

Iluminóse la habitación. La luz reveló dos hombres uniformados, uno junto a la puerta exterior, su mano sobre el interruptor; el otro, mirando fijamente hacia la mesa. Sparkles Lorskin, tosiendo convulsivamente, se había doblado sobre el suelo. Su revólver había caído a tres pies de distancia.

Vanamente, intentó recoger el arma. Su esfuerzo fue inútil. Se desplomó, ahogándose, cuando el policía le empujó hacia delante para impedir que cogiese el revólver. Los agentes prorrumpieron en gritos de asombro, cuando vieron las alhajas esparcidas por la mesa y el suelo.

Otro policía apareció en la puerta exterior. Como la pareja de la

habitación, quedó estupefacto a la vista de las preciosas piedras. Ninguno del trío representante de la Ley, dirigió la mirada a la puerta de la cocina. Evitando pisar los cuerpos de los *gangsters* caídos, el rey de los luchadores se dirigió a la ventana que daba acceso a la escalera de incendios.

Con paso sigiloso, alcanzó su objetivo. Hallábase ya en la escalera de incendios, cuando una potente linterna eléctrica proyectó un haz de luz hacia arriba, revelando la ventana por donde había pasado.

—¡Ey, el de arriba!

La llamada provenía de un agente, que estaba parado junto al cadáver de un *gangster* que había caído de la ventana.

Una figura apareció dentro del radio de la luz. El hombre de abajo reconoció a uno de los agentes que había subido al piso de Sparkles Lorskin.

El policía de la ventana informó:

—Hemos atrapado a uno. Estoy telefoneando, pidiendo una ambulancia. Tuve que acribillarlo en la oscuridad. Hay otros arriba... pero todos fueron muertos antes de nuestra llegada.

El agente que tenía la linterna sorda miraba hacia arriba mientras escuchaba.

La pared de ladrillo y la ventana abierta estaban en su radio de visión. Para el hombre de arriba, el resplandor de la linterna era evidente. Ninguno de los dos vio ni oyó a la figura sigilosa, que llegó al fondo de la escalera de incendios.

Envuelto en la oscuridad, La Sombra pasó por detrás del policía en el lugar de estacionamiento de coches. Su figura negra era invisible. No podía ser vista ni siquiera cuando llegó a la acera.

El único fenómeno que indicaba la presencia del fantasma de la noche, fue el corte momentáneo de un rayo luminoso en el otro lado de la calle. Ninguno de los agentes lo observó.

Arriba, el policía volvió a la cocina y contempló a Sparkles Lorskin. Un agente telefoneaba a Jefatura. Ya había pedido una ambulancia. El otro policía recogía las gemas del suelo, depositándolas en la caja que había sobre la mesa.

De todos los bandidos que intentaron matar al doctor Johan Arberg, Sparkles Lorskin era el único superviviente. Sin embargo, su estado a juzgar por su posición en el suelo, indicaba que tenía

escasas probabilidades de salvarse.

Los pistoleros reconocieron que el luchador que simulaba ser el doctor Arberg era La Sombra. Aquellos bandidos estaban muertos, con su jefe, Mitts Cordy, silenciosos como él. Solamente Sparkles vio a La Sombra en su extraña vestimenta de negro.

No se le ocurrió que La Sombra era el doctor Arberg. Para Sparkles, la visita del rey de la noche había sido una aparición sobrenatural.

Los policías reconstruyendo los hechos basándose en lo que vieron, creían que algunos ladrones entraron a robar las alhajas. Sabían que las gemas debían ser robadas; de lo contrario, Sparkles no habría presentado batalla a los agentes de la autoridad.

Ninguno de los agentes sospechó la presencia invisible de La Sombra, en ese cuarto donde la muerte había fulminado, a los que planeaban matar al doctor Arberg.

A varias manzanas de distancia, La Sombra dirigíase veloz hacia el Sur.

Sentado al volante de su *coupé*, el rey de la noche se alejaba del escenario del crimen. El coche entró en un garaje. Cuando un empleado se aproximó para hacerse cargo del vehículo, un caballero vestido de frac, con una cartera bajo el brazo, se apeó.

El caballero observó en tono sereno:

—Dejaré mi *coupé* aquí esta noche. ¿Ha llegado mi *limousine*?

—Allí está, señor Cranston —respondió el empleado.

El caballero se volvió en dirección del lugar indicado. Un chofer abría la portezuela de la *limousine*. El caballero subió al automóvil.

—Lléveme a Nueva Jersey, Stanley —fue la orden.

El automóvil salió del garaje. Enfiló hacia el túnel de Holland. Stanley conducía el coche a una marcha moderada mientras el pasajero, reclinado en los almohadones, fumaba tranquilamente un cigarrillo.

Esa noche, La Sombra había representado al doctor Johan Arberg, con el objeto de hacer una temprana visita al piso de Sparkles Lorskin. Una vez allí, en el teléfono representó a Sparkles Lorskin, para decirle al doctor Arberg que su visita era innecesaria.

Entretanto, este asombroso luchador había exterminado a una banda peligrosa. Volvió a adoptar el disfraz de La Sombra. Dejó a Sparkles Lorskin, gravemente herido, en manos de la Policía,

rodeado de una cantidad respetable de gemas robadas.

Ahora, bajo el disfraz de Lamont Cranston, multimillonario y caballero deportista, La Sombra regresaba a su mansión de Nueva Jersey, a esperar una nueva ocasión que exigiera luchar contra las hordas del crimen.

La Sombra había salvado la vida del doctor Arberg, especialista de la sangre, un súbdito dinamarqués, cuyo regreso a Copenhague no sería estorbado por Sparkles y sus sicarios.

De este nodo actuaba La Sombra. Realizando proezas maravillosas, el hombre de la noche llevaba a cabo actos que parecían milagrosos. Con habilidad y precisión, La Sombra había salvado la vida del doctor Johan Arberg, sin que el sabio se percatase del grave peligro que le amenazaba.

Vigilando los movimientos de los bajos fondos, y mediante los informes de Cliff Marsland, su agente en el mundo del crimen, La Sombra había conseguido un triunfo completo. Conociendo la situación, vio que ya no había necesidad de seguir protegiendo al doctor Johan Arberg.

Sin embargo, mientras La Sombra regresaba cómodamente a Nueva Jersey, un nuevo peligro amenazaba al doctor Johan Arberg. Fuera del alcance de la vigilancia del rey de la noche, un enemigo, más sutil y capacitado que Sparkles Lorskin y Mitts Cordy combinados, trazaba un plan enérgico.

Todas las operaciones siniestras que La Sombra había frustrado, iban a repetirse con un objetivo más criminal, un plan que no había llegado aun a conocimiento de La Sombra.

Los frutos de la victoria que La Sombra había cosechado esta noche, estaban destinados a malograrse.

¡La Sombra, triunfante, tendría que medir sus armas con nuevos enemigos dignos de su contrincante!

CAPÍTULO IV

CUESTION DE ÉTICA

EL doctor Johan Arberg se hallaba de pie, junto a la ventana de la habitación que ocupaba en el Hotel Imperator. A veintidós pisos sobre la acera de la calle, el especialista danés contemplaba las luces de Manhattan.

En esta su primera estancia en la ciudad de Nueva York, el eminente especialista de las enfermedades de la sangre, estaba experimentando la fascinación de la gigantesca metrópoli.

La imaginación, sin embargo, más que la simple percepción visual, producía aquel efecto en su incesante observación. El doctor Arberg comparaba mentalmente, el brillo deslumbrante de las luces con gemas rutilantes.

Una de las razones de la venida del célebre médico a Nueva York, había sido el deseo de adquirir una colección de piedras preciosas, que sabía que estaban a la venta.

Tenía el propósito de visitar al coleccionista esa noche; pero acababa de recibir un mensaje telefónico, anunciándole que las alhajas habían sido vendidas a otro comprador.

El doctor Arberg se sentía algo disgustado. No podía comprender por que no se le había concedido la oportunidad de contemplar las gemas. Eso, decidió, se debía indudablemente a la manía de efectuar, rápidas transacciones bursátiles que parecía apoderarse de todos los americanos.

En Dinamarca, pensó el doctor, cualquiera que hubiese tenido una piedra por vender, habría dado a su posible comprador toda clase de facilidades para que la contemplase a su sabor.

El médico danés, cuando se volvió de la ventana, apareció exactamente como La Sombra lo había personificado. La forma de la

barba, las dimensiones del bigote, los rizos de sus cabellos... todo lo había imitado a la perfección. Hasta la anchura de los hombros del anciano había sido copiado con singular exactitud.

El verdadero Arberg no mostraba empero, signos de energía latente. Era un hombre bien conservado para su edad, pero nada más. Miraba alrededor de su aposento con aire indiferente y su mirada se posó en el minúsculo reloj que tenía en la mesa escritorio.

Aquel reloj era uno de los objetos de cuya propiedad estaba más orgulloso.

Siempre lo llevaba con él, cuando viajaba, en consonancia con las aficiones del doctor, la caja del reloj estaba embellecida con pequeños, pero valiosísimos diamantes que correspondían a cada número de la esfera.

El reloj marcaba exactamente las nueve. El doctor extendió la mano para coger el cronómetro. Se detuvo cuando oyó que el teléfono empezaba a sonar.

Alzando el receptor, el médico empezó a mover afirmativamente la cabeza al oír la voz procedente del otro extremo del hilo.

—¡Ah, sí! —exclamó—. El doctor Barton Keyes. Me alegro de tener noticias tuyas, doctor. ¿Cómo está el paciente?

Hubo una respuesta breve.

Arberg continuó movimiento la cabeza en señal afirmativa, como si estuviese frente a su interlocutor.

—Me alegro de oír lo que me dice —declaró el médico dinamarqués—. Me alegro de que las inyecciones hayan producido los resultados que le prometí... ¿Qué?...¿Qué dice? ¿Está usted en casa del señor Wycliff ahora?... Sí... Sí... El motivo de que yo fijase una hora para mañana por la noche fue que tenía que hacer una visita muy importante esta noche. Pero ha sido aplazada. El señor con quien tenía que verme, me ha telefoneado diciéndome que yo no vaya a verle. ¿Comprende?

Moviendo aún la cabeza, el doctor Arberg cogió un papel y un lápiz y tomó nota de las instrucciones que recibía por el teléfono. Terminada la conversación, colgó el auricular y se alejó del aparato.

Al mirar hacia el centro del aposento, se detuvo de repente, sobresaltado.

Delante de él había un hombre de cabellos negros y estatura

mediana.

El intruso aparentaba tener unos cuarenta y cinco años de edad. Su porte indicaba que era un hombre distinguido y educado, de profesión liberal; su indumentaria, de color discreto, era similar a la del doctor Arberg.

El visitante hizo una profunda reverencia y el anciano doctor se tranquilizó al observar la conducta cordial del hombre. No obstante, el médico dinamarqués observó una expresión astuta en el rostro cetrino del intruso y no pudo reprimir la sospecha de que la visita presagiaba algún mal.

Le preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Cómo entró aquí?

—Llamé a la puerta —respondió el visitante, en tono suave—. La encontré abierta y entré. Estaba usted telefoneando.

—¡La puerta estaba cerrada con llave! —replicó Arberg.

—Yo no la encontré así —repuso el visitante.

—¿Qué desea usted aquí? —interrogó Arberg, con su voz gruesa, olvidando la cuestión de la puerta.

—Deseo discutir un problema de ética con usted —contestó el hombre de rostro pálido—. Yo también soy médico. Me llamo Martín Hamprell.

—Siéntese —invitó Arberg, indicando un sillón a su visitante.

Hamprell tomó asiento.

El doctor Arberg permaneció de pie, con las manos cruzadas en la espalda.

Evidentemente el anciano esperaba que su visitante presentase el problema.

Martín Hamprell empezó:

—En primer lugar, doctor Arberg, debe usted creerme cuando le digo que no estaba espiando ni escuchando. Por casualidad oí una parte de su conversación telefónica. No obstante, ya estaba enterado del asunto.

—¿Se refiere al caso de Cyril Wycliff?

—Exacto. Wycliff, según tengo entendido, está sometido a un tratamiento de la trombosis que padece. Al parecer, usted dirige ese tratamiento. El doctor Barton Keyes es el médico neoyorquino que le asiste.

—Sí. Así es.

—Según tengo entendido, su tratamiento —continuó Hamprell—, consiste en destruir un trombo o embolia por medio de unas inyecciones preparadas cuidadosamente...

—Permítame darle una explicación —interrumpió el doctor Arberg, irguiéndose como si se dirigiese a una clase—. He demostrado mi teoría, doctor Hamprell. El método que yo uso es muy útil cuando un coágulo de sangre se forma en una vena del cuerpo, se llama un trombo, y es muy peligroso. Si se desprende, pasa a un lugar que produce una muerte rápida. Usted, desde luego, siendo médico, sabrá esto.

Tras una pausa, Arberg continuó:

—Al paciente afectado de una trombosis le hago guardar cama durante mucho tiempo, por muy sano que ese esté. Luego, mediante una serie de inyecciones, provocho la disolución del coágulo de sangre. La sangre misma, fortalecida por las inyecciones, arrastra al coágulo. Realizado esto, la trombosis termina. El coágulo, que se ha hecho muy pequeñito antes de ser arrastrado, no puede hacer ningún daño.

Hamprell asintió con la cabeza.

—Comprendo. El doctor está usando sus inyecciones. Su paciente, Cyril Wycliff, está mejorando. Además, Keyes ha curado ya otros casos de trombosis usando sus inyecciones.

Arberg asintió.

—Sí. De Copenhague escribí al doctor Keyes dándole instrucciones, respecto al modo de administrar las inyecciones. Me ha rogado que me detuviese unos días en Nueva York. Desea que yo vea lo bien que le ha ido el tratamiento a Cyril Wycliff. Tengo el plan de hacerle una visita esta noche.

Hamprell movió afirmativamente la cabeza. Una sonrisa despectiva apareció en sus labios. Arberg le miró con extrañeza. Despertada la curiosidad del doctor dinamarqués, Hamprell ofreció una explicación.

En tono untuoso declaró:

—Doctor Arberg, este Keyes lo usa a usted para beneficiarse. Ha estado apropiándose el mérito de las curas. Pretende que él ha inventado este método.

Tras una breve pausa, continuó suavemente:

—Este es su plan. Ha venido usted de Dinamarca a Europa. Se

ha quedado unos días en Nueva York. El doctor Keyes le invita para que usted vea lo que él ha conseguido. Luego se difundirá la noticia de que usted ha venido para aprender de él. Usted, el maestro, será considerado un discípulo.

Martín hizo una pausa para observar el efecto, que sus palabras hacían sobre el especialista dinamarqués. Hablaba en tono convincente. No obstante, su rostro le delataba como un intrigante. Quizá fue esto lo que enfureciera al doctor Arberg.

El especialista gritó:

—¡Eso es mentira! ¡Es imposible! ¡Es mentira!

—Es una cuestión de ética —interpuso Hamprell, con suavidad—. Puedo asegurarle, doctor Arberg, que no será usted más que una víctima de un engaño, si visita la casa de Wycliff. El doctor Keyes cuenta con su visita para llevar a cabo sus propósitos. Si usted rehúsa ir a casa de Wycliff, frustrará sus planes.

Por un momento, Arberg pareció convencido. Su blanca cabeza asintió.

Cruzó la habitación y alcanzó el teléfono.

—Llamaré al doctor Keyes —anunció—. Le hablaré de esto. Le diré lo que me ha dicho...

—Espere —interrumpió Hamprell levantándose—. No haga tonterías, doctor Arberg. Si pregunta a Keyes, negará todo lo que yo le he dicho. Se pondrá en guardia. Lo mejor que puede hacer es seguir las indicaciones que voy a hacerle.

—¿Cuáles son?

—No vaya a visitar a Keyes. Olvide esa cita con Wycliff. Espere hasta mañana. Esta será la prueba. Si Keyes le llama para preguntarle por qué no ha ido, demostrará que juega limpio.

“Pero si es un bribón, sospechará que ha descubierto usted su juego. Temerá llamarle otra vez. Entonces tendrá usted su respuesta.

El anciano doctor permaneció pensativo. Luego, con un gesto de resignación, dejó el teléfono. Se dirigió a la ventana y contempló las luces de la ciudad. Su rostro, oculto a las miradas de Martín Hamprell, se distendió súbitamente, pero la blanca barba ocultó su expresión.

El doctor Arberg dudaba. Había sostenido una larga correspondencia epistolar con el doctor Barton Keyes. Creía a este

hombre un practicante sincero del sistema de Arberg para contraatacar la trombosis. Considerando el problema, llegó a una decisión satisfactoria.

Este desconocido visitante, Martín Hamprell, que pretendía ser médico, había acusado al doctor Barton Keyes de usar prácticas ilegales. Si decía la verdad, habría que realizar una investigación sobre Keyes.

Si, por el contrario, Keyes fuese el hombre honrado que Arberg suponía, ¿qué sería de Hamprell? Estas circunstancias marcarían a Hamprell obviamente como un hombre que llevaba un designio oculto.

El doctor Arberg miró de soslayo. Vio la reflexión del rostro de Hamprell en el espejo. Presentaba una expresión malévola.

Hamprell, no creyéndose observado, dejó extenderse en sus labios una sonrisa insidiosa.

Viendo esto, el doctor Arberg adivinó la verdad.

Martín Hamprell, decidió, era un impostor. Había, pues que tratar con él como tal.

El doctor Arberg se separó de la ventana y volvió a la mesa escritorio.

—Le agradezco que haya venido a verme, señor —declaró—. Seguiré su consejo. Tengo otra cita que puedo cumplimentar esta tarde. Sí, lo llamaré por teléfono. El número está aquí, en este cajón.

Martín Hamprell vigiló al doctor, que hurgaba en el cajón de la mesa. El malvado visitante seguía sonriendo aviesamente. Desapareció, sin embargo, su sonrisa cuando el doctor dio una vuelta en redondo.

En la mano derecha, el galeno de la blanca barba empuñaba un pequeño revólver. Con él apuntó al intruso. Con ojos llameantes, el doctor refutó las acusaciones de que había hecho objeto al otro.

Dijo en tono de reto:

—Usted es el que no juega limpio. Usted no es el doctor Keyes, es el malvado. Permanezca donde está. Ya le oírás la policía.

Martín Hamprell empezó a retroceder. La distancia que le separaba del danés era demasiado grande, para intentar lanzarse sobre él en un salto desesperado. Amenazado con su arma cargada, el intruso fue cogido desprevenido. Tomó posiciones cuando el

doctor alcanzó el teléfono.

Entonces, con la fuerza de la desesperación, que le daba la idea de que le esperaba la prisión, Hamprell hizo lo inesperado. Sin cesar de retroceder, hizo con el cuerpo un extraño movimiento hacia la derecha. Con rápido movimiento de su diestra, buscó en el bolsillo interior de la americana y extrajo un revólver corto de seis tiros.

El doctor Arberg vio brillar el arma. El danés demostró entonces su magnífico temple. Dejando el teléfono, apretó rápidamente el gatillo de su diminuto revólver en el preciso momento en que Hamprell iniciaba el salto.

La precisión, unida a la falta de puntería, hicieron que el doctor fallara el tiro.

El disparo del revólver trajo una inmediata respuesta. Hamprell, ahora que se había disparado el primer tiro, olvidó toda precaución. Disparó a su vez. El doctor vaciló. Una bala se había alojado en su hombro izquierdo.

Valientemente, el anciano danés disparó de nuevo. El temblor de su pulso le hizo perder la puntería. Hamprell, saltando hacia delante, volvió a disparar a boca jarro. El doctor Arberg cayó de espaldas sobre la mesa. La bala le había atravesado el corazón.

Hamprell, con el revólver humeante en la mano, vio desprenderse el arma de los dedos sin vida del danés. Observó el cuerpo de Arberg, con los brazos extendidos sobre la mesa, deslizándose lentamente hacia delante. La blanca barba se erguía enhiesta.

Luego llegó el colapso. La figura de Arberg se desplomó de una forma extravagante. Los largos brazos, al deslizarse sobre la mesa, arrastraron todos los objetos que hallaron a su paso, un tintero se derramó sobre el piso. El precioso reloj cayó muy próximo al tintero. El cuerpo de Arberg, con la pechera de la camisa transformada en una enorme mancha de color carmesí, se arrastró epilépticamente sobre la alfombra.

Pausadamente, como un autómatas, Martín Hamprell volvió a colocar su revólver en el bolsillo. Sus ojos continuaban fijos sobre su víctima. En los labios se había petrificado la sonrisa del mal.

El intruso había conseguido su propósito. El doctor Johan Arberg no visitaría al doctor Barton Keyes ni a Cyril Wycliff esa noche. El deseo de Hamprell había prevalecido. Lo único que difería

era el motivo que privaba al doctor de acudir al llamamiento.

Un asesinato y no un problema de ética médica fue la causa de que el doctor Arberg faltara a su cita. El hombre cuya vida había salvado La Sombra aquella misma noche, murió a manos de un enemigo más poderoso que el malvado, a quien La Sombra acababa de derrotar pocas horas antes sin grandes dificultades.

CAPÍTULO V

EL HOMBRE DE LA BARBA

MARTÍN Hamprell permanecía en la puerta del aposento del doctor Arberg. El asesino atravesó el corredor del piso veintidós. Cerró cuidadosamente la puerta y en su mirada brilló un rayo de satisfacción.

Nadie había oído el ruido de los disparos. Un asesinato no observado podía permanecer desconocido. Con infinitas precauciones para no ser oído, regresó al lugar en que yacía el cadáver del doctor Arberg. El asesino miró detenidamente al hombre a quien había sacrificado.

Sobre la mesa, descubrió una hoja de papel. Llevaba la dirección de Cyril Wycliff. Cuidadosamente, la cogió por una punta y se la introdujo en el bolsillo. Luego registró minuciosamente los bolsillos de su víctima. Halló una cartera y un fajo de billetes de Banco.

Se fijó entonces en el reloj adornado de diamantes. Vio un anillo en el dedo anular de la mano izquierda del doctor. Se lo quitó. El anillo llevaba engarzado un rubí enorme, de valor incalculable.

Sin conceder atención al reloj, inició una búsqueda rápida y sistemática que le permitió el hallazgo de varias piezas de joyería de gran valor.

Evidentemente, el doctor Arberg llevaba solamente ejemplares escogidos cuando viajaba. Por la acción de Hamprell, se desprendía que el robo era el único móvil que le había atraído allí.

En la rapidez de su obra, el asesino mostraba un deseo infinito de abandonar aquel lugar lo más pronto posible. Esto desmentía el aparente motivo de robo.

No habiéndose oído los disparos, no había causa ninguna para aquel apresuramiento. El rufián no empleó más de cinco minutos en

su búsqueda.

Volviendo al sitio en que cayera el reloj se inclinó y lo recogió. Alzándolo, se lo arrimó a la oreja y sonrió. El reloj se había parado. Miró la esfera.

Marcaba exactamente las nueve y diez minutos.

Sacando un pañuelo de seda del bolsillo, frotó con él el reloj para borrar las huellas dactilares que pudiese haber dejado impresas. Dio vueltas a las agujas y sonrió pensativamente; luego, satisfecho, volvió a dejar el reloj en el mismo lugar de donde lo había recogido.

Mirando al suyo, Hamprell notó que eran las nueve y veinte minutos.

Hacía, pues, diez minutos que había matado al doctor Arberg. Con una mirada rápida alrededor de la habitación, se dirigió apresuradamente hacia la puerta.

Después de escrutar el vestíbulo con cautela, salió, cerrando la puerta cuidadosamente tras sí. Limpió el pomo de la cerradura con el pañuelo.

Luego sacó una llave del bolsillo, pero tras meditar un momento, pensó no cerrar la puerta. Fue hasta la entrada del corredor y abrió la puerta con una llave de extraña forma que llevaba en el bolsillo.

Esta era evidentemente una llave maestra que había obtenido. Explicaba cómo había entrado en las habitaciones del doctor Arberg, mientras éste atendía al teléfono.

La habitación en que se encontraba actualmente el asesino estaba desocupada. Hurgando bajo el colchón de la cama, extrajo un paquetito.

Sentándose frente a un espejo, abrió el paquete y sacó una caja plana.

Contenía una masa de cabellos humanos. Con minucioso cuidado, el asesino se encasquetó la peluca y luego se añadió un par de patillas. Ejecutó estas acciones con la pericia de un artista consumado, empleando una especie de goma sutilísima para conservar los bigotes y barba adheridos a su rostro.

Cuando hubo acabado su obra, sacó del armario un sombrero y un abrigo.

Vistióse estas prendas, cerró la caja y se la metió en el bolsillo de la americana. Arrugó el papel en que estaban envueltas la peluca

y las patillas y lo guardó también.

Al salir de la habitación, encorvó la espalda. Volvió al corredor, abrió la puerta de la habitación de Arberg y fue al sitio en que yacía el cadáver del médico.

No fue para recrearse en su obra, por lo que el asesino había regresado a la escena del crimen. Su propósito era más práctico. Estaba allí para estudiar la expresión facial del muerto.

Después de breve observación, se volvió ante un espejo, reajustó su falsa barba y bigote y exhaló un gruñido de satisfacción. Su caracterización era irreprochable.

En el armario de Arberg vio el sombrero y el abrigo del danés. Se parecían a los que él llevaba como dos gotas de agua. Satisfecho ya plenamente, el asesino abandonó definitivamente la habitación, atravesó el largo corredor y se metió en el ascensor.

En el vestíbulo del Hotel Imperator, se aproximó al bufete y habló a un empleado fingiendo la gruesa voz del doctor Johan Arberg. Dijo:

—Me voy. Volveré dentro de una hora. Usted comprende ¿Sí?

—Sí, doctor Arberg —respondió el empleado.

Con la espalda encorvada, Martín Hamprell atravesó el vestíbulo. Salió por la puerta giratoria y llamó a un taxi. No dio señas hasta que el vehículo se puso en marcha. Entonces sacó una hoja de papel del bolsillo y tras leerla durante unos segundos, dio la dirección de Cyril Wycliff, en la parte norte de Manhattan.

El tráfico era acelerado a lo largo de la avenida que seguía el taxi.

Veinte minutos después de abandonar el hotel, Martín Hamprell descendía del taxi frente a una casa vetusta y solitaria que apenas se hubiese podido imaginar que estaba en la ciudad de Nueva York.

El asesino despidió el taxi y ascendió los escalones que conducían a la puerta principal del edificio. En respuesta a su llamada, abrióse la puerta y tras ella apareció un criado flaco y huesoso, en cuyo rostro brillaban unos ojos duros y suspicaces.

—¿Está el doctor Barton Keyes? —preguntó el recién llegado—. He venido para verle.

El fámulo se hizo a un lado para dejar paso al falso doctor.

Cuando Hamprell entró, un hombre robusto, de grave rostro, llegó de una habitación lateral con la mano extendida.

El hombre robusto exclamó:

—Doctor Arberg: es un privilegio que no merezco. Muy honrado por su visita. Soy el doctor Keyes.

—Es un gran placer poder conocerle personalmente, amigo mío —respondió Hamprell, calurosamente—. Desgraciadamente, no podré estar aquí mucho tiempo. Es muy tarde para mí. Soy ya muy viejo.

—Tan avanzado en conocimiento como en edad —cumplimentó Keyes—. Venga por aquí, doctor Arberg. Dentro de un momento iremos a ver al paciente. ¡Vorber! —dijo al criado—. Toma el sombrero y el abrigo del doctor Arberg.

Martín Hamprell ocultó una sonrisa tras la copiosa barba y el bigote que lucía, cuando vio que el criado se llevaba su sombrero y su abrigo. Su personificación había resistido la prueba.

Había venido haciéndose pasar por el doctor Johan Arberg. Si continuaba su buena suerte nadie sospecharía que el visitante había sido otro.

Por segunda vez en esta misma noche, la personalidad del galeno danés había sido adoptada por otra persona. La Sombra había representado el papel del viejo doctor para salvar su vida. Para dar cima a un hecho que acabó con varios criminales.

Esta vez, Martín Hamprell personificaba al galeno. El asesino había usurpado la personalidad de Arberg, a quien había asesinado pocas horas antes. Además, el disfraz de este último había sido hecho en consonancia con su carácter.

Había asumido el papel del doctor Johan Arberg para ejecutar otro hecho criminal.

CAPÍTULO VI

LA CONSULTA

MARTÍN Hamprell representaba perfectamente el papel de Johan Arberg, cuando el doctor Barton Keyes, le condujo a un espacioso aposento del piso inferior de la morada de Wycliff.

La habitación era evidentemente una biblioteca. Estaba amueblada con sillas y mesas de distintas formas y tamaños. Largas filas de libros se alineaban sobre elevados estantes.

Había tres hombres sentados en la habitación cuando entraron los dos médicos. Se levantaron a un tiempo cuando el doctor Barton Keyes, les presentó al hombre a quien creía era el doctor Johan Arberg.

—Este es el señor Howard Wycliff —dijo Keyes, indicándole un hombre alto, de cabellos claros y de unos veinticinco años de edad—. Es el hijo de Cyril Wycliff, nuestro paciente.

El fingido Arberg, extendiendo su mano, al mismo tiempo que sonreía cordialmente, declaró:

—Estoy encantado de conocerle, señor.

—El señor Garret Slader —continuó Keyes, haciendo la presentación de un hombre alto, de rostro enjuto y cuyas manos temblaban continuamente por efecto de una parálisis.

—El señor Slader es el abogado del señor Wycliff —añadió su introductor.

El último en ser presentado fue un hombre de unos treinta y cinco años de edad de hombros cuadrados y oscuros cabellos, cuyo rostro astuto estaba adornado con un par de ojos negrísimos y duros. Este hombre estudió a Hamprell cuidadosamente cuando estrechó su mano.

—El señor Pablo Marchelle —dijo el doctor Keyes—. Es socio del

señor Slader.

—Abogados los dos, ¿eh? —inquirió Hamprell con voz gruesa, muy bien fingida—. ¿Es que nuestro paciente no se encuentra bien?

—No —dijo el doctor Keyes sobriamente—. Cyril Wycliff parece responder perfectamente al tratamiento que usted le prescribió. Rehúsa, sin embargo, considerar la seriedad de su situación. Le he dicho que la trombosis es peligrosa; que hay siempre la probabilidad de producirse una coagulación de la sangre con sus fatales consecuencias.

Continuó el doctor Keyes:

—Todas las mañanas el señor Slader y el señor Marchelle visitan a mi cliente para informarse, de sí tiene algún negocio importante que tratar con ellos. Él persiste en que no hay motivo de alarma. Por lo tanto, rehúsa en absoluto la discusión de asuntos relacionados con su estado.

—Es un buen indicio —decidió Hamprell acariciándose la blanca barba, exactamente como lo hubiera hecho el auténtico Arberg.

—Sí. Venga por aquí —dijo Keyes, volviéndose hacia la puerta.

Hamprell, siguió al médico a través del vestíbulo, hasta llegar a un largo tramo de escaleras. Vorber, el alto criado de cara descarnada, se erguía allí con ojos vigilantes. El asesino se dio cuenta de que, entre todos los hombres que allí había, el sirviente era el único capaz de ver a través de su disfraz.

Sin embargo, tenía confianza. Había hecho una obra maestra de caracterización. La única persona que pudo haberse encontrado con el doctor Arberg, previamente era el doctor Keyes, y éste parecía el menos observador de todos.

Las escaleras estaban casi a oscuras. En el segundo piso se extendía un amplio pasillo con habitaciones a ambos lados. Vorber, adelantándose a los dos hombres, se dirigió a grandes zancadas a la puerta de la habitación de Cyril Wycliff y la abrió. Se quedó a un lado cuando entraron el médico y sus acompañantes.

Cyril Wycliff era un hombre anciano de cara fofa, que parecía la personificación de la salud y la fuerza. Su rostro, sin embargo, expresaba una tristeza, que se desvaneció ligeramente cuando el doctor Keyes presentó a su compañero.

Declaró el viejo Cyril, extendiendo la mano:

—Ya era hora de que nos encontráramos... considerando el

tiempo que llevo ya a su cuidado. ¡Cuándo me alegro de conocerle personalmente! ¿Cuándo podré levantarme y hacer mi vida habitual?

—Eso es el doctor Keyes quien ha de decidirlo —declaró Hamprell—. Debemos esperar algún tiempo para asegurarnos que está ya bien del todo, amigo mío.

El doctor Keyes se aproximó con una hoja clínica. La mostró a Martín Hamprell. El falso doctor asintió con suficiencia. Estudió el informe del tratamiento.

Tras corta pausa decidió:

—Está muy bien. Sí. Muy bien. Ya es hora de que se modifique la dosis de la inyección. Un poco más de la solución, doctor Keyes.

El aludido respondió:

—¡Ah! ¿Cree usted que hemos avanzado lo suficiente?

—Naturalmente. ¿Tiene aquí el disolvente? Yo la prepararé. Sí.

Hamprell se dirigió a un armario botiquín que había en un rincón de la habitación. Después de mirar varias botellas, cogió un tubo graduado.

Estudió la fórmula que contenía una de las botellas. El doctor Keyes le observaba con expectante interés. Los otros estaban al otro lado de la cama hablando con Cyril Wycliff.

El falso doctor se volvió repentinamente hacia Keyes.

Inquirió: —¿Cómo va el pulso? ¡Mire la temperatura!

—Voy a observarlo inmediatamente —replicó el aludido.

Se dirigió al lecho de Cyril Wycliff, dejando a Hamprell solo frente al armario botiquín.

Cuidadosamente, el asesino midió las soluciones con el vaso graduado.

Alcanzó un frasco y lo retuvo en la mano, mientras miraba hacia atrás para observar a los hombres de al lado de la cama.

Ninguno de ellos miraba en dirección de Hamprell. Este volvió a dedicar su atención al vaso y al frasco que tenía en la mano.

Vertió en el vaso cierta cantidad de un líquido aceitoso. Volvió a dejar el frasco en el armario. Inmediatamente terminó su preparado, añadiendo al vaso el líquido contenido en otra botella.

Hamprell miraba el vaso al trasluz, cuando llegó Keyes para informar del pulso y temperatura del enfermo.

Atestiguó:

—Normalidad absoluta en la temperatura. No hay alteración del pulso.

Hamprell asintió doctamente. Declaró:

—Perfectamente. He modificado ligeramente la dosis a inyectar. ¿Ve usted?

Señaló el vaso. Luego la última botella que había usado.

—Comprendo —dijo Keyes asintiendo—. La nueva fórmula se empezará a emplear la semana próxima. Entretanto, usted ha confeccionado una nueva que sirva de transición entre la antigua y la próxima.

—En efecto —dijo Hamprell—. Es suficiente conque use la cantidad que he hecho hasta que se acabe.

El doctor Keyes tomó el vaso graduado. Movi6 la cabeza complacido después de estudiar la cantidad de solución.

Reflexionó un momento y declaró:

—Aquí hay lo suficiente para doce inyecciones. Dos diarias en los próximos seis días. Empezaré con la primera mañana al mediodía.

—Es mejor empezar esta noche —replicó Hamprell—. Con esa normalidad de pulso y temperatura no hay peligro alguno en iniciar el cambio de dosificación.

—A medianoche —murmuró el doctor haciendo una anotación en la hoja clínica.

Mientras el médico de cabecera hacía anotaciones en la historia clínica de su paciente, Martín Hamprell se aproximó a la cama. Confiado en la efectividad de su disfraz, charló con Cyril Wycliff hasta que el doctor Keyes volvió del rincón del aposento. Consultando su reloj, el asesino anunció:

—Es hora de que me marche. Son cerca de las diez. Es tarde.

Acompañado de Keyes, salió del cuarto y descendió la escalera.

Permaneció en el salón mientras Vorber le traía su sombrero y su gabán.

Contempló un instante al taciturno criado y luego volvióse hacia los otros.

Declaró:

—El paciente marcha muy bien. Tengo que felicitar a mi amigo el doctor Keyes.

—Le estamos muy agradecidos, doctor Arberg —manifestó

Howard Wycliff—. Con esta mejoría —volvióse al anciano abogado—, ya no es una necesidad tan urgente el que mi padre termine de ordenar sus asuntos.

Slader insistió:

—Aun así sería conveniente; mas, aproximándose el restablecimiento, hay que obrar con mucho tacto.

—Siempre hay peligro —observó Hamprell—. La trombosis es una afección peligrosa. Encontrándose el paciente tranquilo, como esta noche, con el pulso y la temperatura normales, es mejor que no se moleste.

El falso especialista estrechó la mano a todos los del grupo.

Con los hombros encorvados, fue a la puerta con el doctor Keyes. Los dos permanecieron allí conversando hasta que la bocina de un auto sonó fuera.

Howard Wycliff había llamado a un taxi.

Vorber, el criado de rostro avinagrado, fue el último que vio partir al visitante cargado de hombros. Permaneció en la puerta hasta que vio al hombre de la barba blanca subir al taxi. Luego cerró la puerta.

Desde el coche, Martín Hamprell atisbó a Vorber en la puerta. El falso doctor Arberg soltó una risita cuando el taxi arrancó.

Veinte minutos después, se apeó en un lugar cercano del Hotel Imperator.

Entrando en un estanco, el falso especialista telefoneó si el doctor Arberg había vuelto. Recibió una respuesta negativa. Sonriendo, salió del estanco.

Cinco minutos más tarde, la figura encorvada de hombros de Hamprell apareció en el vestíbulo del hotel. Representando aún el papel de doctor Arberg, se detuvo en el mostrador de la oficina y recibió una nota que decía que una persona desconocida, había telefonado preguntando por él, unos cinco minutos antes.

Dirigiéndose pausadamente al ascensor, subió al piso veintidós. Como si él fuera el doctor Arberg, acercóse a la puerta del anciano médico. No entró.

Siguió adelante y penetró en la habitación vacía que anteriormente usara como suya.

Delante de un espejo, se quitó rápidamente todas las huellas de su disfraz.

Con los restos de la barba y el pelo falsos metidos debajo del gabán, el asesino volvió cautelosamente al pasillo. Llegó a la escalera y bajó dos pisos.

Allí penetró tranquilamente en un ascensor y bajó al vestíbulo. Con el aspecto de un huésped modesto, salió del Hotel Imperator.

Martín Hamprell había cometido un asesinato esta noche. Tras el crimen, se disfrazó. Representando el papel del doctor Arberg, su víctima, celebró una consulta con el doctor Barton Keyes.

Audazmente, volvióse al Hotel Imperator, entrando allí a las diez y diez, para dejar constancia de que el doctor Arberg había vuelto. Al partir, fue engullido por la multitud que llenaba las calles de Nueva York.

Un archí criminal había efectuado un asesinato. Acto seguido, realizó otro hecho semejante. Velando la finalidad de su propósito por un supuesto robo, y modificaba la hora en que llevó a cabo el primer crimen, no temía las consecuencias.

Mientras se dirigía hacia el Sur, su cerebro diabólico se deleitaba con sus crímenes. También pensaba en el futuro. Pues Martín Hamprell, por medio de un asesinato, había preparado el terreno para otra muerte que pronto debía ocurrir.

CAPÍTULO VII

LA SOMBRA OYE

LLEGÓ la medianoche. Entre el torbellino de Manhattan había una habitación sumida en absoluto silencio. Una figura miserable yacía sobre un jergón. Sus ojos se dirigían inmóviles al techo de la habitación. Sparkles Lorskin estaba a punto de exhalar su último suspiro.

Otros malhechores habían muerto ya mientras Sparkles estaba agonizando.

Vidas disipadas, libertinas, habían tenido un fin trágico por haber sido empleadas en la ejecución de crímenes en contra de La Sombra. Esto no era más que el final de una batalla, en la que la justicia había obtenido un sangriento triunfo.

Sin embargo, la inútil vida de Lorskin iba a desempeñar aún una parte activa en asuntos criminales. Inconscientemente, el moribundo malhechor había de revelar un hecho criminal que otro había cometido en su lugar. Ignorante de todo, excepto de su desesperanza situación, Sparkles Lorskin iba a atestiguar un hecho que conduciría a consecuencias inmediatas.

Había dos hombres a ambos lados del lecho de dolor, en que yacía el agonizante *gangster*. Uno era José Cardona, el gran detective de las fuerzas neoyorquinas. El otro, Clyde Burke, reportero policiaco de *El Clásico* de Nueva York. Cardona se encontraba allí representando a la Ley; para ver lo que podía esclarecer con relación a la refriega desarrollada en el departamento ocupado por Lorskin. Burke, evidentemente, estaba interesado en la obtención de una historia para los lectores de su periódico.

Sin embargo, Burke, mientras observaba a Cardona y al

moribundo bandido, tenía otro objetivo en vista. Aunque era periodista, debía cumplir un deber más importante del que tenía empeñado con su periódico.

Clyde Burke era un agente secreto de La Sombra. Esa noche realizaba una misión que formaba parte de su trabajo habitual. Tenía instrucciones de vigilar a los que habían caído en manos de La Sombra, con el objeto de poder informar a su jefe de cualquier detalle relativo a los crímenes.

José Cardona, el famoso detective neoyorquino, hablaba en tono bajo y sin inflexión que martilleaba en el cerebro moribundo de Sparkles Lorskin. Con un esfuerzo frío y efectivo, al as de los detectives de Nueva York buscaba una respuesta a ciertas preguntas.

Afirmaba:

—Hemos encontrado los géneros que robaste, Lorskin. Mitts Cordy está muerto. También lo está su banda. Dinos lo que sepas de ellos.

Sparkles Lorskin le miró con ojos vidriosos. No habló.

—Estás muriéndote, Lorskin —le recordó el detective—. Muriéndote, ¿me oyes? Confiesa antes de morir. Dinos lo que sepas de Mitts Cordy y los otros.

—¡Mitts Cordy! —Lorskin exhaló el nombre—. Mitts Cordy, ¿dónde está?

El agonizante *gangster* empezó a delirar, cuando volvió la vista hacia el detective.

—Mataron a Mitts —informó Cardona—. Está muerto, Lorskin. Muerto, como tu estarás...

—¡Mitts era mi amigo! —tosió Lorskin—. Mi amigo... está muerto. Alguien... alguien le mató... Alguien me acribilló a mí.

—Trabajabais juntos, ¿eh?

—¡El viejo doctor! —jadeó el *gangster*—. ¿Qué... qué le ocurrió? ¿Dónde... dónde está?

—¿Qué doctor? —interrogó Cardona.

—Arberg —respondió Sparkles Lorskin, en tono cansado—. Johan Arberg... en mi piso... a comprar... a comprar... las joyas que...

—El doctor Johan Arberg —declaró el detective lentamente—. Dime qué parte has tenido en esto, Lorskin.

—¡Dinero! —exclamó Sparkles, alzando las manos para hendir el aire—. ¡Dinero! ¡Lo llevaba encima! ¡Vino del Hotel... Imperator... y yo quería dinero! ¡A toda costa!

El bandido miraba frenéticamente hacia el techo. Sus manos cayeron pesadamente sobre su pecho. La sangre salió de sus labios cuando tosió roncamente.

Un médico entró y se acercó a la cama. La cabeza de Lorskin rodó cansadamente a su lado. El doctor se volvió hacia Cardona.

—Ha muerto —fue la sola frase que pronunció.

José Cardona meditaba cuando salía pausadamente al pasillo, en compañía de Clyde Burke. El detective lanzó una mirada al reportero, reflejándose en sus ojos su ensimismamiento.

—Tengo ahora la pista, Burke —declaró—. Me parecía extraño que Sparkles Lorskin y Mitts Cordy se peleasen. Pero trabajando juntos los dos, el caso presenta otro aspecto muy diferente. ¿Quién es este doctor Johan Arberg? ¿Has oído hablar alguna vez de él o de su especialidad?

—Es un especialista de la sangre —respondió el reportero, recordando una noticia que había leído—. Una eminencia médica de Copenhague. Vino de Chicago a Nueva York. Creo haber leído que era un gran coleccionista de piedras preciosas.

—¡Ah! —En el rostro de José Cardona se dibujó un aire de comprensión—. Eso nos explica el caso. Esas joyas que encontramos en el piso de Lorskin eran robadas. Ahora tratamos de dar con sus propietarios. Lorskin tenía un plan excelente: vender las joyas a un coleccionista extranjero.

“Por lo que dijo Lorskin, el anciano doctor debe haber estado en el piso. Comprendo lo ocurrido. Mitts Cordy estaba allí para atracarle. Si hemos de creer lo que Lorskin declaró, ese galeno llevaba encima una cantidad respetable de dinero. Al parecer, el doctor Johan Arberg logró escapar. Pero esto no es ninguna explicación.

—¿Explicación? —inquirió Burke, fingiendo curiosidad.

—Una explicación de cómo empezaron los tiros —repuso Cardona—. Tampoco nos dice lo que le ocurrió al doctor Johan Arberg.

—¡Esto me proporcionará una historia estupenda para mi periódico! —exclamó Burke, entusiasmado.

—¿Descubres eso ahora? —rió el detective—. Eres un oportunista, Burke, y no te duermes nunca. Vamos allá. Vamos a redactar la historia.

—¿Adónde?

—Al Hotel Imperator. Vamos; está cerca de aquí.

Poco después, el detective entraba en el vestíbulo del Hotel Imperator.

Clyde Burke acompañaba al sabueso. Cardona se aproximó al mostrador de la oficina y preguntó por el doctor Johan Arberg. Enseñó sus insignias mientras hablaba. El empleado le miró con sorpresa.

—El doctor Arberg está en su habitación —declaró—. Ha estado allí desde... —se volvió para comprobar una anotación— desde las diez y diez.

—Eso es, hace un par de horas —observó el detective—. Bien, vamos a subir a verle.

—Aquí está el detective de la casa —informó el empleado cuando un hombre rechoncho se aproximó al grupo.

—Soy el detective Cardona, de la jefatura —dijo Cardona, presentándose—. Ha habido un tiroteo en un piso del barrio Este. Un moribundo declaró que se trataba de un plan para robar al doctor Johan Arberg.

—Quiero averiguar —continuó— qué es lo que sabe el doctor. Al parecer, él iba a ser una víctima. El *gangster* deliraba cuando confesó. No puedo decir si Arberg estuvo o no en aquel piso cuando...

—¿A qué hora fue el tiroteo? —inquirió el empleado.

—Poco antes de las nueve —repuso Cardona.

—El doctor Arberg estaba aquí entonces —manifestó el empleado, consultando sus notas—. Le llamaron por teléfono poco antes de las nueve; y también pocos minutos después. Salió a las nueve y veinte y regresó a las diez y diez.

—¡Hum! —gruñó Cardona—. En tal caso eso quiere decir que no estuvo en el piso en cuestión. Me lo figuraba. No era posible que escapase de aquel piso tan fácilmente. No obstante, quiero hablarle. Haremos lo siguiente:

Subiremos nosotros tres —Cardona se indicó a sí mismo, a Clyde Burke y al detective de la casa— antes de que usted telefonee a la

habitación. Cuando Arberg conteste, dígame que un visitante ha subido a verle. Llamaremos a la puerta seguidamente.

—Muy bien —asintió el empleado.

El trío ascendió. Llegaron al piso veintidós. Esperaron delante de la puerta del cuarto del doctor Arberg. El teléfono empezó a repiquetear. No contestó nadie. El repiqueteo continuó.

En voz baja, Cardona murmuró:

—Pues parece que no está en su habitación. Ese ruido debiera haberle despertado.

—Las luces están encendidas —indicó el detective del hotel, escrutando el fondo de la puerta desde el lado opuesto del pasillo.

—Usemos la llave maestra —ordenó Cardona.

Ante su sorpresa, el detective vio que la puerta no estaba cerrada con llave.

La abrió y se detuvo en el umbral de la habitación.

Luego contempló el cuerpo del doctor Johan Arberg tendido en el suelo.

—¡Está muerto! —exclamó, penetrando en la habitación—. ¡Alto! ¡No toquen nada! ¡Esto es un asesinato!

El as de los sabuesos de Nueva York no se aproximó ni siquiera al teléfono.

Apostó a Clyde Burke junto a la puerta. Ordenó al detective la casa que abriese otra habitación y llamase a la oficina. Hecho esto, se dirigió presuroso hacia el otro cuarto y telefoneó a Jefatura. Al volver encontró a Clyde y al detective del hotel en el mismo lugar donde les había dejado.

—El médico forense llegará en seguida —anunció—. El inspector Klein viene ahora. ¿Está usted seguro de que el muerto es el doctor Arberg?

—Completamente seguro —respondió el detective del hotel.

Clyde Burke se encaminó hacia el pasillo. Cardona le detuvo.

—¿Adónde vas, Burke? —le preguntó.

—Afuera —respondió Burke débilmente—. Esta escena me impresiona, José. Ver a un muerto tan de repente... He visto muchos en el depósito judicial... pero inesperadamente... así...

—¿No telefonearías a tu periódico? —interrogó Cardona.

—De ninguna manera —replicó Cardona—. Es natural que eso afecte a alguien, algunas veces.

Clyde Burke, al llegar al vestíbulo, se restableció por completo del desmayo que al parecer le cogió. Fue rápidamente a un teléfono público y marcó un número. Una voz reposada le contestó desde el otro extremo del hilo.

—Burbank al aparato —dijo la voz.

—Informe de Burke —anunció el reportero—. El doctor Johan Arberg asesinado en su cuarto del Hotel Imperator.

—Aguarde respuesta —respondió Burbank. Burke, se dispuso a obedecer.

Clyde dio el número del teléfono público y esperó en el locutorio.

Burbank, el hombre a quien acababa de llamar, era el agente de enlace de La Sombra. Una llamada a Burke significaba que el mensaje sería retransmitido a La Sombra mismo.

Clyde Burke, como otros agentes de La Sombra, no conocía el paradero de su misterioso jefe. No obstante, por intermedio de Burbank, podía siempre ponerse en contacto con él en un caso de urgencia.

El teléfono repicó. Clyde alzó el receptor. Volvió a oír la voz reposada de Burbank. El mensaje era lacónico.

—Informe transmitido —aseguró el agente de enlace—. No dé la noticia del asesinato a *El Clásico*.

Clyde Burke reflexionaba cuando volvía al Hotel Imperator. El mensaje de Burbank significaba una cosa: que La Sombra, personalmente, tenía el propósito de investigar el asesinato del doctor Johan Arberg.

El reportero se felicitó por la rapidez con que había avisado a La Sombra.

Estaba seguro de que el rey de la oscuridad, cuando llegase, descubriría al asesino del especialista dinamarqués.

Sparkles Lorskin era el eslabón que relacionaba al doctor Johan Arberg. El danés muerto, a su vez, proporcionaría otros indicios para descubrir a otra persona, una vez que La Sombra llegase sobre la escena. Quizá para entonces Clyde podría averiguar algo de las pesquisas de José Cardona sobre el caso.

El hábil reportero se habría asombrado, si hubiese conocido el misterio que se encerraba tras la muerte del doctor Johan Arberg. El joven pensaba sobre la posible identidad de un asesino desconocido,

no sobre otros hechos criminales.

Había un problema para La Sombra: descubrir a un asesino. Tales eran los pensamientos que embargaban a Clyde Burke.

¡Sin embargo, mientras el reportero reflexionaba, mientras La Sombra se dirigía al escenario del crimen, un nuevo asesinato mucho más insidioso, estaba a punto de ejecutarse en alguna otra parte!

CAPÍTULO VIII

MUERTE REPENTINA

MMARTÍN Hamprell había visitado dos lugares en su misión criminal. Uno, el cuarto del doctor Johan Arberg en el Hotel Imperator, que estaba ocupado por la policía. El otro, el dormitorio de Cyril Wycliff, conservaba aún su atmósfera de quietud.

El paciente descansaba tranquilamente en su lecho. El doctor Barton Keyes, que le había administrado la inyección de media noche, daba las buenas noches.

El médico apagó la luz y salió, dejando la puerta entornada. Bajó la escalera. Pasó delante de Vorber, el fámulo de faz solemne, en el vestíbulo inferior. Llegó a la biblioteca, donde el joven Howard Wycliff conferenciaba aún con Garret Slader y Pablo Marchelle.

Slader decía en un tono agrio, quejoso:

—Sigo insistiendo en que Cyril Wycliff, declare concretamente el estado de sus bienes. Es ridículo que oculte la situación de sus bienes. Es ridículo que oculte la situación de sus negocios y de su fortuna. ¿Qué opina usted, Pablo?

Marchelle repuso pensativamente:

—Quizá está fingiendo tan sólo que tiene otros bienes, aparte de los que le que conocemos. Nunca ha discutido de estos supuestos bienes de una manera concreta.

—Es posible —admitió Slader—, pero he conocido a Cyril desde hace muchos años. Sé que con mucha frecuencia ha adquirido propiedades y valores. Sospecho que las posee actualmente.

—Señores, he oído algunos jirones de esta discusión, que al parecer, ha iniciado el señor Slader. Usted, señor Slader, es el abogado de Cyril Wycliff. Yo debo recordarle que soy su médico de cabecera. Estas visitas persistentes a la cama del paciente no son

buenas para él. ¿Quiere usted el favor de esclarecer la situación y sus móviles? A mi entender, yo debo conocer los hechos en sus detalles.

—Yo puedo explicárselo, doctor Keyes —declaró Howard Wycliff—. Esto data del comienzo de la enfermedad de mi padre. Cuando usted dictaminó que la enfermedad de él era una trombosis y expuso claramente que envolvía un peligro de muerte repentina, mi padre mandó llamar al señor Slader. Cuando éste llegó, mi padre le dijo que quería que estuviese a su lado, que poseía ciertos documentos de importancia que debían serme entregados en caso de su muerte.

El joven hizo una pausa y luego continuó:

—Después que mi padre se hubo restablecido de la primera alarma, se negó a discutir más el asunto. El señor Slader y el señor Marchelle le visitaban con frecuencia, pero mi padre siguió rehusando discutir el caso. Ha declarado solamente que posee ciertos bienes, que no quiere revelar hasta que realmente esté en peligro de muerte. No quiere decir nada más. Ni siquiera especifica qué clase de bienes son estos.

El doctor hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Miró hacia Garret Slader y el anciano abogado indicó con una seña a Howard Wycliff que continuase.

—Los bienes de mi padre conocidos —prosiguió Howard—, están depositados en varios Bancos. Ha hecho testamento. Obra en poder del señor Slader. A excepción de unos cuantos primos míos, la fortuna entera pasa a mis manos. Por lo tanto, el señor Slader insiste en que yo debo conocer qué otros bienes existen y dónde pueden encontrarse.

—Ciertamente —asintió el doctor Keyes—. Pero también hay que considerar el estado de su padre. A mi modo de ver, una molestia constante no sólo le inducirá a seguir ocultando eso, sino que también producirá un efecto marcado retardando su restablecimiento.

—¡Su estado puede significar la muerte! —advirtió Slader—. ¡Yo estoy protegiendo sus intereses y los de su hijo!

—El punto de vista del señor Slader está justificado —aseguró Pablo Marchelle—. Al propio tiempo, doctor Keyes, considero que su opinión es muy importante. He recomendado que insistamos

menos en nuestros esfuerzos...

—¡Es absurdo! —exclamó Slader—. Pablo, tú no conoces a nuestro cliente tan bien como yo. Cyril Wycliff tiene confianza en mis consejos. Eventualmente recobrará sus sentidos.

El doctor Keyes estaba pensativo. Silenciosamente, apuntó un pulgar en dirección de puerta.

Howard comprendió el movimiento y meneó negativamente la cabeza.

En tono bajo murmuró:

—No creo que Miles Vorber pueda ayudarnos. Ha sido criado de mi padre durante muchos años. Ha cumplido siempre metódicamente sus deberes, pero mi padre no ha tenido nunca confianza en él.

Slader comentó:

—Es un tipo receloso que sospecha de todo cuanto le rodea. Creo que fue una imprudencia de su padre el tenerle aquí.

—Supongo que mi padre lo hacía con toda intención —repuso Howard—. Mi padre es muy reservado respecto a sus negocios. Vorber lo sabe y supongo que se imagina que tiene la obligación de vigilar a todo el mundo.

La conversación terminó, cuando las pisadas del criado se oyeron en el pasillo. El viejo sirviente entró y se dirigió a Howard Wycliff.

—¿Desea algo más esta noche, señor? —inquirió.

—Nada más —respondió Howard.

Vorber se volvió. Con rostro huraño fijó la mirada en cada uno de los presentes. La actitud del criado, como Slader había afirmado, demostraba un recelo constante.

Hubo un momento de silencio cuando Vorber abandonó la biblioteca. Los pasos del doméstico resonaron en los escalones del fondo de la escalera.

Howard Wycliff se disponía a hablar. Sus palabras se detuvieron antes de alcanzar a sus labios. Todos los presentes saltaron de sus asientos, poniéndose en pie.

Un grito largo, como un sollozo se oyó en la parte superior de la escalera.

Procedía de la habitación de Cyril Wycliff. Howard se lanzó a la puerta.

Pablo Marchelle fue tras él. El doctor Keyes y Garret Slader le siguieron.

Vorber, mostrando una agilidad sorprendente para sus años, sobrepasó a los jóvenes en la carrera escalera arriba. Los gemidos de Cyril eran horripilantes.

Vorber empujó violentamente la puerta del dormitorio y dio vuelta al conmutador de la luz. Saltaba hacia la cama cuando llegaron Howard y Pablo Marchelle.

Cyril Wycliff se había incorporado y se erguía sobre el lecho. Tenía la cara purpúrea. Las manos engarfiadas sobre las sienes. El paciente parecía arder en un inesperado ataque de terrible fiebre.

Otro gemido se escapó de sus labios. Se desplomó hacia atrás, sollozando, cuando el doctor Keyes y Garret Slader llegaron a la habitación.

El médico se lanzó presuroso al lado del lecho del paciente. Cyril Wycliff no pareció darse cuenta de nada. Tenía los ojos fijos en Howard y los abogados. Ni siquiera parecieron observar a Miles Vorber, que se había retirado al otro lado de la cama para dejar pasar al doctor Keyes.

—¡Me muero! —balbuceó. Se llevó una mano al corazón—. ¡Pronto! ¡Antes de que me muera! ¡Pronto, Howard!

Mientras su hijo se inclinaba, jadeó de nuevo en palabras que todos pudieron oír:

—¡La escritura! ¡La escritura! —exclamó roncamente—. ¡Búscala! ¡Tráela aquí! Está en... en... en...

Hubo una pausa mientras parecía perder fuerzas.

Howard Wycliff, lleno de ansiedad, procuraba escuchar las palabras de su padre. Miles Vorber miraba con fijeza los labios del agonizante. Garret Slader y Pablo Marchelle escuchaban, mientras el doctor Barton Keyes hacía esfuerzos para contrarrestar el ataque que sufría su paciente.

—La escritura —las palabras de Cyril Wycliff salieron lentamente—, en... en la... biblioteca... en la...

Las palabras terminaron con un grito. Cyril Wycliff se incorporó y abrió los brazos. Luego, haciendo un esfuerzo tremendo, intentó terminar su frase sin conseguirlo. Se desplomó sobre las almohadas.

El color huyó de las mejillas del moribundo. Sus labios apergaminados se entreabrieron, luego no se movieron más.

El doctor Barton Keyes se levantó, para dirigirse a los hombres que le contemplaban llenos de preocupación.

—Está muerto —declaró el médico.

No hubo respuesta del grupo aturdido. A pesar de la convicción de Cyril Wycliff podría morir repentinamente, ninguno esperaba un fallecimiento tan rápido. Precisamente esta noche, Wycliff parecía estar ya en vías de un restablecimiento completo.

Howard Wycliff inclinó la cabeza. La muerte de su padre fue un golpe impresionante para el joven. Miles Vorber, el anciano servidor, no se movió del lado de la cama. Sus ojos fríos escrutaban a los otros hombres, como si quisiera descubrir sus reacciones. Era evidente que el aire alerta de Vorber era debido a las palabras agonizantes que Cyril Wycliff pronunciara.

El viejo Garret Slader se encogió de hombros. Para el abogado, lo sucedido era prueba de que sus manifestaciones resultaron justificadas, de que Cyril Wycliff debería haber dado, hacía mucho tiempo, la información que rehusara facilitar hasta el momento de su muerte.

Pablo Marchelle no compartía los sentidos de su compañero. Avanzó un paso y puso una mano sobre el hombro de Howard Wycliff, consolándole.

Observando que la dolorosa impresión había pasado, llevó al joven fuera de la habitación.

Fue un grupo lleno de tensión el que se reunió poco después en la biblioteca.

Howard Wycliff, recobrado en parte de la tremenda impresión, que recibiera cuando la muerte de su padre, dirigió una mirada a los dos abogados, tratando de recordar las palabras finales que oyera.

Observó el joven:

—Una escritura. Mi padre habló de una escritura, cuando agonizaba. Una escritura en esta biblioteca...

—Tendremos que iniciar la búsqueda —declaró el viejo Garret Slader—. Entretanto me permito sugerir que esta habitación quede cerrada con llave.

—Es una idea excelente —asintió Pablo Marchelle.

—Su padre adquirió muchas propiedades —afirmó Slader, dirigiéndose a Howard Wycliff—. Poseía una habilidad

extraordinaria para comprar fincas. Puede usted estar seguro de que la escritura es valiosa. Hay que encontrarla.

Miles Vorber entró solemnemente en la habitación.

Howard Wycliff le llamó con una seña y le preguntó si conocía algún escondrijo, en la biblioteca.

Vorber movió gravemente la cabeza.

—No conozco ningún escondrijo, señor —fue todo lo que dijo.

El doctor Keyes entró mientras el criado hablaba. El grave y rollizo doctor pareció abatido. Movi6 tristemente la cabeza, como si no comprendiese el súbito fin de Cyril Wycliff.

Declaró:

—Nunca se está seguro. La trombosis, a pesar de los esfuerzos que se hagan para contrarrestarla, suele terminar trágicamente. Ocurriendo tan pronto después de la visita del doctor Arberg, esta muerte es tanto más lamentable.

—Las nuevas inyecciones —sugirió Pablo Marchelle—. ¿No es posible que ellas hayan producido este cambio?

—No —replicó el doctor Keyes—. Fueron preparadas meticulosamente bajo la dirección del mismo doctor Arberg. Estaban destinadas a fortalecer al paciente, no a hacerle más susceptible al ataque que sufrió.

El dictamen del doctor fue aceptado. Keyes salió al pasillo y se aproximó al teléfono. Tuvo el receptor un instante en la mano, luego lo volvió a colocar en el gancho y volvió a la biblioteca.

Manifestó:

—Iba a telefonear al doctor Arberg. No obstante, es demasiado tarde. Ahora él ya no puede hacer nada. Extenderé el certificado de defunción, declarando que Cyril Wycliff falleció de resultas de una trombosis.

Keyes dijo una doble verdad, al manifestar que el doctor Arberg ya no podía hacer nada para auxiliar al difunto Cyril Wycliff. Lo mismo que el paciente, que ya no podía recibir ninguna ayuda, el especialista, también estaba muerto.

La muerte de Arberg sería considerada un asesinato; la de Wycliff, de causas naturales. Sin embargo, existía una relación entre ambos casos. ¡Cyril Wycliff, como Johan Arberg murieron a manos de Martín Hamprell!

La muerte de Cyril Wycliff fue cometida, no sólo para eliminarle,

sino para impedir que facilitara la información que intentó suministrar.

Martín Hamprell había triunfado en su primer crimen esta noche: impedir la visita del doctor Arberg a la casa de Wycliff.

También logró, disfrazado, representando el papel de Arberg, planear una muerte segura e insospechada para Cyril Wycliff. No obstante, en su propósito final, el éxito había sido parcial, a medias.

Cyril Wycliff, en la agonía, insinuó la identidad, el lugar donde había depositado un documento importante, que quería llegase a manos de su hijo.

Una escritura de algunas propiedades estaba escondida en alguna parte de la biblioteca. Había que encontrarla. Howard Wycliff, con la ayuda de sus amigos, trataría de localizarla. Al hacerlo, él y sus compañeros estarían sujetos a la misma amenaza que había acarreado la muerte a Johan Arberg y a Cyril Wycliff.

Unos enemigos desconocidos amenazaban el futuro de Howard Wycliff y el de los que le ayudasen. Además, la existencia de tales enemigos era desconocida a Howard Wycliff. Existía un peligro. Se maquinaban siniestros planes.

Tan sólo una persona podría prestar una ayuda en el futuro. Esa persona era La Sombra. Ya este misterioso personaje de la noche procedía a investigar la muerte del doctor Johan Arberg.

¿Su intervención en el caso del asesinato del eminente sabio, le permitiría descubrir la trama del plan?

La respuesta a esta importante pregunta dependía de La Sombra solamente.

El rey de la noche era el único que podía esclarecer el misterio.

¿Lo conseguiría?

CAPÍTULO IX

LA PISTA DE LA SOMBRA

EL detective José Cardona contemplaba su informe, sobre el asesinato del doctor Johan Arberg. El detective se hallaba aún en los aposentos del doctor, en el Hotel Imperator. Con él se encontraban Clyde Burke, el inspector Timoteo Klein y un forense de la policía.

—Robo —aseguró Cardona—. Ese es el móvil, inspector. En cuanto a los detalles del caso...

Cardona hizo una pausa. Tenía en la mano una hoja de papel llena de anotaciones con lápiz. Sonaba el teléfono. El sabueso acudió a la llamada.

Preguntó:

—¿Quién? ¿Qué venía a ver al doctor Arberg? ¡Hágale venir! Sí, aquí, a esta habitación.

Volvióse a los otros con una mueca de asombro en el rostro.

Inquirió intrigado y muy sorprendido:

—¿Habéis oído hablar alguna vez de Lamont Cranston?

—¿El millonario trotamundo? —preguntó a su vez el reportero.

—Precisamente —respondió José Cardona—. Bien, va a subir aquí. Ha venido preguntando por el doctor Arberg. Cranston es íntimo amigo del comisario inspector señor Weston.

Pocos minutos después, un hombre de elevada estatura apareció en la habitación. Se detuvo un momento en el umbral de la estancia. Una mirada solemne brilló en su rostro, de líneas duras, cuando observó el cadáver del doctor Johan Arberg junto a la mesa del rincón. Cardona tuvo la impresión de haber sorprendido un destello de emoción, en los brillantes ojos del recién llegado.

El millonario volvióse al detective.

—¿Cuándo sucedió esto, diga? —preguntó.

—A las diez y treinta minutos de esta noche, aproximadamente —respondió Cardona—. ¿Cómo se le ha ocurrido venir?

El millonario explicó suavemente:

—El doctor Arberg es un antiguo conocido mío. Le visitaba asiduamente en Copenhague. Se dedicaba a otras cosas, además de la Medicina. Poseía gran afición por la colección de piedras preciosas. Este es también uno de mis caprichos. Por esta razón, el difunto doctor y yo teníamos algo de común.

Hizo una pausa y continuó:

—Esta noche supe por una casualidad, que el doctor Arberg estaba en Nueva York. Leí en un periódico que se albergaba en el Hotel Imperator. Aunque ya era algo tarde, decidí visitarle en caso de que aun estuviese despierto. En la administración me dijeron que mi eminente amigo había sido asesinado.

Las palabras de Lamont Cranston denotaban profunda convicción. José Cardona miró fijamente al millonario. Encontróse con sus ojos... penetrantes, órganos ópticos que brillaban a ambos lados de una nariz como el pico de un halcón. José Cardona experimentó un respeto definido por Lamont Cranston.

Declaró el detective: —Asesinato. Es indudable. El motivo, robo. Puesto que era usted amigo del doctor Arberg, puede permanecer aquí mientras termino mi información sobre el caso.

—Muchas gracias —dijo Cranston.

Cuando el alto millonario se hubo sentado, Cardona dio lectura a sus notas.

Luego empezó a hacer sus deducciones destinadas al inspector Klein.

Dijo:

—Hay dos llamadas telefónicas para Arberg. Una, un poco antes de las nueve; la otra, momento después. Antes de esa hora, entre ocho y nueve, dos criados del hotel estuvieron arreglando la disposición de los muebles, siguiendo las indicaciones del doctor. El doctor Arberg no estuvo ausente un solo minuto, a la hora en que tuvo lugar la sangrienta refriega del piso de Lorskin.

—Sin embargo, Lorskin dijo que Arberg llevaba una gran cantidad de dinero —repuso el inspector Klein.

—Ciertamente —replicó Cardona—. Sparkles Lorskin tenía la

intención de despojarle. Pero estoy convencido de que el doctor no estuvo en su casa. Estaba aquí. No sabemos qué es lo que ocasionó la pelea en la casa de Lorskin... A no ser que fuese la traición de alguno de sus compinches. Luego nos dedicaremos a calcular las causas probables, pero por el momento atengámonos a los hechos en sí.

Tras una pausa, prosiguió:

—Eran las nueve y veinte minutos cuando el doctor Arberg salió. Iba solo. Regresó a las diez y diez minutos, solo también. Hay el informe de una llamada telefónica poco antes de su llegada. Esto indica que alguien le esperaba cuando vino... o que quería saber si no había regresado aún.

“La cuestión es saber si el asesino esperaba a Arberg. Es más probable que se deslizase subrepticamente por la puerta que encontramos abierta. Lo cierto es que Arberg se dirigió a la mesa del rincón. Hay huellas digitales en el receptor telefónico. Sería un dato significativo si correspondiesen al asesino, pero tengo la seguridad de que se comprobará que pertenecían al difunto.

Levantándose, Cardona se dirigió al rincón. Se dispuso a reproducir la escena del crimen tal como él la imaginaba. Se colocó junto al cuerpo del doctor Arberg, dando frente a sus interlocutores. Luego marchó al centro de la habitación y giró rápidamente hacia el rincón.

—Arberg disparó sobre el asesino. Este replicó. —Cardona se dirigió nuevamente al rincón y dio media vuelta sobre sí mismo—. Las balas del revólver de Arberg están incrustadas en la pared. Los disparos del asesino arrancaron la vida del anciano. Debió caer sobre la mesa y luego resbalar. Esas marcas brillantes en el polvo lo demuestran.

Tras humedecerse los labios, siguió el detective su peroración:

—El tintero y el reloj cayeron al suelo. El asesino despojó a su víctima de todo cuanto pudo encontrar. El fajo de billetes de banco del viejo, sus alhajas y hasta el anillo que llevaba en el dedo. Inmediatamente se marchó. Todo lo que sabemos es que el asesino llegó aquí con el propósito de robar. Tal vez la idea se la proporcionara Sparkles Lorskin y se vino aquí cuando comprobó que Sparkles había sido gravemente herido.

“También sabemos que el asesinato fue cometido poco después

de las diez, hora en que regresó Arberg. Y si hemos hallado una pista verídica, puedo señalar con certeza la hora en que se llevó a cabo: las diez y veinticinco minutos.

Con esta aseveración, Cardona recogió el reloj del suelo y señaló la esfera.

Los diamantes que circundaban la caja brillaban a la luz. Cardona no se detuvo para admirarlos. Señaló la hora con el dedo índice. El reloj marcaba exactamente las diez y veinticinco.

Declaró:

—La caída le hizo detenerse. A menos que el asesino discurriese más de lo que yo le concedo, este reloj nos dice la hora precisa en que se efectuó el crimen.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Klein—. Ahí tiene la prueba, en efecto, José. Las diez y veinticinco... Esa es la hora en que sucedió.

—Puede ser —respondió el detective evasivamente—. Hay otro escollo, sin embargo. Supongamos que este asesinato se cometiera poco antes de las doce de la noche. El asesino pudo dar vueltas a las manecillas del reloj y hacerle señalar las diez y veinticinco.

—¿Por qué?

—Para engañarnos, haciéndonos creer así que salió de aquí antes de la hora en que lo hizo. Sin embargo, existe la probabilidad de que el asesino no tocara el reloj. El doctor —Cardona indicó al médico forense— declara que Arberg debe haber estado muerto desde hace un par de horas. Pero de ningún modo consideraremos la hora del reloj como prueba definitiva.

—Suponga —continuó—, que echamos el guante a algún bribón y queremos saber dónde se encontraba a las diez y veinticinco, la noche del asesinato de Arberg. Es posible que presentase una coartada perfecta. Nadie se me escapa con esos trucos cuando yo intervengo en un caso. En el informe, aparecerá que la muerte ocurrió entre las diez y veinticinco y las doce y cuarto.

Comentó el inspector Klein:

—Muy bien, Cardona. Considero que ha sido una inspiración genial, pensar en que es posible que hayan retrasado el reloj.

—No se me escapan muchos ardidess—murmuró el detective, inmodestamente—. Lo que es más— el rostro de Cardona se nubló —, éste va a ser un caso peliagudo, de cualquier modo que se le

vea. Hemos de empezar las investigaciones con Sparkles Lorskin y Mitts Cordy. Si algunos otros gangsters comenzaron la refriega en casa de Lorskin, y se escaparon, es posible que ellos se hiciesen cargo de la operación, que Sparkles y Mitts se proponían ejecutar.

Hubo una pausa. Cardona continuó:

—Después de que aquella banda fue aniquilada en el piso de Lorskin, no había peligro para un pistolero que viniese aquí por su cuenta. No quedaba más que un bribón vivo en el piso: Sparkles Lorskin. Recibió su merecido cuando la policía hizo su aparición.

Hubo una pausa.

—¿Qué me dice de las joyas encontradas en casa de Lorskin? —inquirió el inspector—. Todavía las tenía cuando llegaron los agentes.

—Sí —respondió Cardona—, pero es posible que él los ahuyentara. Tuvieron que largarse deprisa cuando el tiroteo comenzó. Además, no se sabe qué otros géneros tenía Lorskin en su piso. Recogimos una cantidad importante, pero es posible que haya recibido más.

El detective paseó de un extremo al otro del cuarto y volvió a hablar en tono firme.

Declaró el sabueso:

—Empezaremos las investigaciones desde aquí, inspector. Averiguaremos quién salió de esta pieza poco después de las diez y veinticinco. Esta es la primera tarea a realizar. Dónde estuvo Arberg antes, es importante tan sólo si nos proporciona la pista de algunos bandidos. Si salió a algún asunto corriente, entre las nueve y veinte y las diez y diez, no tiene importancia.

El inspector movió en un gesto de asentimiento la cabeza. Tenía gran confianza en la habilidad de Cardona. Clyde Burke, tomando notas, se mostraba encantado de la historia que estaba recibiendo.

Mientras Cardona y Klein discutían algunos detalles del informe, Lamont Cranston se levantó tranquilamente y cruzó el cuarto en dirección al cadáver de Johan Arberg. El millonario permaneció silencioso contemplando la esfera del reloj parado.

Los ojos de Cranston, parecían reflejar el brillo de los diamantes que rodeaban la caja del reloj. Una sonrisa levísima se dibujó en los labios del millonario. Nadie vio aquella sonrisa. Desapareció cuando Cranston volvióse hacia la puerta de la habitación.

—El doctor Arberg era un hombre eminente —dijo Cranston a Cardona—. Su muerte será muy sentida. Confío en que usted logrará descubrir al asesino.

Después de una breve conversación con el detective, abandonó el hotel.

José Cardona, a pesar de los asuntos importantes que le tenían perplejo, recordó la calma de Cranston y la expresión de su rostro impasible. Clyde Burke, también se impresionó por la llegada y partida del millonario.

El resultado de la visita de Cranston al Hotel Imperator ocurrió poco tiempo después. Un chasquido sonó en una habitación sumida en una completa oscuridad.

Una luz azul y vacilante arrojó sus rayos espectrales sobre la superficie pulida de una mesa. Unas manos blancas emergiendo de la oscuridad, se movieron dentro del radio de la luz. En una mano relucía la gema sin par que constituía el símbolo de La Sombra.

Había papel y una pluma sobre la mesa. Las manos del fantasma de la noche empezaron a usarlos. Unos dedos largos trazaron el perfil del reloj que había estado en el suelo del cuarto del doctor Arberg. El toque final consistió en la colocación de las manecillas, señalando las diez y veinticinco.

Unos ojos contemplaron desde la oscuridad la hora marcada. En otra hoja de papel, el hombre misterioso escribió unas palabras. La Sombra analizaba la hipótesis de José Cardona.

Motivo: robo. Hora indicada: 10.25

Pruebas: reloj. Posibilidad: manecillas retrasadas.

Estas fueron las frases que La Sombra escribió en su análisis. Luego anotó un itinerario que daba las horas aproximadas de los acontecimientos concernientes a los asuntos del doctor Johan Arberg durante la noche.

8.50 —Llamada telefónica

9.00 —Llamada telefónica

9.20 —Partida.

10.05 —Llamada sin respuesta.

10.10 —Regreso.

10.25 —Hora del reloj.

12.20 —Descubrimiento del crimen.

La Sombra verificó la primera línea de la columna.

La llamada telefónica de las ocho y cincuenta la efectuó él mismo. Unos minutos más tarde, a las nueve, el doctor Arberg respondió a otra llamada telefónica, probablemente la que le llamó del hotel.

El dedo de La Sombra marcó el intervalo entre las nueve y las nueve y veinte.

¿A qué obedecía la llamada telefónica unos minutos antes del regreso del doctor Arberg? ¿Por qué no volvieron a llamar?

Era probable que informasen a la persona que telefoneó, que el doctor Arberg estaría pronto de vuelta.

La Sombra rió. Se le ocurrió que la llamada de las diez y cinco pudo haber sido hecha para averiguar si se había descubierto alguna cosa.

Motivo: robo. Hora indicada: 10.25

Pruebas: reloj. Posibilidad: manecillas retrasadas.

Después de escribir de nuevo estas palabras, La Sombra deliberadamente trazó una línea encima de las frases hasta llegar a las tres palabras finales.

“Pruebas: reloj”

Era la única frase que La Sombra aceptaba. Debajo, escribió:

Motivo: no un robo.

La risa susurrada que vibró por la pieza envuelta en la oscuridad, explicaba más eficazmente que las palabras, el motivo por el cual La Sombra había llegado a esta conclusión.

Sí, como José Cardona suponía, el móvil fue el robo, ¿por qué se llevó el asesino el reloj enjoyado, con los otros artículos que había robado?

No había más que una sola respuesta.

Dejó el reloj en el suelo con el único propósito de despistar a la policía.

El asesino juzgó que ese factor era más importante que el robo de unos objetos de valor. Se llevó dinero y algunos objetos para simular que el móvil fue el robo; dejó el reloj para despistar sobre la hora en que cometió el hecho.

¡Engañó a la policía, pero no a La Sombra!

El fantasma de la noche puso un pulgar y un índice sobre el horario anotado.

Según José Cardona, el asesinato se cometió entre esas horas:

entre las diez y diez y las doce y veinte.

Los dedos de La Sombra se movieron. La hipótesis de Cardona fue rechazada finalmente. Un hecho aparecía bien patente. El asesino no se beneficiaría lo más mínimo, por haber dejado que el reloj indicase una hora entre las diez y veinticinco y las doce de la noche. Cualquier ladrón habría considerado que el reloj mismo era de mayor valor.

Los dedos de La Sombra se posaron más arriba, en el horario marcado.

Indicaban la hora entre las nueve y las diez y diez.

Luego señalaron la línea donde aparecían las nueve y veinte y la hora en que el doctor Arberg fue visto cuando salía del vestíbulo del hotel. La Sombra rió suavemente. Ahí estaba la respuesta.

Si el crimen se cometió en ese espacio de tiempo, el asesinato tendría motivos para dejar el reloj en el suelo... ¡después de adelantar las manecillas, no después de retrasarlas!

La Sombra conocía la verdad.

El doctor Arberg fue muerto poco después de las nueve. El hombre que fue visto saliendo del vestíbulo del hotel, el individuo que regresó a las diez y diez, no era el doctor Johan Arberg.

¡Era el asesino, disfrazado, personificado al especialista danés!

Quizá las actividades de La Sombra, la facilidad con que él mismo representaba el papel de doctor Arberg, explicaba sus conclusiones. No obstante, el resultado era claro. La Sombra se daba perfecta cuenta de que se enfrentaba con un super criminal, no con un asesino vulgar. Sabía también que el tal individuo tuvo algún propósito oculto para cometer el crimen.

Fue el asesino quien telefoneó a las diez y cinco, para asegurarse de que no se había descubierto el crimen. Después regresó para hacer su aparición final personificando al doctor Arberg. Cincuenta minutos era todo lo que necesitó.

—¿Por qué?

Era el problema con que La Sombra se enfrentaba.

Mas, en esta situación, La Sombra disponía de una pista mientras que José Cardona seguía aún un rastro falso. La Sombra suponía que al día siguiente se pondría en claro dónde estuvo el doctor Johan Arberg, entre las nueve y veinte y las diez y diez.

Cardona no pensaría en esto. Mas La Sombra seguiría la nueva

pista.

¡Pues encontrando el lugar donde el doctor había sido visto durante esos cincuenta minutos importantes, podría seguir los movimientos del asesino!

La luz se apagó con un chasquido. La habitación quedó envuelta en las tinieblas. En la atmósfera tenebrosa de aquel cuarto misterioso, la risa de La Sombra sonó con tono siniestro.

Unos ecos fantásticos respondieron de un modo escalofriante. Cuando las últimas vibraciones demoníacas se desvanecieron, el cuarto quedó vacío.

La Sombra había salido de su santuario, de aquella misteriosa estancia donde investigaba las actividades de las hordas del crimen. Sus planes para un futuro inmediato estaban en preparación, seguramente pronto se verían sus resultados.

¡La pista del reloj había servido magníficamente al fantasma de la noche!

CAPÍTULO X

JÚBILO DE ASESINOS

HABÍA cerrado la noche sobre Manhattan. En el gabinete de un suntuoso departamento de un hotel, dos hombres leían las últimas ediciones de los periódicos de la tarde.

Uno de ellos soltó una risita al levantar la vista de sus páginas. Quedaron reveladas las facciones sonrientes y malignas de Martín Hamprell.

El asesino del doctor Johan Arberg, estaba contento de las reseñas que publicaba la Prensa. Miró a su compañero: un individuo corpulento, de rostro duro y aire dominante. Martín Hamprell habló:

—Todo marcha viento en popa —observó—. Hablan mucho del doctor Johan Arberg.

—Y nada en absoluto de Martín Hamprell —apostilló el hombre de rostro duro, soltando una risita.

—Ni de Ward Fetzler —añadió Hamprell, mirando con fijeza a su compañero.

Una expresión de preocupación apareció en el rostro altivo del hombretón.

Clavando la mirada en Martín Hamprell, formuló una objeción.

—Excluye mi nombre de ese asunto, Hamprell —ordenó.

—Tu nombre está excluido, Fetzler —declaró Hamprell—. Como lo está el mío. Estamos embarcados en el mismo bote, tú y yo; y es una buena embarcación.

—Tú ejecutaste el asesinato.

—Tú me ofreciste la operación.

Fetzler frunció el ceño.

Hamprell sonrió, tiró el periódico sobre la mesa, se incorporó y

dio unas palmadas en el hombro de su compañero.

—¿De qué te preocupas? —le preguntó—. Mientras yo esté aquí, como compañero tuyo, estamos seguros los dos. Seamos amigos. Me has alquilado; yo he realizado la faena. Estoy satisfecho. Quizá me necesites más adelante.

—Así parece —asintió Fetzler, con acritud—. No obstante, las cosas están un poco enredadas todavía.

—Escucha, Fetzler —dijo Hamprell—. He ejecutado la operación que tú querías. Me has pagado. Quiero que estés satisfecho. Al parecer, no lo estás. ¿Por qué no me das participación en el asunto? Dos cabezas trabajarán mejor.

Fetzler no hizo ningún comentario. Tenía un aspecto lúgubre.

Hamprell encendió un cigarrillo y comenzó a hablar en tono reminiscente.

Sus palabras empezaron a producir efecto sobre Fetzler.

—He sido un bribón desde hace mucho tiempo —declaró—, y tú lo sabías. Martín Hamprell, falso abogado, falso médico, falso especulador de terrenos y quién sabe cuantas cosas más. Esa es mi historia. Un verdadero contraste entre tú y yo. Ward Fetzler goza de buena reputación como hombre de negocios. Gran propietario y especulador en terrenos. Director de muchas empresas. Esa es tu historia.

Fetzler alzó la vista cuando Hamprell hizo una pausa.

El asesino le dirigió una mirada astuta y luego continuó su discurso:

—Conocías mis habilidades —prosiguió—. Supiste que yo estaba en Buffalo. Me telefoneaste para que viniese aquí. Me dijiste francamente que deseabas que cierto hombre muriese; a saber Cyril Wycliff. El principal obstáculo que se presentaba para la muerte de Cyril Wycliff era que se estaba restableciendo de una trombosis, bajo un tratamiento prescrito por el doctor Johan Arberg, de Copenhague.

—Exacto —asintió Fetzler—. Pero, ¿a santo de qué vienen esas...?

—Déjame continuar —interrumpió Hamprell—. Yo sugerí el plan para eliminar a Cyril Wycliff. Yo decidí personificar al doctor Arberg. Yo vigilé al doctor desde el momento en que puso los pies en Nueva York. Yo preparé mi caracterización. Luego intenté

persuadir al doctor Arberg para que no visitase la casa de Cyril Wycliff. Fracagé en mi intento de persuasión y en consecuencia cometí el asesinato.

Hamprell hizo una pausa y luego dijo:

—Representando el papel de Johan Arberg visité a Cyril Wycliff. Mezclé los ingredientes de una solución hipodérmica. Yo llevaba algunas drogas mías. Resultaron innecesarias. En las inyecciones de Wycliff se habían usado pequeñas cantidades de nitroglicerina. Yo preparé una solución sobrecargada de nitroglicerina. El resultado fue la muerte súbita de Wycliff, después de la primera inyección.

El asesino encendió otro pitillo y continuó diciendo:

—He borrado por completo mis huellas. Las reseñas de los periódicos lo demuestran. Se acepta que el móvil de la muerte de Arberg ha sido el robo. Yo dejé un reloj en el suelo del cuarto de Arberg, después de adelantar las manecillas más de una hora. Se cree que el asesinato se cometió después del supuesto regreso del doctor Arberg a sus habitaciones del hotel.

“Para colmo de suerte, la policía recibió hoy una llamada del doctor Barton Keyes, el médico de cabecera de Cyril Wycliff. Keyes manifiesta que el doctor Arberg visitó la casa de Wycliff entre las nueve y las diez. En consecuencia, están seguros de que Arberg estaba vivo durante ese periodo. No han visto ninguna relación entre las muertes de Cyril Wycliff y Johan Arberg. El doctor Keyes ha declarado que la súbita muerte de Wycliff fue debida a una trombosis, y que una muerte repentina era esperada.

“Ahora voy a explicarte mi conclusión. La muerte del doctor Arberg ha sido atribuida a unos pistoleros, a unos ladrones de joyas, y no a una persona de mi categoría. Por consiguiente, su muerte es ventajosa. Cyril Wycliff está muerto, como se deseaba. Sin embargo, tú puedes estar preocupado y afirmas que quizá sea necesario ejecutar otro asesinato.

—Quizás —interpuso Fetzler, gravemente—. Cuento contigo, Hamprell.

—Cuenta conmigo —asintió Hamprell—, con una condición. A saber: que yo he de saber de qué asunto se trata.

Ward Fetzler reflexionó. La decisión de Hamprell era razonable. Fetzler comprendió el punto de vista de Hamprell. Tamborileó nerviosamente sobre los brazos del sillón. Con un gesto indicó a

Hamprell que tomase asiento. El asesino sabía que iba a recibir una explicación.

Fetzler empezó: —Hamprell, Cyril Wycliff era un amigo mío. Hace varios años invirtió más de cien mil dólares en la compra de unas tierras en Utah, unos terrenos que prometían grandes beneficios, cuando se desarrollase la producción del aceite de pizarra.

—Fue más bien una especulación —comentó Hamprell.

—Sí —asintió Fetzler—. Pero fue una inversión sólida al precio que Wycliff adquirió. No tenía ningún interés en que se divulgase la noticia de que yo había vendido los terrenos. Wycliff tampoco deseaba que se supiese que él los había adquirido. En consecuencia, me dio una cantidad para que yo continuase pagando las contribuciones.

Fetzler hizo una pausa. Prosiguió:

—Recientemente descubrí que las propiedades de Utah contenían depósitos de alquitrán. Tengo el convencimiento de que allí pueden producirse grandes cantidades de uranio. Esa tierra, según mis cálculos, vale millones. Me percaté de que había cometido un error, al vender aquellas tierras a Cyril Wycliff. Poco antes de caer enfermo, le ofrecí comprárselas a un buen precio. Se negó a vender.

—¿No le dijiste —observó Hamprell—, que la tierra contenía alquitrán?

—Ciertamente que no —repuso Fetzler—. En mi siguiente viaje a Utah, fui a ver si Cyril había registrado la nueva escritura de la propiedad. Averiguaré que no lo había hecho. ¡La tierra, según todas las apariencias, es mía... siempre que Cyril Wycliff no registre la escritura!

—¡Ah! —exclamó Hamprell, con un movimiento de cabeza—. Cyril Wycliff no registrará la escritura ahora. No obstante, otra persona...

—La escritura está escondida —interrumpió Fetzler—. Cyril tenía la costumbre de guardar sus documentos importantes en lugares que sólo él conocía. Cuando me enteré de su enfermedad, abrigué la esperanza de que moriría. Cuando empezó a restablecerse, decidí tomar medidas radicales.

—Las cuales se vieron coronadas por el éxito —dijo Hamprell—,

gracias a mí.

—Que tuvieron éxito en parte —replicó Fetzler.

Martín Hamprell frunció el ceño con expresión interrogante. No comprendía la declaración de Fetzler. Este ofreció la explicación, manifestando.

—Cuando Cyril Wycliff agonizaba, logró decir algo acerca de la escritura; dijo que estaba escondida en la biblioteca. La escritura, que estaba escondida en la biblioteca. La escritura, que yo tenía la esperanza de que quedase enterrada en el olvido y cuya existencia desconocía su hijo Howard Wycliff, será ahora objeto de una búsqueda.

—¿Cómo supiste lo que dijo Cyril Wycliff? —inquirió Hamprell, de repente.

—He trazado mis planes concienzudamente —afirmó Fetzler—. Desde hace mucho tiempo estoy en contacto con cierto individuo que sabe lo que ocurre en la casa de Wycliff. Este hombre se hallaba presente cuando Wycliff murió. Él oyó lo que se dijo.

—¿Alguien en la casa de Wycliff? —preguntó Hamprell—. ¿Estaba allí, cuando yo hice la visita, haciéndome pasar por el doctor Johan Arberg?

—Sí —respondió Fetzler, con toda calma.

Martín Hamprell se echó a reír. Tomó el asunto a broma. Pasó revista mentalmente a lo incidentes ocurridos en la casa de Wycliff. Recordó unos ojos que le vigilaron durante su visita. Por último, declaró:

—Creo conocer a tu hombre. ¿Sabía él que yo no era el doctor Arberg?

—Recibió instrucciones —respondió Fetzler—, de estar a tu lado en un caso de apuro. Sabía que tu visita era extraordinariamente importante. Sin embargo, ignora tu verdadera identidad.

—¿Qué piensas hacer ahora? —interrogó Hamprell.

—Sigo recibiendo informes de mi hombre —respondió Fetzler—. Tomará parte en la búsqueda. Procurará descubrir la escritura, antes de que lo otros la encuentren. Además, me avisará en caso de que alguna otra persona la descubra. Esto significa...

—Un trabajo para mí —interpuso Hamprell.

—Exacto —asintió Fetzler—. Deseo evitar la comisión de otro asesinato. No obstante, si surge alguna complicación, te encargaré

de la operación inmediatamente.

—Comprendo —rió Hamprell—. Me extrañaba que quisieras que yo me quedara aquí, en lugar de ocultarme. No se tardaría mucho en ir de este hotel a la casa de Wycliff. Quizá tenga que suprimir al hijo, como hice con el padre.

—Espero que no —dijo Fetzler en tono seco—. Otro asesinato podría resultar peligroso. Sin embargo, si mi hombre no descubre la escritura antes que cualquiera de los otros, traería mala suerte a quien la encuentre.

Martín Hamprell recogió el periódico que había sobre la mesa, lo tamborileó significativamente. Su sonrisa sarcástica expresaba la confianza que había experimentado al leer el periódico.

—La policía está desorientada —declaró—. Este individuo llamado Cardona, un as entre los detectives, es un imbécil. Jamás descubrirá que yo he sido el asesino de Johan Arberg. Ni siquiera visitará la casa de Cyril Wycliff. Cuanto más investigase, más se despistará.

“¿Qué importa otro asesinato? Nada en absoluto, siempre que se le ejecute con inteligencia. ¿Tu hombre de la casa de Wycliff es un sujeto competente?

—Muy competente —aseguró Fetzler.

—Entonces estamos preparados para un caso de complicación —decidió Hamprell—. Los dos somos asesinos, tú y yo, y podemos serlo otra vez. Podemos esperar hasta que sea necesario matar; entonces lo haremos. La escritura de que hablas es nuestra.

—Hay que destruirla —declaró Fetzler—. Después, que haya desaparecido, estaré libre para cosechar unos cuantos millones. Tú y mi otro ayudante recibiréis una compensación generosa.

—Estoy satisfecho —repuso Hamprell—. Esperemos a ver cómo marchan las cosas. Nadie sabrá nada.

La sonrisa maligna de Martín Hamprell fue bien recibida por Ward Fetzler.

Una sonrisa de placer apareció en los labios carnosos del propietario de terrenos. Creía que lo que Martín Hamprell decía era verdad. El asesinato, pasado y futuro, quedaría sin descubrir. Ningún detective tendría la habilidad de descubrir la verdad.

Sin embargo, mientras los asesinos se deleitaban, una persona buscaba ya la respuesta a las dos muertes.

¡La Sombra, cuyo agudo cerebro había descubierto el ardid de un asesino, tomaba a su cargo la causa de la Justicia!

CAPÍTULO XI

EL HUESPED SILENCIOSO

LAS reseñas aparecidas en los periódicos de la tarde fueron motivo de júbilo para Ward Fetzler, millonario y super criminal.

Las reacciones de Fetzler fueron compartidas por su compinche en crímenes, Martín Hamprell. Los agentes de la autoridad habían sido desviados de la verdadera pista del crimen.

Sin embargo, las mismas reseñas que el par de malhechores consideraban tan favorables, aparecían ahora ante los ojos de otro personaje. La Sombra, en su santuario misterioso, las revisaba bajo la lámpara de rayos azules que pendía encima de la mesa.

Varios recortes de periódicos estaban extendidos, ante los ojos del fantasma de la noche. Un sumario completo del resultado de las investigaciones de Cardona, aparecía a la vista. Marcando con un círculo rojo destacábase un párrafo que mencionaba, que el doctor Johan Arberg, regresó de una visita a la casa de Cyril Wycliff, poco antes de cometerse el asesinato en el Hotel Imperator.

Coincidiendo con este informe, había un recorte pequeño y separado junto a otros bastante más largos. Era una breve esquela mortuoria en que se refería la defunción de Cyril Wycliff y en la cual se afirmaba que el óbito se había padecido durante muchos años.

Los largos dedos de La Sombra marcaron estos párrafos. Para La Sombra los informes estaban, indudablemente, relacionados. Adivinó que un asesino audaz se había trasladado de Hotel Imperator al hogar de Cyril Wycliff. Así, era más que coincidencia el hecho de que Cyril Wycliff, como Johan Arberg, hubiese muerto repentinamente.

Brilló una luz sobre la pared del otro lado de la esfera de la luz

azulada. El girasol de La Sombra refulgió, cuando su mano extendida hacia delante recogió un par de auriculares.

Estos instrumentos desaparecieron en la oscuridad, por el lado más próximo de la mesa. La voz de La Sombra hablaba suavemente entre la penumbra. Otra voz respondía.

Oíase en los auriculares:

—Burbank al habla. Estacionado en la vieja casa desocupada, al otro lado de la calle de la morada de Cyril Wycliff. Nuevas conexiones telefónicas con la línea privada completada. Todos los agentes informados del nuevo número.

—Informe recibido.

En la voz de La Sombra se advertía la huella de una sonrisa, Burbank era un agente único, activísimo. Su participación era pasiva en el servicio de La Sombra. Sin embargo, podía confiarse plenamente en Burbank, que cumplía sus deberes con exacta precisión y meticulosos cuidados.

La Sombra había dado a Burbank instrucciones detalladas, con respecto a la casa de enfrente de la de Wycliff. Burbank, experto electricista, había entrado allí para establecer dos nuevas líneas de comunicación telefónica.

Con esto servía a un doble propósito. Una de ellas estaba destinada a la recepción de los mensajes procedentes de los agentes y su retransmisión a La Sombra. La otra, a la vigilancia de la mansión de Wycliff, a la que Burbank, siempre exacto, se había referido como domicilio de Howard Wycliff.

Volvió a oírse la voz de Burbank.

—Informe de Burke. En el cuartel general de la policía, Cardona está interrogando a los forenses que examinaron los cadáveres de Mitts Cordy y su banda.

Y tras una pausa, siguió el propio informe de Burbank.

—Informe personal. Tres hombres han entrado en la morada de Howard Wycliff. Evidentemente son visitantes esperados. Dos de ellos llegaron en su *sedan*. El otro en su *coupé*.

—Informe recibido.

Con los ecos de este murmullo final, repitiéndose en las paredes ennegrecidas de la reducida estancia, La Sombra volvió a depositar los auriculares en el sitio de donde los había extraído.

La luz azulada se apagó. Percibióse el fru-fru de una capa en

la oscuridad. Luego una risa sibilante, burlona. Después... el silencio.

La Sombra había abandonado su santuario.

Apareció un *coupé* en una de las avenidas de Manhattan. Marchando a toda velocidad hacia la parte alta de la ciudad, tejía rápidamente su camino entre el fárrago del tráfico. Iba conducido expertamente por un par de manos embutidas en negros guantes, cuyo poseedor se sentaba invisible tras el volante.

Cuando alcanzó la vecindad de la residencia de Howard Wycliff, el *coupé* torció hacia un lado de la oscurecida calle y se detuvo.

No se oyó el menor ruido cuando el ocupante del vehículo, se apeó por una de las portezuelas laterales. Desde ahora el paso de La Sombra sería silencioso y rápido.

Los faroles del alumbrado iluminaban una silueta que se deslizaba sigilosamente por la acera. Una masa de oscuridad pareció desprenderse de la noche misma cuando cruzó la calle.

La espectral figura desapareció en la negrura, que circundaba la vieja mansión en que Cyril Wycliff había dejado de existir. Al llegar a la negra pared del edificio, la misteriosa figura se detuvo un instante.

Dedos fuertes como garfios se asieron a las piedras del muro. Con sorprendente agilidad, la elevada figura negra trepó hasta una ventana del segundo piso.

Suavemente, como un murciélago, La Sombra alcanzó su objetivo.

Silenciosamente sus manos aplicaron una palanqueta de acero a los montantes de la ventana. La cerradura cedió. La espectral figura desapareció por el hueco que acaba de abrir.

Emergió de pronto un haz de rayos luminosos. Una manchita de luz, no mayor que una moneda, recorrió toda la habitación. Reveló una cama. Luego un armario-botiquín.

Una risa suave percibióse brotando como un susurro de una garganta invisible. La Sombra se hallaba en el mismo aposento en que había muerto Cyril Wycliff.

Los rayos de la minúscula, pero potente linterna eléctrica de La Sombra, iluminaron una botella tapada que había dentro del armario. Una mano enguantada asió el fracaso y quitó suavemente el tapón de cristal esmerilado que lo cubría. La mano volvió a

reponer la botella en su sitio. Luego sacó del propio bolsillo de La Sombra una pequeña redoma.

Volvió a recoger la botella, y con ella en una mano y la ampolla en la otra traspasó a la redoma parte del contenido del frasco. La botella fue colocada definitivamente en el lugar que ocupaba en el armario y la redoma en el bolsillo de la capa de donde había salido. La Sombra había obtenido una muestra de la solución empleada por el falso doctor Arberg. Con esta preparación se había administrado a Cyril Wycliff la inyección final. El rótulo de la botella demostraba este hecho.

Continuaba el movimiento de los rayos luminosos, de la lámpara de bolsillo de La Sombra en busca de otras huellas. De repente, la luz se apagó.

Percibíase ruido de pasos que subían la escalera. Rápidamente, La Sombra se colocó, al lado de la puerta. Pocos momentos después, un hombre entró en la habitación y se aproximó a la cama.

Dio vuelta al conmutador de la lámpara de la mesita de noche. Era Miles Vorber, el anciano sirviente de Cyril Wycliff.

Probablemente por la fuerza de la costumbre, Vorber dirigió una mirada suspicaz alrededor de la habitación. No se volvió, sin embargo, hacia la puerta de entrada. Acercóse a la ventana por donde había entrado La Sombra.

La halló cerrada. La Sombra no se descuidaba nunca.

Vorber se aproximó al armario-botiquín. Asió la botella que acaba de examinar La Sombra y vertió su contenido en una escupidera situada en un rincón de la estancia. Efectuó la misma operación con otros frascos de soluciones. Ordenó cuidadosamente los frascos alienados en el armario.

Mientras Vorber estaba ocupado en estas manipulaciones. La Sombra, rey de la oscuridad, se erguía en el rincón próximo a la puerta. Cuando el criado terminó, La Sombra avanzó silenciosamente hacia la entrada. Luego se deslizó hasta el vestíbulo.

Como si hubiese percibido la escondida presencia del ser sobrenatural que acababa de abandonar la habitación, Vorber dio un salto hacia la puerta. No vio más que la oscuridad que reinaba en el pasillo, sin embargo, el criado, sin desviar la mirada, estuvo ojo avizor durante varios minutos, con la impresión de que había

notado la proximidad de algo indefinible.

La Sombra llegó a la escalera. Hasta el roce de su capa era inaudible cuando descendió. El sonido de voces impresionó sus sensibles órganos auditivos.

La puerta de la biblioteca estaba entornada. La Sombra se dirigió hacia aquel punto y escuchó. A través de la rendija pudo ver a cuatro hombres enzarzados en animada conversación.

Eran Howard Wycliff, sus abogados Garret Slader y Pablo Marchelle y el doctor Barton Keyes, quienes discutían acalorados.

Centímetro a centímetro, La Sombra amplió su espacio de visión tan imperceptiblemente, que ninguno de los cuatro hombres percibió el movimiento de la puerta. Desde el umbral, podía oír perfectamente cuanto se decía y contemplar a su sabor a los reunidos.

Súbitamente, la elevada figura de La Sombra se apartó de la puerta.

Retrocedió rápidamente hacia una pesada cortina que ocultaba una especie de arco en el vestíbulo.

En un segundo, su borrosa silueta quedó completamente oculta tras el negro terciopelo.

La causa de la extraña acción de La Sombra se hizo aparente algunos momentos después. Sólo un oído finísimo podría percibir el ruido que La Sombra había percibido. Miles Vorber descendía por la escalera con el sigilo de un felino. Llegó, sin embargo, demasiado tarde para poder ver a La Sombra.

El oculto observador vio al criado encaminarse cautelosamente a la biblioteca. Vorber escuchaba sigilosamente desde el umbral. Luego, repentinamente, prescindió de toda cautela, empujó la puerta y entró.

Evidentemente había oído un trozo de conversación insulsa.

Los tonos ásperos de la monótona voz de Vorber llegaron a los oídos de La Sombra. El criado hablaba a un rollizo caballero sentado al lado opuesto de la puerta.

—Ya he ordenado sus frascos, doctor Keyes —anunció Vorber—. Tiré en la escupidera el contenido de los frascos como usted me ordenó.

—¿Exceptuando la solución nueva? —dijo el doctor—. Perfectamente. Está bien, Vorber. Conservo la fórmula de esa

preparación, así como las de las otras. Es importante que guarde toda la información que llevo recibida del pobre doctor Arberg. Eso es todo, Vorber.

El criado se retiró. Sin embargo, dejó la puerta entreabierta. Pisaba fuertemente mientras subía las escaleras.

La sombra no se movió del puesto de observación que ocupaba tras las cortinas. Para La Sombra, revestía gran importancia el preparado que el criado vertiera pocos momentos antes. En el rótulo se atestiguaba que había sido prescrito por el doctor Arberg.

Llevaba la fecha del día anterior. La solución había desaparecido. Sin embargo, La Sombra conservaba una porción de ella.

El doctor Keyes conservaba aún la fórmula ¿Correspondería la fórmula que La Sombra había anotado también cuidadosamente al preparado actual?

¿Había ordenado deliberadamente el doctor Keyes que vaciase el frasco que lo contenía... o lo hizo Vorber fingiendo haber comprendido mal las órdenes que había recibido?

Eran estas cuestiones que La Sombra, ansiaba aparentemente para los otros tres hombres presentes, las preguntas y respuestas cruzadas entre el médico y el criado, quedaron grabadas indeleblemente en la mente de La Sombra.

¿Por qué permanecía La Sombra oculto entre los pliegues de la cortina?

Desde allí podía ver aún a los hombres de la habitación; sus oídos finísimos recogían perfectamente su conversación. Sin embargo, aproximándose, pudo haber efectuado su observación mejor todavía. La respuesta a este problema se presentó en la forma de Miles Vorber.

El fámulo, después de subir las escaleras pisando fuertemente, las volvió a descender con paso felino. Como un gato, cruzó el vestíbulo y se apostó junto a la puerta de la biblioteca. La Sombra había previsto esta acción.

Tuvo la sensación de que Miles Vorber volvería, movido por el interés que en él despertaba el asunto que los cuatro hombres iban a discutir relacionados con su anciano patrón, el difunto Cyril Wycliff.

Vorber escuchaba con todos sus sentidos puestos en la escena

que se desarrollaba. Sin embargo, todo lo que él oía y veía, así como por alguien que vigilaba desde la oscuridad del aposento.

El hogar de Howard Wycliff albergaba aquella noche un huésped silencioso.

Aquel personaje oculto había llegado para desentrañar el misterio que rodeaba la muerte, aparentemente casual, de Cyril Wycliff.

¡Aquel huésped silencioso era La Sombra!

CAPÍTULO XII

EMPIEZA LA BUSQUEDA

LAS personas reunidas en la biblioteca estaban hablando de Cyril Wycliff. El cadáver había sido conducido aquella tarde al cementerio. Howard Wycliff, suspirando reflexivamente, se volvió al doctor Keyes.

Declaró amargamente:

—Se ha realizado su predicción, doctor Keyes. Nos dijo usted que la muerte se presentaría de improviso.

—Sí, Howard —respondió el médico—. La trombosis actúa a veces en razón inversa a la aparente salud del paciente. Aquellos que parecen estar reponiéndose más velozmente, son a menudo los menos capacitados para resistir a los menos capacitados para resistir a los ataques de esta enfermedad.

—El doctor Keyes nos lo advirtió —carraspeó Garret Slader—. Por esto insistía yo tanto respecto a...

—Respecto a los asuntos de mi padre —interrumpió Howard—. Bien, señor Slader, aprecio sus esfuerzos, porque indudablemente lo hacía en mi interés. Sin embargo, me parece que todo ha terminado.

—Por lo que concierne al testamento —declaró Slader—, creo que no hay duda alguna sobre las disposiciones de su difunto padre. Deja a usted todo cuanto poseía. Pero en lo que se refiere a la escritura...

—Estoy pensando en el testamento —interrumpió Howard—. Es extraño que no se haya dejado nada a Miles Vorber. Me figuraba que mi padre le habría recordado en el testamento. No obstante, he ofrecido un empleo seguro a Vorber.

—¿Ha mostrado acaso algún resentimiento —inquirió Pablo Marchelle.

—No —respondió Howard—. Sin embargo, es difícil saber lo que puede estar pensando. Tiene siempre la misma expresión impasible.

—Es de naturaleza suspicaz —sugirió el doctor Keyes.

—Estudiada —objetó Garret Slader.

Hubo un silencio momentáneo. Ninguno de los hombres se dio cuenta de que Vorber, el objeto de su presente discusión, escuchaba detrás mismo de la puerta entornada. El criado, a su vez, no sospechaba que era objeto de observación por parte de La Sombra, el rey de la noche.

—La cuestión del testamento está resuelta —las palabras decisivas salieron de los labios de Garret Slader—. Volvamos al asunto de la escritura. Si existe tal documento, pues supongo, Howard, que su padre habló en plena posesión de sus facultades, sería conveniente saber qué se propone hacer para localizarlo.

—En la biblioteca —musitó el joven—. Esto quiere decir en esta misma habitación —Hizo una pausa para lanzar una mirada en torno, a los muebles y a los libros—. Supongo que sería mejor iniciar la búsqueda del documento desaparecido. ¿No tiene usted idea, señor Slader, de la clase de propiedad a que se refiere?

—No tengo conocimiento de la existencia de esa escritura —repuso Slader, bruscamente—. Usted oyó lo mismo que yo, Howard. Es posible, lo he afirmado constantemente, que su padre poseía algunos bienes que ocultaba. No obstante, no creo que se descubra algún documento de gran valor.

—Su padre —observó el doctor Keyes, volviéndose hacia Howard Wycliff—, sufría un ataque terrible cuando murió. Es posible que hablara puramente presa del delirio. Quizá sus palabras no tienen ningún significado.

Howard Wycliff se volvió hacia Pablo Marchelle. La expresión del rostro del joven era de duda. Mostrándose Garret Slader poco dispuesto a iniciar una búsqueda inmediata y habiendo el doctor Barton Keyes puesto en duda la exactitud de las últimas palabras de su padre, el joven esperaba que Pablo Marchelle les apoyase. No obstante, el abogado tomó una actitud diferente.

—Opino que sería conveniente emprender un registro minucioso —declaró—. No se perderá nada con ello. Puede ganarse mucho. Yo lo recomiendo. Naturalmente, debo compartir la opinión del señor Slader...

—No importa —replicó el heredero—. Registraré los muebles primero. Lo cual puede hacerse esta noche.

Tomaba esta determinación, el joven se levantó de su sillón y giró la vista en torno de la habitación. La biblioteca, de grandes dimensiones, estaba amueblada con exceso. No se podía apreciar la cantidad de muebles que allí había hasta que se contaran todos los objetos.

Encogiéndose de hombros, Howard Wycliff fue al primer objeto que parezca más probable que contuviese lo que buscaba: una mesa de escritorio grande y pesada que había en un rincón.

Murmuró:

—No es muy probable que la escritura esté al alcance de la vista. Estos cajones no estaban nunca cerrados con llave. Mi padre era un hombre muy cauto. Ciertamente usaría algún escondrijo difícil de descubrir.

Garret Slader mostró un súbito interés, en el momento que Howard Wycliff comenzó la búsqueda. El anciano abogado se incorporó y se aproximó al joven para ayudarle en los cajones de la mesa de escritorio.

El doctor Keyes, que había mostrado señales de que se disponía a marcharse, también se interesó en la búsqueda. Comenzó a inspeccionar el cuarto, registrando con todo cuidado una serie de muebles de los muchos que invadían la habitación.

Pablo Marchelle fue el único que permaneció sentado. Sus ojos recorrían con curiosidad los rincones de la habitación, como si buscara algún posible escondite. Se disponía a hablar cuando la puerta se abrió y Miles Vorber entró.

El criado penetró en la biblioteca con la mayor naturalidad. Con su mirada habitual, observó cómo trabajaban los hombres. Se aproximó a Howard Wycliff y habló.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó.

—Sí, Vorber —respondió Howard—. Ayúdenos a registrar esta habitación. Buscamos una escritura, la que mi padre mencionó antes de morir.

Vorber participó en la búsqueda. No obstante, su método era diferente del de los otros. No buscaba por su cuenta. Prestaba atención a todo cuanto hacían sus amigos.

Cuando el anciano Garret Slader registró unos papeles en un

cajón de la mesa, Vorber escrutó por encima del hombro del abogado. Cuando el doctor Keyes alzó los extremos de las alfombras, el criado observaba la acción.

Cuando Howard Wycliff se volvía para examinar otro mueble, Miles Vorber también lo hacía rápidamente.

Tan sólo una persona observó la mirada furtiva que aparecía en el rostro del viejo criado. Esta persona era Pablo Marchelle. El joven abogado observó que Vorber daba muestras de aprensión. Evidentemente, el criado deseaba descubrir el documento él mismo, y hallándose todas aquellas personas presentes, le impedían desarrollar sus actividades.

Además, Marchelle observó un hecho singular respecto a la entrada de Vorber en la biblioteca.

El criado llegó en el momento psicológico e inmediatamente sugirió ayudar en la búsqueda; al parecer sabía lo que ocurría. Era evidente, para Marchelle, a lo menos, que Vorber había estado escuchando fuera.

Unos ojos escrutadores estaban en el umbral. Los ojos de La Sombra, invisibles, observaban a los hombres que había en la biblioteca. Vieron las acciones de Vorber. Notaron que Marchelle se había dado cuenta del interés inusitado que el criado mostraba por la búsqueda.

Howard Wycliff, apartándose de una mesa grande, observó que Pablo Marchelle no buscaba. Rió jocosamente mientras llamaba la atención al hecho.

—Creía que estaba entusiasmado —dijo—. ¿Por qué no toma parte en esta diversión?

—Se me ocurre una idea —repuso Marchelle, pensativamente—. Opino que esta búsqueda se efectúa de un modo desordenado. ¿Por qué no se hace de una manera más inteligente?

Garret Slader y el doctor Barton Keyes se volvieron para oír lo que Pablo Marchelle se proponía sugerir. Vorber, que también había cesado en sus actividades, escuchó mientras miraba acá y allá, observando lugares que habían pasado por alto.

—¿Qué idea es ésa, Pablo? —preguntó Garret Slader.

—Una escritura —repuso Marchelle—, es un documento de regular tamaño. Además, la mayoría de las personas —y Cyril Wycliff era semejante persona—, rara vez doblan esa clase de

papeles. Por tanto, obrando sistemáticamente, ¿por qué no han de rechazarse los lugares que parecen improbables?

—¿Se refiere a los muebles? —inquirió Howard Wycliff.

—No —repuso Marchelle—. Yo registraría los muebles primero. Pero, ¿por qué no separar los muebles que evidentemente no pueden contener la escritura?

—¡La idea es excelente! —exclamó Howard.

—Significa más trabajo —observó el doctor Keyes.

—Al principio, sí —declaró Marchelle—. Mas, a la larga, dará mejores resultados. ¿Y si separamos todos los artículos inútiles?

—Perfectamente —asintió Howard Wycliff, en tono decidido.

—Esto terminará la inspección por esta noche —observó el doctor Keyes.

—Ciertamente —dijo Howard—. Podemos separar los muebles y empezar mañana la verdadera búsqueda.

—¿Tiene la llave de esta habitación? —preguntó Marchelle.

—Sí —respondió Howard—. La única que hay. Podemos cerrar después de apartar los muebles. Esos postigos de hierro cerrarán por completo el cuarto.

—Yo he marcharme —declaró el doctor Keyes—. Creo que la búsqueda me resultaría interesante, señores, pero si se trata simplemente de trasladar muebles, mi gordura imposibilita mi ayuda.

—Yo también he de declarar que desisto —corroboró Garret Slader—. Por razones de mi edad. Es tarde. Y creo que también me marchó.

—Si usted se marcha, señor Slader —protestó Pablo Marchelle —, significa que yo también debo marcharme.

—¡De ningún modo! —interrumpió Howard Wycliff—. Puede usted quedarse aquí, Pablo. La casa es grande. ¿Por qué no pasa aquí la noche?

Marchelle se disponía a formular la objeción, cuando de pronto observó el rostro de Miles Vorber. El anciano criado parecía tener interés en que se marchase con los otros. Marchelle fingió no haber observado la mirada de Vorber. Volvióse hacia Garret Slader.

—Creo que acepto la invitación de Howard, señor —declaró—. De este modo la operación se efectuará con mayor rapidez.

—Perfectamente —asintió Slader—. Nos veremos en la oficina

por la mañana.

El doctor Keyes y Garret Slader salieron de la biblioteca. Vorber les siguió para buscar sus sombreros y abrigos. Ninguno de los tres hombres que salieron de la biblioteca, observaron la negrura que se deslizó por el suelo del pasillo, fundiéndose con las cortinas de terciopelo del otro lado.

Cuando Vorber regresó, unos minutos después, Howard Wycliff y Pablo Marchelle trasladaban ya los muebles. Sin pronunciar palabra, el criado se puso a ayudarles. El trabajo progresaba.

Tardaron unos tres cuartos de hora, en la operación del traslado de los muebles. Cuando el trabajo hubo terminado, un lado de la habitación estaba lleno de toda clase de objetos que podrían contener la escritura, que se suponía escondida. La mesa de escritorio, una otomana fueron los objetos separados.

El otro lado del cuarto contenía sillas frágiles; dos mesas ligeras, de patas altas; un pequeño armario para libros; y otros artículos que, naturalmente, fueron desechados.

Howard Wycliff y Pablo Marchelle jadeaban sudorosos, en mangas de camisa. Miles Vorber, con el continente impasible como siempre, estaba cerca de la puerta, observando los rostros de su nuevo amo y del joven abogado Marchelle:

—¿Qué hacemos ahora?

—Cerrar con llave —repuso el abogado—, y dar por terminado el trabajo esta noche.

Miles Vorber se apartó del umbral. Los dos jóvenes salieron. El criado, encorvados los hombros, escudriñó agudamente el cuarto, como si dudase de que el trabajo se había efectuado bien. A una llamada de Howard Wycliff, volvióse con rapidez y salió al vestíbulo.

Howard Wycliff cerró la puerta maciza del gabinete y luego hizo girar la llave, que se guardó en un bolsillo. El y Pablo Marchelle, con las americanas al brazo, subieron la escalera.

Vorber permaneció en el vestíbulo, observando hasta que llegaron a lo alto.

Luego el criado se volvió, mirando ceñudo la puerta de la biblioteca que había quedado cerrada con llave. Una sonrisa apareció en sus labios.

Con paso sigiloso, cruzó el vestíbulo y fue a la puerta de la calle.

La cerró con llave, luego ascendió la escalera por donde los dos jóvenes habían subido. Un interruptor emitió un chasquido en lo alto de la escalera. El vestíbulo inferior quedó sumido en la oscuridad.

Una negrura densa envolvió el lugar cercano a la puerta de la biblioteca. El silencio indicaba que la búsqueda de la escritura escondida sería un trabajo a efectuar el día siguiente.

Sin embargo, hubo una señal infalible de una operación inminente.

¡La Sombra, invisible cual un fantasma de la noche, se hallaba aún en aquel vestíbulo oscurecido!

CAPÍTULO XIII

LA SOMBRA INICIA LA BÚSQUEDA

HABÍAN transcurridos unos minutos largos, desde que Miles Vorber siguió a Howard Wycliff y a Pablo Marchelle escalera arriba.

Reinaba un silencio profundo en la oscuridad de la mansión de los Wycliff.

Una luz brilló, de pronto, en el vestíbulo inferior.

Los rayos de una linterna eléctrica diminuta, se proyectaba sobre la puerta de la biblioteca. Sonó un ruido de fru-fru en la oscuridad, cuando La Sombra se aproximó a la puerta.

El invisible personaje, revelaba su presencia tan sólo por su luz, escuchó atentamente antes de comenzar la operación de abrir la puerta.

La cerradura era formidable. No obstante, La Sombra la atacó con una habilidad igualada, tan sólo por el asombroso silencio con que trabajaba.

Mientras una mano invisible sostenía la diminuta lámpara eléctrica, unos dedos enguantados surgieron a la vista. Tenían un instrumento metálico negro.

Con este instrumento, La Sombra sondeó la cerradura. Su mano sensitiva parecía tocar el escondido cierre. Sonó un leve chasquido, ahogado. Luego, otro.

La Sombra introdujo la ganzúa en distinta posición. La luz se proyectó hacia abajo. La mano invisible se puso sobre el pomo. La puerta de la biblioteca se abrió.

La Sombra hizo una pausa antes de entrar. Su linterna eléctrica estaba apagada. Sus oídos finísimos escuchaban. Cualquier ruido que se hubiese producido dentro de la casa, habría llegado a los oídos de La Sombra.

Satisfecho de que no había nadie rondando por allí, el fantasma vestido de negro entró. La ganzúa salió de la cerradura. La puerta se cerró.

La Sombra se encontró en la oscuridad de la biblioteca. Sin embargo, no encendió la luz eléctrica. Prefería la que le suministraba su linterna de bolsillo. Esta búsqueda había de hacerse lo más metódicamente posible.

El rayo de luz se alargó. La Sombra se aproximó a una pesada mesa.

Los cajones de este mueble habían sido registrados. Sin embargo, a La Sombra no le satisfacía. Silenciosamente abrió todos los cajones, uno por uno. La luz mostraba su contenido. La mano de La Sombra no se detuvo un momento, hurgando en el interior de cada uno de ellos.

Este no era el método de registro que habían efectuado Howard Wycliff y sus compañeros. La Sombra, conociendo las infinitas clases de resortes, que pueden emplearse para ocultar toda clase de objetos en un mueble, buscaba dobles fondos y falsos huecos posteriores de cajones.

A pesar de la meticulosidad con que lo efectuara, el trabajo de La Sombra se hacía con una rapidez inverosímil. La Sombra poseía la inimitable facultad de desechar intuitivamente los puntos inútiles. Tocaba únicamente aquellos que podían tener alguna importancia para él.

Quince minutos después de iniciar la búsqueda había acabado ya con los objetos del mobiliario escogido. La luz de su linterna describió un amplio arco alrededor de la habitación, hacia los estantes en que se alineaban los volúmenes. Estos eran objetos probables; debían de seguir a los muebles cuando Howard Wycliff y sus compañeros empezaran su búsqueda al día siguiente.

La Sombra, sin embargo, dejó los estantes de libros por el momento. La luz de la linterna se detuvo al final de la estancia, donde se hallaban los muebles descartados. Entre aquellos había una ventana cerrada. La Sombra se dirigió hacia ella.

Los postigos de hierro eran formidables. Cerrados, conservaban esta posición por una barra que, sujeta por fuertes anillas de uno de los postigos, se apoyaba en una abrazadera de hierro también fija en el otro. Los postigos estaban superpuestos. Era necesario una

habilidad notabilísima para abrirlos desde el exterior.

La Sombra volvióse hacia la habitación.

Dejó caer los rayos de su lámpara, sobre la confusa colección de artículos descartados, que habían sido situados junto a la ventana. La linterna iluminaba sillas, estantes de libros y mesas. Luego descendió y sus rayos pasaron directamente entre las patas de las dos mesas ligeras.

Dando un paso hacia delante, La Sombra separó cuidadosamente las mesas, empujando a cada una de ellas con una mano. La luz de la lámpara pareció disminuir cuando iluminaba el suelo. Se extinguió por completo. Una risa suave como un susurro se extendió por toda la habitación.

La Sombra estaba investigando en la oscuridad. Sus movimientos eran invisibles; sin embargo, debía haber hallado algo importante, porque la risa susurrada se repitió. Aquí, en este rincón del cuarto en penumbra, había realizado un descubrimiento. Sonaron golpecitos suaves sobre el suelo, semejantes a los que suelen oírse en una sesión espiritista.

Cesaron los golpes. La risa susurrada volvió a sonar muy débilmente en la oscuridad. Brilló de nuevo la luz, los rayos dirigidos hacia arriba. De pronto se extinguió otra vez. La capa crujió. La Sombra había percibido algo extraño.

Volvióse a oír, más claramente que cuando lo oyó La Sombra, un ruido levísimo al otro lado de la puerta de la habitación. Giró el picaporte de la puerta; rechinaron débilmente los goznes... Sonidos que La Sombra había evitado cuando entró, pero que no pudo eliminar el recién llegado.

Abrióse la puerta. Una ligera brisa refrescó la habitación. Luego, se oyó el sonido amortiguado de la puerta al cerrarse. Dos seres vivientes se encontraban dentro de la biblioteca. Uno era La Sombra; el otro, un visitante desconocido.

Durante un largo minuto, el recién llegado esperó con sus sentidos en tensión en medio de la oscuridad. La Sombra no había dejado el menor signo de su presencia; sin embargo, la atmósfera siniestra de aquel gran aposento ejercía su efecto evidentemente sobre el individuo que acababa de trasponer su umbral. Percibíase la respiración entrecortada del visitante; no había, sin embargo, sonido alguno que descubriese la presencia de La Sombra.

Un hombre cruzó la habitación. Tropezó contra el escritorio y se detuvo.

Sus pasos indicaban que regresaba a la pared donde se hallaba la puerta.

Esperó allí, conteniendo el aliento, evidentemente con la intención de averiguar si el ruido, pudo haberse oído desde fuera de la biblioteca.

La llave de la luz emitió un chasquido. Las lámparas del techo iluminaron la figura de un hombre, vuelto de espaldas, vestido con una bata, escuchando aún en la puerta. Según todas las apariencias, era el único ocupante de la habitación.

La Sombra había desaparecido por completo.

Sin embargo, no había borrado del todo las huellas de su paradero. A la luz, aparecía una señal que indicaba la presencia del fantasma de la noche: una larga línea de negrura que cruzaba el suelo.

Aunque aquella línea negra aparecía inmóvil, era posible localizar su origen.

Entre el extremo de un armario para libros y la pared del extremo de un armario para libros y la pared del extremo donde estaban las ventanas, una figura espectral se hallaba de pie en lugar bien elegido para pasar inadvertido.

La Sombra, cuya figura no era más que la negrura sólida que podía haber sido producida por el extremo del armario para libros, vigilaba al hombre que estaba junto a la puerta. Unos ojos fulgurantes observaban al nuevo intruso.

Solo aquellos ojos señalaban la figura de La Sombra.

Sin embargo, aquellos ojos estaban prestos a sepultarse en la oscuridad, arrojada por la ancha ala del sombrero que se proyectaba encima de ellos.

La Sombra vigilaba. Observó que el hombre de la puerta daba un paso atrás y luego se volvía. Aquella acción fue la revelación final de la identidad, que La Sombra ya había adivinado.

¡El secreto visitante, llevando una reluciente llave duplicada en su mano sarmentosa, no era otro que Miles Vorber, el anciano criado!

CAPÍTULO XIV

EN LA MANSIÓN

UNA expresión de astucias y satisfacción se reflejaba en el rostro de Miles Vorber. El criado estaba seguro de no ser descubierto. Como La Sombra presumiera, Vorber estaba allí para registrar nuevamente los muebles.

No obstante, distinto de La Sombra, el anciano criado daba algunas cosas por descontadas. Las observaciones de los otros hombres que buscaban, le convencieron de que era innecesario buscar en ciertos lugares.

Pasó la mayor parte del tiempo dando unos golpecitos en los costados de la mesa de escritorio, de la mesa pesada y otros muebles voluminosos.

De vez en cuando, interrumpía su trabajo y escuchaba a la puerta.

Reanudaba siempre la busca donde la había dejado. Finalmente, pareció abatido. Permaneció en el centro de la habitación, girando la vista en torno suyo. Tenía el rostro avinagrado y en su actitud se notaba que se iba poniendo nervioso.

Cada vez que volvía la mirada hacia el lugar donde La Sombra se hallaba, los ojos vigilantes del silencioso personaje desaparecían de la vista. Ni una sola vez percibió Vorber, un simple destello de la figura siniestra que se encontraba en la biblioteca.

Agachándose, se dirigió con paso felino hacia el extremo de la habitación donde La Sombra se encontraba. Cruzó la larga línea de negrura que se extendía por el suelo. No la vio los ojos del criado, estaban clavados sobre los muebles apartados.

El sirviente llegó al lugar donde La Sombra había dado sus misteriosos golpecitos en la oscuridad. Miró las mesas, las sillas y el

estante para libros.

Meneó la cabeza en señal negativa.

Luego, como si de pronto le asaltara una idea, extendió ambas manos, una hacia cada mesa. Con sus delgados nudillos tamborileó en las tapas de las mesas. Devolvieron unos ecos sordos. Vorber se alejó.

La prueba había sido definitiva. Vorber había oído lo que Pablo Marchelle dijo respecto del tamaño de una escritura. Aunque el documento hubiese sido doblado, no podía haber sido colocado entre las partes de una tapa doble de mesa, sin que ésta no diese alguna señal cuando Vorber tamborileó.

El criado miraba los armarios para libros. Al parecer pensaba en los riesgos que implicaría el traslado de largas filas de volúmenes. Volvió a sacudir la cabeza negativamente y miró al otro lado del extremo del armario para libros.

Frunció el ceño.

Hasta ahora había estado demasiado absorto en la búsqueda, para preocuparse de otros asuntos que no guardaban relación con la biblioteca.

Permaneciendo inmóvil, evidentemente empezó a pensar en tales cosas. La Sombra sabía que Vorber tenía motivos para sentir aprensión.

Entrando en la biblioteca con una llave duplicada, Vorber se había arriesgado para buscar la escritura desaparecida. Con paso rápido fue a la puerta. La luz se extinguió cuando la mano de Vorber oprimió la llave de la luz. Una ráfaga de aire indicó que la puerta estaba abierta. Vorber esperó en la entrada de la habitación.

Era evidente que el criado tenía el propósito de volver, si no oía ningún ruido procedente del piso de arriba. No obstante, La Sombra no tenía ningún motivo para permanecer allí. Su alta figura emergió de su escondite. En la oscuridad, era invisible.

Sus pisadas también fueron silenciosas.

Una mano invisible alzó el barrote que sujetaba los postigos. Unos dedos enguantados de negro los abrieron. Una ráfaga penetró en el cuarto cuando el bastidor se alzó. Un instante después, Vorber cerró la puerta.

La Sombra había pasado medio cuerpo por la ventana. Cuando Vorber posó su mano sobre la llave de la luz, La Sombra ya estaba

fuera; los postigos se cerraban.

Vorber encendió la luz. Se adentró en el cuarto. Los postigos se cerraron en silencio.

Al cerrar los postigos, La Sombra desplegó su acción definitiva. La barra de hierro, respondiendo a una sacudida levísima se deslizó hacia debajo de su posición de equilibrio. Como accionada por una mano espectral, movióse hacia su sitio y quedó allí sin hacer un solo ruido.

Vorber miró casualmente hacia la ventana. No había oído nada. Sólo la cautela le había hecho girar la vista hacia aquel lugar.

Los ojos del criado no observaron el imperceptible movimiento de los postigos al cerrarse; ni sus oídos oyeron el descenso de la barra al otro lado de la ventana.

El regreso de Vorber obedeció a un solo propósito. Quería examinar los armarios en que se almacenaban los libros. Lo hizo rápidamente y con exactitud, sacando montones de libros que luego volvía a colocar en la misma posición que antes tenían.

Confianza en que ni Howard Wycliff ni Pablo Marchelle, se preocuparían por estar habitación cerrada, el criado continuó su investigación inútilmente.

Fuera de la casa, La Sombra marchaba en la oscuridad. Por segunda vez en esa noche se aproximó a la pared y empezó a trepar sigilosamente. Entró en la habitación próxima.

Dos puertas cerradas indicaban las habitaciones que ocupaban Howard y Pablo Marchelle. La Sombra vio una escalera tenebrosa que conducía al tercer piso. Ascendió por ella; llegó a una puerta cerrada, y al no tener la llave echada, entró. Brilló la luz de su lámpara de bolsillo. La Sombra se hallaba en el dormitorio de Miles Vorber.

El aposento era espacioso, pero pobremente amueblado. Consistía en dos alcobas, terminadas en dos ventanas sobre el techo inclinado. Venían a ser como pasajes. Un lecho, dos sillas una mesa escritorio y un pupitre viejo, eran los principales muebles de que constaba la habitación de Vorber.

La Sombra se dirigió al pupitre, hallándolo cerrado. Sin embargo, lo abrió en pocos segundos. Estudió la colocación de los casilleros, aplicando la luz de la linterna; luego sacó un cajón largo y plano que llevaba una cerradura.

Lo abrió valiéndose de un ganchito negro que sacó del bolsillo.

Había papeles dentro; notas de importancia trivial. Debajo de ellos, sin embargo, descubrió una pila de talonarios, libretas de la Caja de Ahorros y libros de contabilidad, todo ello oculto bajo una hoja de papel de estraza que cubría el fondo del cajón. Todos aquellos libros y documentos llevaban el nombre de Miles Vorber. La Sombra los examinó detenidamente.

Demostraban que el criado había hecho depósito a su favor por valor de veinte mil dólares. Con la excepción de pequeñas sumas ingresadas en un período de años, había una imposición de diez mil dólares efectuada pocos meses antes.

La Sombra reía suavemente cuando ponía los libros en su sitio. Su júbilo indicaba que en su suposición había algo más que mera conjetura.

Comprendía la fuente de la riqueza repentinamente acumulada por Vorber.

La luz de La Sombra se apagó. Su figura espectral se deslizó sin un ruido; saliendo de la habitación, dirigióse luego a través del corredor hacia la escalera y finalmente descendió al segundo piso.

A no haber sido por el sutilísimo oído de La Sombra, dos figuras que se aproximaban se habrían encontrado en la oscuridad del pasillo del segundo piso.

Miles Vorber subía cautelosamente la escalera, con el sigilo suficiente para no llamar la atención de los durmientes, pero no para escapar al finísimo sentido de percepción de La Sombra.

Durante dos segundos, la figura de La Sombra quedó revelada contra la blanca pared. Se veía su forma confusa y negra, tocada por una capa y un sombrero de fieltro de anchas alas.

Crujió la capa; brilló con pálidos reflejos su forro de terciopelo escarlata.

Sin embargo, antes de que llegara Miles Vorber, La Sombra se zambulló en la oscuridad de la habitación de Cyril Wycliff.

Miles Vorber atravesó el vestíbulo y ascendió por la escalera hasta el tercer piso. No sospechó la presencia de un ser viviente, que vigiló su marcha desde la puerta de la habitación en que había muerto su antiguo señor.

Cuando los pasos del criado se apagaron, La Sombra se volvió y se dirigió a la ventana. Partió silenciosamente, cerrándola de nuevo

por medio de un delgado instrumento que introdujo entre las rendijas del bastidor.

Después que su figura hubo descendido por la pared, nadie habría podido hallar las huellas del paso del rey de la oscuridad. La próxima manifestación de su siniestra presencia, se hizo en la casa silenciosa que se hallaba enfrente de la vetusta mansión de los Wycliff.

Burbank, con la espalda vuelta hacia la puerta de una habitación escasamente alumbrada, estaba sentado frente a una mesa de reducidas dimensiones, con un par de auriculares unidos por un casco sobre la cabeza.

De todos los agentes de La Sombra, Burbank era el más perseverante en el cumplimiento de su deber. Sus obligaciones eran generalmente pasivas, pero no tenía fijado límite alguno el tiempo en que había de permanecer despierto y dispuesto a obrar.

Esta noche no habría ya más informes de los agentes de La Sombra. Clyde Burke había llamado por última vez desde la Jefatura. Ninguno de los otros ayudantes estaba de servicio en estos momentos. Burke esperaba únicamente las instrucciones finales de su jefe.

La puerta de la habitación abrióse suavemente.

En esta habitación situada en una casa, al parecer desierta, penetró La Sombra. Su elevada figura permaneció en el umbral mismo. Habló en un cuchicheo bajo:

—Ha terminado la guardia —fue su lacónica orden.

Burbank no se volvió. Simplemente se quitó los auriculares de la cabeza.

Había recibido otras visitas así de su jefe. Las aceptaba como acontecimientos normales. El agente de enlace dio la vuelta al interruptor de la lámpara que tenía al lado. La luz se apagó. El agente de enlace se levantó de su asiento. Un camastro crujió cuando el agente de La Sombra se sentó sobre el jergón.

No se oyó ningún ruido de la puerta que se cerraba, ni tampoco de alguna persona que se hubiese movido en aquella dirección. Sin embargo, Burbank conocía por experiencia que su jefe se había marchado, después de indicarle que su vigilancia había terminado.

Dicho aviso solía venir del santuario de La Sombra. Esta noche, encontrándose en las cercanías del lugar donde estaba Burbank, La

Sombra había preferido dar a su fiel agente unos quince minutos más de descanso, visitándole personalmente.

Así procedía La Sombra. Aunque ninguno de sus fieles agentes jamás había visto su rostro sin su peculiar disfraz, y aunque sus movimientos constituían un misterio y un secreto para ellos, recibían constantes muestras del aprecio con que se correspondía a su valiosa cooperación.

La mansión de los Wycliff estaba envuelta en un silencio profundo.

También lo estaba la casa de enfrente. Nadie de la vecindad oyó la partida de un *coupé*, que arrancó suavemente de su lugar de estacionamiento en una calle cercana.

No existía ninguna prueba en la casa de Howard Wycliff que indicase la visita de La Sombra. Los movimientos del fantasma de la noche habían sido oscuros y desconcertantes. Sin embargo, La Sombra había conseguido mucho. Una risa sibilante en un *coupé* que se dirigía hacia el Sur indicaba ese hecho.

Esta noche, La Sombra había descubierto ciertos hechos que le eran necesarios. Había presenciado la búsqueda de la escritura escondida. Había sido testigo de los movimientos de Miles Vorber. El rey de la oscuridad, cuando partió ya había conseguido resultados satisfactorios.

¡Salió de la residencia de Howard Wycliff, sabiendo de seguro que la escritura estaba bien escondida en un lugar seguro, que hasta que él, La Sombra lo quisiera, el lugar del escondrijo pasaría inadvertido!

El modo con que el difunto Cyril Wycliff guardara su más importante documento, había sido descubierto por el sutil cerebro de La Sombra.

¡Si el fantasma de la noche quisiera, la búsqueda de la escritura escondida terminaría inmediatamente! En cualquier momento, Howard Wycliff recibiría el valioso documento que su padre quiso darle. No obstante, por el momento, aún no había llegado la hora.

La Sombra sabía que la escritura escondida era el cebo causante del crimen.

Mientras lo criminales acechaban, la hora de la retribución podía esperar todo el tiempo que fuera preciso.

¡Esto fue lo que La Sombra decidió!

CAPÍTULO XV

EL TRIÁNGULO

LA Sombra estaba en una habitación de losas negras. Diferente a su santuario, que estaba dotado de paredes con cortinas que absorbían la luz, esta pieza reducida brillaba por los rayos que alumbraban desde arriba. La Sombra se encontraba en su laboratorio.

Vestido aún con su capa y sombrero negros, las prendas que siempre llevaba excepto cuando adoptaba un disfraz espectral, examinaba el contenido del frasco, que había traído del armario-botiquín de la habitación de Cyril Wycliff.

El examen demostraba un hecho que La Sombra había sospechado al instante al observar los frascos que había en el armario —botiquín. La solución contenía una cantidad excesiva de nitroglicerina.

La sustancia explosiva, usada en pequeñas cantidades para estimular el funcionamiento del corazón, fue la causa directa de la muerte de Cyril Wycliff.

El doctor Barton Keyes, evidentemente, no se había percatado de este hecho. La falta de discernimiento del médico de cabecera tenía una excusa.

Los síntomas de la muerte de Cyril Wycliff y los efectos fulminantes de la nitroglicerina fueron contrarrestados por la fe que el doctor tenía en Arberg y también por haber esperado que se produjese una muerte natural, presente en todos los casos de trombosis.

Para La Sombra, que conocía la verdad, era evidente que el impostor que se hizo pasar por el doctor Arberg, no sólo era una persona hábil en el arte de la caracterización, sino que también era un hombre que poseía algunos conocimientos de Medicina. Estas

constituían pistas que más adelante resultarían de vital importancia.

La Sombra salió de su laboratorio. Reapareció poco después en su santuario.

Junto a la pared, su alta figura se inclinó ante una hilera de libros. Eran macizos estos volúmenes: los archivos secretos de La Sombra. En ellos podían encontrarse datos relativos a muchos personajes del hampa.

Con frecuencia, La Sombra había acorralado a muchos rufianes peligrosos, revisando los registros que sólo el fantasma de la noche poseía. Mas en esta ocasión tropezó con una dificultad.

Había allí descripciones de bandidos que se hicieron pasar por médicos, pero todos los que sobresalieron como asesinos fueron castigados por La Sombra. El misterioso personaje fue a la mesa del rincón.

La luz brilló y el girasol, refulgiendo desde el dedo de La Sombra, despidió fantásticos destellos. La mano de La Sombra exhibió una botella y una larga pluma. Sumergió la pluma en el líquido y escribió en un papel en blanco, un triángulo, la mano de La Sombra marcó un punto grande carmesí.

El símbolo representaba un ser humano: un hombre a quien La Sombra se proponía descubrir.

En la cabeza del triángulo: el dirigente. El inductor, el hombre que se escondía detrás de la trama. Por encima del ápice, como si clasificase el punto carmesí, La Sombra escribió estas palabras:

“Propietario de escritura anterior”

Para el cerebro lógico y deductivo de La Sombra, este detalle era una suposición natural. Una escritura de propiedad, sin registrar, no tendría ningún valor. En consecuencia, el documento desaparecido, escondiendo la biblioteca de la mansión de los Wycliff, era valorado por el oculto conspirador solamente como un objeto que debía destruirse.

La Sombra lanzó una carcajada. Sería fácil averiguar la identidad del inductor de los dos asesinatos. El primer paso debía ser descubrir la escritura desaparecida y de este modo localizar la propiedad a que se refería. Por medio del documento mismo, podía poner el dedo sobre el inductor de los crímenes.

La Sombra trazó una línea a través del punto carmesí. La acción indicaba que el hombre oculto podía ser localizado en cualquier

momento que La Sombra quisiera. Esto en cuanto al inductor...

La mano de La Sombra descendió por el lado izquierdo del triángulo y marcó un nuevo punto en el lado inferior. Allí escribió estas palabras:

“El asesino”

De este modo indicó dos factores ocultos del caso. Aunque no había escrito ningún nombre, había señalado las personalidades de Ward Fetzler, gran propietario, y Martín Hamprell, asesino.

La Sombra dibujó una flecha sobre el lado del triángulo, que iba de la cúspide al punto de la izquierda. Esto indicaba la instigación de Fetzler.

Mostraba que el instigador controlaba a algún otro secuaz invisible. La Sombra marcó un punto en el ángulo de la derecha. Al lado escribió:

“El informante”.

Aquí estaba la indicación del confidente, del hombre que desde el interior de la casa informaba a su maquiavélico jefe. El rufián inductor tenía un agente que le daba a conocer todo lo que ocurría en la casa de los Wycliff.

Cuidadosamente, La Sombra trazó una línea delgada que representaba al individuo en cuestión.

El gesto fue evidente. Actuando con rapidez y vigilando, podía eliminar al espía y obtener de este modo la escritura escondida.

La mano de La Sombra se movió hacia arriba. Quedó suspendida encima del punto de la cúspide. Allí había otra persona a quien podía alcanzar una vez descubierta la escritura. Pero cuando la mano del rey de la noche descendió hacia el punto marcado “asesino”, hizo una pausa y quedó estacionado.

La Sombra había llegado a un callejón sin salida. Vio una dificultad que contrarrestaba sus planes inmediatos para una acción completa y decisiva.

Mediante la eliminación del confidente podría obtener la escritura y la revelación de la identidad del autor del complot. Entonces le sería factible conducir a su ruina al maquiavélico instigador de estos crímenes.

Pero entretanto, mientras el autor del complot hacía todo lo posible por escapar a la justicia inexorable de la Sombra, el asesino

desconocido tendría tiempo más que suficiente para ponerse fuera del alcance del rey de la noche.

De los tres hombres complicados, el que más interesaba a La Sombra aprehender era el asesino. El hombre que había personificado al doctor Arberg, era indiscutiblemente el más peligroso de todos.

Una vez que se hubiese dado cuenta de que La Sombra le seguía el rastro, huiría a un lugar en que se considerase seguro.

El triángulo era bien simple; sin embargo, presentaba sus complejidades. La Sombra estudió el gráfico que tenía ante sí. Su inteligente cerebro recopilaba los acontecimientos pasados.

Dos asesinatos; ambos cometidos en el momento necesario. El doctor Johan Arberg fue sacrificado, para poder asesinar a Cyril Wycliff.

¿Cómo se introdujo el asesino en el Hotel Imperator y luego se dirigió desde allí a la casa de Cyril Wycliff? La cuestión se respondía por sí sola. El instigador de aquellos hechos había ordenado al asesino aquella doble comisión en su propio beneficio.

El dedo de La Sombra, al detenerse en el puntito de la cúspide del triángulo, indicó que su dueño comprendía el simple proceso, que había empujado a Martín Hamprell a ejecutar dos asesinatos. Otra cuestión era el resultado lógico.

¿Por qué ordenó el autor del complot al asesino que actuara con toda urgencia? ¿De dónde sacó la información concerniente a la proyectada visita del doctor Johan Arberg a la mansión de los Wycliff?

Otra vez, respondieron a estas preguntas los movimientos del dedo de La Sombra hacia el vértice derecho inferior. El confidente del interior de la casa, había dado a conocer esta visita al forjador del siniestro plan.

La Sombra se propuso entonces el desarrollo de una acción sutilísima.

Al producir una nueva circunstancia, obligando al confidente del interior de la casa a llamar al autor del complot para la ejecución de un nuevo asesinato, La Sombra prepararía el terreno para el drama final.

Reuniría entonces a dos de los personajes que le interesaban: al asesino y al confidente. Cuando ellos intentasen sacrificar a sus

intereses una nueva víctima, habría llegado el momento de intervenir el rey de la noche.

El campo de acción estaba situado en la mansión de Howard Wycliff. Con Burbank a la escucha; con La Sombra siempre dispuesto a visitar la casa, se simplificaba la trampa en la que habían de caer los enemigos. El lazo, sin embargo, requería una preparación sutil.

La mano de La Sombra se detuvo sobre el triángulo. Su cerebro extraordinario urdía los primeros detalles de su plan. Había de hacer actuar a alguien, que indujese al asesino a visitar la misma casa en que ya había cometido un crimen.

La mano de La Sombra escribió. Esta vez trazó el nombre de una persona.

En letras rojas y brillantes podía leerse:

“Miles Vorber”

La Sombra había encontrado la clave de la situación: el astuto sirviente que escuchaba detrás de las puertas, que llevaba a cabo secretamente sus indignaciones en busca de la escritura, que poseía dinero que debió ganar por procedimientos muy distintos a los del mero ahorro. En él concentraba ahora toda la atención de La Sombra.

Por mediación de Miles Vorber, obtendría la circunstancia que daría por resultado la solución del triángulo que tenía ante sí. El crimen trilateral llegaría a su culminación, cuando Vorber experimentara la sensación de la presencia de La Sombra.

Otro crimen se hacía necesario para la puesta en práctica del esquema de los asesinos, una vez que La Sombra hubiera preparado la escena para el cuadro final, el esperado desenlace.

CAPÍTULO XVI

LA CONFERENCIA

—BURBANK al habla.

—Informe.

—Marchelle está aún en casa de Howard Wycliff. Slader acaba de llegar.

—Informe recibido.

Esta fue la conversación telefónica celebrada entre La Sombra y su agente de enlace. La Sombra se encontraba en su santuario. Burbank informaba desde la casa de enfrente de la mansión de los Wycliff.

Veinticuatro horas había transcurrido desde la primera visita de La Sombra, al lugar en que el audaz asesino llevó a cabo su segundo crimen.

En las sombras de aquella noche, el rey de la oscuridad iba a efectuar los primeros pasos de su estratagema en la misma plaza.

Burbank, vigilando desde la casa de enfrente, vio detenerse un *coupé* junto a la puerta principal de la casa de Wycliff. El doctor Barton Keyes descendió del coche. Burbank se acercó a un cuadro con varios numeritos que había colgado en la pared y marcó uno de ellos. No hubo respuesta alguna. La Sombra había abandonado su santuario.

Burbank anotó la hora exacta de la llegada del doctor. Ante él, el agente de enlace tenía una lista completa de todos los visitantes asiduos de la casa de Howard Wycliff. Esta información la había recibido de La Sombra.

El agente de La Sombra, vigilaba atentamente desde la oscuridad de la habitación en que se encontraba. Dotado de una vista sutilísima y de gran paciencia, Burbank espiaba todo cuanto ocurría

en la casa de enfrente.

Sin embargo, Burbank, el hombre vigilante, de espaldas constantemente a la débil luz de su puesto de observación, no percibió el movimiento de algo indefinible sobre la pared frontal de la casa objeto de su vigilancia. El perspicaz Burbank notó la llegada de La Sombra, su misterioso jefe.

La escena en el interior del hogar de Howard Wycliff, tenía una extraordinaria similitud con la desarrollada en la noche precedente. Cuatro hombres se hallaban reunidos en la vetusta biblioteca. Los compañeros del joven Wycliff eran, como entonces, el doctor Keyes, Garret Slader y Pablo Marchelle.

En la parte exterior de la puerta se encontraba Miles Vorber, espionando como antes. Por la escalera se deslizó una figura que descendía con fantástico silencio. Un ser de gran estatura vestido de negro. La Sombra había llegado a tiempo para sorprender a Miles Vorber en su espionaje.

La figura fantasmal de La Sombra buscó la protección de las cortinas de terciopelo. Vorber no notó la aproximación del espectro misterioso. Oíanse murmullos de palabras pronunciadas en la biblioteca. La Sombra, lo mismo que el vigilante criado, oía todo cuanto se hablaba.

Ambos observadores veían un trozo de la biblioteca. El interior de aquella habitación presentaba un aspecto diferente al de la noche anterior. Los muebles se amontonaban a ambos lados.

Los libros habían sido sacados de sus armarios y apilados en el suelo. Entre este caos hallábase Howard Wycliff, en mangas de camisa. En la cara del joven reflejaba el malhumor.

—Bien —declaró—. Ya hemos registrado de cabo a rabo. No hemos encontrado nada. He de confesar que estoy completamente decepcionado.

El anciano Garret Slader miró los muebles y encogió los hombros. El viejo abogado parecía considerar la búsqueda como una cosa útil.

—Pablo y yo la iniciamos esta mañana —dijo Howard—. Lo dejé trabajando cuando me marché a la misa de funeral. Ha hecho una inspección concienzuda.

—Con la ayuda de Vorber —añadió Marchelle—. Él venía de vez en cuando para ayudarme.

—Mientras yo estuve fuera —habló Howard—, y cuando regresó. Estaba con nosotros cuando empezamos y revolverlo todo.

—Howard —declaró Garret Slader—, creo que mi teoría es exacta. Su padre deliraba indudablemente cuando habló de la escritura oculta. Por lo tanto...

—¿Cree usted que debemos renunciar al hallazgo del documento? —interrumpió el joven—. Nada de eso, señor Slader. Tengo el propósito de no dejar nada sin registrar hasta que lo encuentre.

—Ya lo ha inspeccionado usted todo.

—Solamente los muebles. Aun no hemos comprobado si hay algún escondrijo en las paredes de la habitación.

—¿Pretende entonces dismantelar todo el cuarto?

—Si es necesario, sí.

—Tendrá que sacar de aquí todos los muebles.

—Los almacenaré en cualquier sitio. De todas formas tengo el propósito de cerrar la casa dentro de unos días. Los muebles de esta habitación irán los primeros al guardamuebles.

Garret sonrió.

—Admiro su presencia de animo —dijo—. Sin embargo, permítame que le dé un consejo desinteresado. Termine esta investigación lo más pronto posible. Dé este asunto por cancelado. No vuelva a pensar en nada de esto.

—Aceptado —dijo Howard—. ¿No tiene nadie ninguna otra sugestión que hacerme?

No le respondieron. Howard Wycliff se volvió a Pablo Marchelle.

—Usted me dijo que permanecería aquí —dijo—. Si eso no le disgusta al señor Slader, contaré con su ayuda. Cerraremos la habitación hasta pasado mañana. Entonces sacaremos todos los muebles; al día siguiente dismantelaremos toda la habitación. ¿Puedo contar con usted?

—Pregúntelo al señor Slader —respondió Marchelle.

—Procuraré substituirle en la oficina —decidió el anciano abogado—. Esto es un asunto que concierne a un cliente. Sin embargo, creo aún que Howard busca un documento hipotético. Le aconsejo un trabajo expeditivo.

—Emplearemos un gran número de hombres —dijo Marchelle—. Trabajadores experimentados podrán llevar a cabo rápidamente

todo cuanto deseamos. Me doy cuenta, señor Slader por qué aconseja usted que desistamos. Son necesarios muchos gastos y molestias. No obstante. Howard no quedará satisfecho hasta que no quede nada por registrar.

—Llamemos a Vorber —dijo Howard Wycliff—. Vamos a trazar nuestros planes para sacar los muebles enseguida.

Garret Slader se volvió hacia la puerta. Le siguió el doctor Keyes. Ambos habían llegado a la misma decisión; puesto que no iba a continuar el registro, no era necesaria su presencia en aquel lugar.

Antes de que los dos hombres llegaran a la puerta, Vorber entró.

Había algo en las maneras del criado que recordó sus acciones de la noche anterior. Al parecer, el sirviente sabía lo que ocurría; llegó en el momento mismo en que Howard se proponía llamarle. No obstante, Pablo Marchelle no dijo nada. Vigiló a Vorber cuidadosamente después de la partida de Keyes y Slader.

Howard Wycliff manifestó:

—Trasladamos los muebles, Vorber. La camioneta vendrá mañana. Puede usted ayudar a su traslado.

—Muy bien, señor —respondió el anciano criado.

—Después —continuó el joven—, levantaremos el suelo y echaremos abajo las paredes. Creo que no hay más remedio —terminó, mirando tristemente en torno—, a menos que...

—¿A menos qué...? —inquirió Pablo Marchelle, cuando Howard hizo una pausa.

—A menos que la escritura aparezca en uno de estos muebles —concluyó Howard, moviendo la cabeza—. Reconozco que es muy importante, pues hemos efectuado un registro minucioso. No obstante...

—Los muebles quedarán depositados en el almacén —intercaló Marchelle—. Estarán a nuestra disposición cuando lo estimemos conveniente.

—Es cierto —asintió Howard—. ¿Y si tomamos nota de todos los objetos que han de trasladarse?

—Es una buena idea —elogió Pablo Marchelle.

El joven había tomado un trozo de papel y un lápiz rojo.

Sentóse a la mesa y anotó los nombres de los diversos enseres conforme Howard Wycliff los nombraba.

Miles Vorber, de pie como un centinela solitario en el umbral, observaba a su amo y a Marchelle con ojos recelosos.

El joven heredero terminó de enunciar los diversos muebles que iban a ser trasladados. Fue al otro extremo de la biblioteca y contempló los objetos desechados.

—¿Qué hacemos con éstos? —inquirió. Pablo Marchelle volvió la cabeza.

Lanzó una mirada a las sillas y mesitas; luego volvió a su lista.

—Mándelos al guardamuebles también —sugirió—. No harán más que estorbar cuando empiecen a derrumbar el cuarto. De este modo estará más despejado.

—Bien —asintió Howard.

Cuando Marchelle hubo completado la lista, Vorber formuló una pregunta.

Quería saber el destino de los libros. Howard Wycliff decidió que podían ser trasladados al piso superior y ordenó:

—Trasládelos durante la mañana, Vorber. Sáquelos antes de que vengan los hombres de la mudanza. Estos libros son demasiado valiosos para mandarlos a un guardamuebles vulgar.

Pablo Marchelle comprobaba su lista. Verificó todos los artículos.

Finalmente se guardó el papel en un bolsillo. Observó que la lista tendría mucha importancia más adelante.

Mientras Howard Wycliff se dirigía a la puerta, una línea de negrura desapareció por la puerta entornada. Pablo Marchelle le siguió. Vorber echó a andar estólidamente entre los dos jóvenes. Howard Wycliff cerró la puerta con llave.

Observó:

—Es temprano todavía. ¿Qué le parece si vamos a ver alguna película?

—Perfectamente —asintió Marchelle—. Sin embargo, será difícil encontrar un lugar de estacionamiento para el coche.

—Hay un lugar a dos manzanas del cine —indicó Howard—. Le dejaré en la puerta y puede sacar las entradas mientras yo estaciono el coche.

Los dos jóvenes salieron.

Miles Vorber subió al piso superior. Reinaba un silencio profundo en la lúgubre mansión. Transcurrieron varios minutos.

Una risa susurrada sonó en el vestíbulo inferior. La Sombra había esperado el regreso de Miles Vorber.

El criado no había vuelto. Evidentemente esperaba que transcurriese algún tiempo, para asegurarse de que Pablo Marchelle y Howard Wycliff realmente iban al cine. Existía la posibilidad de que volviesen inesperadamente.

La Sombra se deslizó escaleras arriba. Se detuvo al oír que una puerta se cerraba. Vorber salía de una de las habitaciones del segundo piso. El criado cruzó el vestíbulo y entró en otro cuarto. La Sombra se deslizó en la pieza de donde Vorber acababa de salir. Proyectó su diminuta luz en torno suyo.

Los rayos revelaron una cama grande, una mesa con un teléfono y varios otros muebles. La luz de La Sombra se apagó. Volviendo al vestíbulo, el rey de la noche acercóse de nuevo a la escalera y observó cómo Vorber salía de la segunda habitación donde poco antes entrara.

Era evidente que el sirviente estaba nervioso. La Sombra conocía el motivo.

Vorber, a pesar de su registro minucioso de la noche anterior, estaba impaciente por hacer otra visita a la biblioteca, que estaba cerrada con llave.

Vorber fue a la escalera y se dirigió al tercer piso. Sus pisadas sonaban amortiguadamente. La Sombra esperó; luego, lanzando una risa susurrada, descendió a la planta baja. Había adivinado que Vorber no resistiría a la tentación de volver a la biblioteca.

La ganzúa de La Sombra emitió un leve chasquido en la cerradura de la puerta de la biblioteca. Corrióse la falleba silenciosamente. La Sombra entró en la estancia. Los rayos de la lámpara eléctrica se enfocaron hacia el extremo de la habitación. La puerta cerróse suavemente.

En el silencio del cuarto sumido en las tinieblas, el rey de la noche esperó la llegada de Miles Vorber. Antes de terminar la noche, la primera etapa del plan de La Sombra se habría terminado.

La celada estaba tendida. Si tenía éxito, no podía tener más que un resultado.

¡Antes de que la escritura llegase finalmente a las manos de Howard Wycliff, el asesino de Johan Arberg y Cyril Wycliff visitaría de nuevo esta casa donde habría cometido un crimen!

CAPÍTULO XVII

LOS AUTORES DEL COMLOT DECIDEN

LA Sombra tenía razón al suponer que lo que ocurriese en la casa de Howard Wycliff, influiría grandemente en el asesino desconocido.

Mientras el fantasma de la noche estaba en el umbral de la biblioteca, donde la escritura de Cyril Wycliff estaba escondida, dos hombres, en otro lugar, discutían la situación existente en aquella misma habitación.

Ward Fetzler y Martín Hamprell conferenciaban. El hombre que ordenó el crimen hablaba con el asesino. Aunque había transcurrido menos de una hora desde que Howard Wycliff, decidió trasladar todos los muebles de la biblioteca, este hecho era conocido ya para este par de criminales.

—¿Qué opinas del traslado de los muebles?

La pregunta fue formulada por Ward Fetzler. En el rostro del propietario se reflejaba una expresión de duda. Martín Hamprell sonreía al dar su respuesta.

Dijo:

—Una idea excelente. Eso nos allanará el camino.

—Pero supongamos que la escritura está en un cajón cualquiera de las mesas...

—No hay muchas probabilidades de que así ocurra —aseveró Hamprell—, a juzgar por la llamada telefónica que has tenido hace unos momentos.

Este detalle explicaba por qué sabían estos hombres, todo cuanto ocurría en la morada de los Wycliff.

Ward Fetzler había recibido una comunicación de su confidente.

—Cyril Wycliff —explicó Fetzler—, era un hombre astuto. Habrá

escondido ese documento en el sitio en que menos podría ocurrírseles buscar. Aunque se hayan examinado los muebles con toda la minuciosidad posible, yo no estoy todavía convencido de que no esté allí lo que buscamos.

—¿Por qué preocuparte? —inquirió Hamprell—. Aun en el caso de que se lo lleven todo a un guardamuebles, ¿qué?

—¿Qué...?

—Naturalmente. Podremos sacarlos en el momento en que queramos. Nos dirán el almacén en que han de guardarlos. Entonces yo pagaré a unos cuantos *gangsters* que harán cuanto les pidamos.

—Y sobre la búsqueda en la biblioteca, ¿qué...?

—Eso ya es diferente; pero también será fácil. Podemos introducir un par de obreros especializados en telefonía con los hombres que han de ejecutarla. Tu confidente puede hacerse cargo de eso. Yo, por mi parte, me encargaré de los pistoleros.

—Eso puede significar una lucha —dijo Fetzler dudando.

—Bueno. ¿Y qué más da?

—Creo que lo mejor sería que te encargaras tú solo de todo. Esto podría arreglarse haciendo salir a Howard Wycliff, de su casa antes de que se encuentre la escritura.

—Tienes razón —asintió Hamprell—. Por esto precisamente es por lo que necesitamos que trabajen todos esos hombres. Si conseguimos sacar a Howard Wycliff y llevarlo a cualquier sitio, de forma que se encargue Marchelle del registro, el asunto irá como sobre ruedas, con tal de que no tarden mucho tiempo en destrozarse el gabinete. Ten en cuenta esto, Fetzler. Supón que Marchelle descubre la escritura. ¿Qué es lo más natural que haga? Dársela a Howard Wycliff. ¿Verdad? Lo mismo ocurriría si el agraciado fuese Miles Vorber.

“Ahora bien. Si no encuentran a Wycliff, uno u otro conservarán el documento. Entonces me tocará a mí actuar. Entraré en la casa y lo recobraré. Con amenazas, a tiros, como sea. No me importa cometer otro asesinato. Pero si Howard Wycliff está allí, implicaría otra lucha más. Y no quiero cargar con más asesinatos sobre mi conciencia que los necesarios.

—Mataremos una docena si hace falta —gruñó Fetzler colérico—. Antes de que lo olvides, llama a ese jefe de banda que conoces y dile que se acerque por allí con sus muchachos.

—¿Ham Cruther? —preguntó Hamprell—. Ya lo tengo metido en el ajo. Cuando los obreros empiecen a buscar en la habitación, Ham y sus hombres estarán cerquita. Deja eso de mi cuenta.

—Podemos necesitarlos en cualquier momento —observó Fetzler—. Si entras tú sólo, Hamprell, te convendría tenerlos a mano. Entonces no tendrías que preocuparte, si hubiese necesidad de liquidar a algunos más de los que contamos.

—No te preocupes —declaró Hamprell—. ¿Qué vamos a hacer para sacar a Howard Wycliff de su casa? Será mejor, si surge algún contratiempo, tenerlo fuera de la ciudad. Si él no ve ese documento, no tendremos necesidad de suprimirlo.

Ward Fetzler se levantó y empezó a pasear pensativo por el suntuoso aposento. En su cara gordinflona se dibujó una expresión maliciosa, que mostraba toda la perversidad que ocultaba. Volviéndose hacia Hamprell le dio a conocer su decisión.

—Esta es la situación —dijo—. Mañana saldrán los muebles. Al día siguiente empezarán los trabajos. Siuviésemos la menor sospecha del sitio en que se oculta la escritura, mi hombre tendría grandes probabilidades de hallarla en ese tiempo y nos evitaría un sinnúmero de molestias.

“Si algún otro la atrapa, lo sabremos inmediatamente. Eso significaría que tendrás tú que actuar con toda celeridad. Será un accidente desagradable y no sabrás qué es lo que habrás de hacer, hasta que estés dentro de la casa Wycliff. Por esto creo que lo mejor es que lleves la banda siguiéndote los pasos.

“De todas formas, el documento aparecerá pasado mañana, cuando destrocen toda la habitación. Con Ham Cruther y su gente nos apoderaremos de él, aunque haya necesidad de jaleo. Facilitaría mucho las cosas la ausencia de Howard Wycliff, durante todo ese tiempo.

—¿Crees que saldrá? Ten en cuenta que le domina la ansiedad por encontrar la escritura.

—No sospecha nada —aseguró Fetzler—. Por lo tanto, tengo la seguridad de que saldrá de la ciudad. Conozco un medio.

—¿Cuál es? —preguntó Hamprell rápidamente.

—Hay un hombre en Chicago, llamado Buchinson, con quien el viejo Cyril Wycliff ha tenido relaciones comerciales. Buchinson está ahora en California, según me he informado. Supongamos que

Howard Wycliff recibe un telegrama firmado por este Buchinson en el cual, ignorando el fallecimiento de Wycliff, cita a su padre para una entrevista personal en la que tratarán de la venta de ciertas propiedades valiosas. ¿Qué haría Howard Wycliff?

—Saldría inmediatamente para Chicago —respondió Hamprell sin vacilar.

—Exacto —dijo Fetzler—. Pues bien, el telegrama llegará mañana por la tarde. Howard saldrá pasado mañana por la mañana por la mañana. En ese tiempo ya se habrán preparado los obreros para desmenuzar la habitación.

—Lo que significa que Howard Wycliff, dejará encargado a Marchelle de la dirección de las operaciones con Vorber vigilando lo que suceda —repuso el asesino sonriendo.

—Sí —dijo Fetzler—. Y entonces no habrá necesidad de que los *gansters* tengan que asaltar la casa. Ham Cruther y sus muchachos nos serán útiles, pero tú podrás entrar solo y atrapar el documento. Cuando menos ruido hagamos, mejor. En resumen, podrás cometer un asesinato lo más silenciosamente posible.

—Así es como a mí me gusta —sonrió Hamprell—. Debo confesar que me puse bastante nervioso cuando liquidé al viejo doctor Arberg. La forma en que suprimí a Wycliff fue mucho más atrayente. Gusta aquella casa por una cosa. Hay en ella rincones en que muy poco se puede oír. Sería mala suerte que no pudiéramos liquidar a unos cuantos antes de encontrar la escritura.

—Demasiado arriesgado —repuso Fetzler—. Además podría ser innecesario. Por esto haré salir a Howard Wycliff. Hay una razón por la cual me conviene que viva; por el contrario, no hay ninguna que me induzca a hacer que lo maten.

—Demuestras poseer un juicio excelente —dijo Hamprell con una mueca—. Como planeador de crímenes, Fetzler, eres de lo más competente que se conoce. Vigilas las preparaciones con la misma meticulosidad conque yo las ejecuto.

—No me inmiscuyo en la ejecución de los asesinatos —protestó Fetzler—. Por lo menos, cuando no son necesarios. Ya comprenderás que no iba a dejar que Wycliff se me llevara una porrada de millones, por haber cometido yo la idiotez de venderle aquellas propiedades de Utah. Él sabía demasiado. Tenía que morir. Howard Wycliff lo ignora todo prácticamente. Por esa razón, puede

vivir.

—Eso es buena lógica —cumplimentó Hamprell—. El crimen, cuando es necesario. Entonces es mucho más agradable. ¡Mi querido doctor Arberg —el tono del asesino se tornó sarcástico—, cómo traté de salvarte la vida! Yo hablé de ética. No me comprendió. Se obstinó en dispararme dos tiros, en lugar de morir tranquilamente.

—Tuviste suerte de que no se oyeran las detonaciones.

—Ciertamente. Tenía el propósito de estrangularle. Tuve que echar mano a la pistola, en el apuro. Mas ahora —la mirada de Hamprell se tornó fría y en su rostro se dibujó una sonrisa burlona—, he cambiado de norma. Si me llaman a casa de Howard Wycliff, no vacilaré un instante. Quienquiera que sea que me vea obligado a matar, morirá en el sitio donde lo encuentre. No me precipitaré, Fetzler; pero obraré con decisión. ¡Puedes estar seguro de ello!

—Lo sé —aseguro Fetzler. El maquiavélico inductor de los crímenes había adoptado la filosofía del asesino—. Es probable, Hamprell, que yo esté presente para contemplar tu trabajo, si la muerte resulta necesaria.

Con esta observación, el asesino se levantó y fue al teléfono. Ward Fetzler sabía lo que Hamprell iba a hacer. El asesino iba a llamar a su compinche, Ham Cruther, un conocido *gangster*.

No quería dejar nada al azar desde este momento. Ward Fetzler esbozó una sonrisa de satisfacción.

Los dos compinches que tramaban el complot habían decidido la ruta que habían de seguir. Se tramaba un crimen. Tan sólo el robo de la escritura oculta y su restitución a Howard Wycliff podía frustrar sus planes. Los criminales habían descuidado este punto.

Se habrían asombrado de haber sabido que en este momento la escritura oculta, estaba al alcance de un poderoso enemigo de las hordas del hampa: la Sombra, que en este momento se hallaba en la biblioteca de Howard Wycliff, había considerado esa posibilidad.

Sin embargo, el fantasma de la noche no había actuado. Aunque no había sido testigo de esta conferencia celebrada en el piso de Ward Fetzler, su agudo cerebro adivinó el plan que los bandidos trazarían. Cometerían un asesinato, pensarían ellos, cuando hallasen la escritura.

¡Un crimen!

Martín Hamprell, al teléfono, lo discutía con Ham Cruther,

cuando le daba órdenes de que estuviese preparado.

Ward Fetzler, junto a la ventana, consideraba un asesinato, también, como único medio de conservar una riqueza mal adquirida.

Hamprell y Fetzler estaban convencidos de que mediante un asesinato lograrían su objetivo final. Su júbilo por el éxito de sus dos crímenes anteriores, no era nada comparado con la confianza que sentían respecto de los asesinatos futuros.

Martín Hamprell sonreía ya sarcásticamente mientras telefoneaba.

En el rostro de Ward Fetzler se dibujó una sonrisa infernal. Para ambos criminales, el asesinato significaba el éxito. Por eso no contaban con La Sombra.

¡Los planes criminales, que de ordinario proporcionaban un éxito a sus ejecutores, solían fracasar trágicamente cuando la mano invisible de La Sombra intervenía!

CAPÍTULO XVIII

VORBER VE A LA SOMBRA

LA Sombra tenía razón. Miles Vorber abrigaba el propósito de volver a la biblioteca. No obstante, transcurrió más de media hora antes de que introdujese la llave en la cerradura.

Una vez que hubo entrado, dejó la puerta entornada con el objeto de poder oír, los primeros ruidos que anunciaran el regreso de Howard Wycliff.

La primera acción de Vorber consistió en realizar un registro final de los muebles. El criado se mostraba reacio en descartar los objetos voluminosos que habían sido examinados de modo tan minucioso. No obstante, convencido de que una ulterior búsqueda sería infructuosa, comenzó a examinar las paredes y el suelo.

Colgaban varios cuadros de las paredes. Miró detrás de ellos. Iban a ser trasladados con los libros. Fue a un cuadro y lo alzó cuidadosamente.

Observó la parte posterior y acto seguido la pared donde había estado colgado. Volvió a colocarlo en su sitio.

Repitió la operación con el cuadro siguiente. Lenta y metódicamente, continuó haciendo lo mismo con otros, hasta llegar a una fotografía cerca de un extremo de la habitación. Era un retrato de Cyril Wycliff.

Los labios de Vorber se movieron. Sus dientes chirriaron. Su respiración salió sibilante. La contemplación de las facciones de su antiguo amo, habían llevado al sirviente a un estado de furia reprimida.

Con todo cuidado volvió a colgar el cuadro en la pared. Lo miró mientras retrocedía hacia el centro de la habitación. Luego, con redoblado ardor, comenzó una búsqueda más rápida. Su deseo de

encontrar la escritura había llegado a un estado febril.

La Sombra, apostado en un hueco del otro lado de los armarios para libros, presencié todo esto. Toda la gama de emociones que se pintara en el rostro de Vorber, había sido visto por La Sombra.

Vorber estaba ahora dando golpecitos en las paredes, sondeando aquí y allá.

Luego de rodillas, empezó a sondear el suelo haciendo un esfuerzo para descubrir algunos lugares huecos debajo del entarimado.

Al parecer perdió la noción del tiempo mientras exploraba nuevos lugares.

Llegó al extremo del cuarto y se aproximó al lugar donde La Sombra estaba estacionado. Fue entonces cuando el fantasma de la noche deslizóse cual un espectro por el suelo. Invisible para Vorber, el vigilante espectral llegó a la puerta que daba al vestíbulo.

Como en la noche anterior, el movimiento de La Sombra pareció producir un efecto psíquico sobre Miles Vorber. El criado volvióse bruscamente hacia la puerta, adoptando la pose de una persona que escucha. Por cuestión de unos segundos no presencié la partida de La Sombra.

No obstante, Vorber no estaba satisfecho. Fue a la puerta de la biblioteca, salió al vestíbulo y escuchó. Transcurrieron dos minutos. Vorber no vio ni oyó nada. No observó la extraordinaria negrura que envolvía a las cortinas que pendían en la entrada del pasillo.

Cuando Vorber volvió finalmente a la biblioteca, La Sombra salió de su escondite. Se deslizó suavemente ascendiendo la escalera, alcanzó el teléfono de la habitación de Howard Wycliff y quedamente marcó un número.

Burbank respondió. La Sombra inició una conversación con su agente en tono de susurro.

Cuando regresó al piso inferior, La Sombra, espiando desde la puerta, vio a Vorber sondeando el antepecho de la ventana. El criado había pasado ya el escondite escogido por La Sombra. Deslizándose a lo largo de la pared, La Sombra alcanzó el nicho del armario-biblioteca y se zambulló en la oscuridad.

Vorber continuó buscando en todos los sitios posibles. Parecía trémulo de ira cuando lanzó una mirada alrededor de toda la habitación. Se daba cuenta de que tendría que esperar hasta que

hubieran desaparecido todos los muebles, aunque hubiese preferido anticiparse a los otros que estaban también ansiosos por descubrir el documento desaparecido.

El colérico sirviente no tenía más que dos caminos que seguir: abandonar su investigación o volver a empezar. Se decidió por lo último. Miró fijamente al retrato de Cliff Wycliff; luego volvió a iniciar el sondeo de la pared.

Se iba haciendo tarde. Empezó a pensar que Howard Wycliff y Pablo Marchelle podían regresar de un momento a otro. Sin embargo estaba completamente decidido a continuar sus investigaciones hasta el fin.

Sus actos parecían espasmódicos: primero daba unos golpecitos en la pared; luego escuchaba durante un momento.

Durante uno de estos intervalos de silencio, empezó a sonar el teléfono en el vestíbulo inferior. Con la celeridad de un felino, Vorber llegó de un salto a la puerta de la habitación. Apagó la luz. Respondió al teléfono. Su tembloroso “¡Dígame!” se repitió. No tuvo respuesta alguna.

En el interior de la oscura habitación, La Sombra no paraba un momento.

Sabía de dónde procedía ya aquella llamada. Burbank había llamado a este número para anunciar que el coche de Howard había regresado. El garaje se encontraba en la misma calle, cuatro o cinco casas más arriba.

Transcurrirían algunos minutos antes de que entrase el dueño de la casa.

Aquellos minutos eran precisamente el tiempo que La Sombra necesitaba.

La negra capa crujió. Cayó el sombrero blando de la cabeza de La Sombra.

Desapareció bajo la capa. Las manos se descalzaron los guantes. La Sombra se agachó tras las dos mesitas que había entre los muebles desechados.

Algo brilló entre las manos de La Sombra. Era un tubo de vidrio del que se había quitado el tapón de goma que lo cerraba. Las manos acariciaron el tubo.

La Sombra lo alzó hasta la altura de sus ojos.

Desde el pasillo llegó un chasquido al poner Miles Vorber, el

receptor del teléfono sobre el gancho del aparato.

El criado había regresado a la puerta de la biblioteca. Estaba a punto de cerrarla, extrañado por la llamada telefónica, y dándose cuenta de que Howard Wycliff no tardaría ya en hacer su aparición. Entonces actuó La Sombra. Su mano derecha, brillando en la oscuridad, asió con fuerza la mesita que más próxima tenía y la volcó ruidosamente.

Miles Vorber saltó dentro de la habitación. Había oído la mesa caer. Con la mano sobre el interruptor de la luz, el criado estuvo a punto de desmayarse de terror cuando fijó sus ojos en la oscuridad del cuarto.

No dio la vuelta al conmutador. La Sombra se había levantado a medias y miraba con fijeza a Miles Vorber.

Las manos y el rostro de La Sombra eran luminosos. Relucían en las tinieblas con un brillo fosforescente. Su aspecto era fantasmagórico. A Miles Vorber le produjo una impresión indescriptible.

Allí, en la oscuridad, el anciano sirviente veía los rasgos luminosos de Cyril Wycliff. La Sombra, que había visto el retrato del antiguo dueño de la casa en su anterior visita a aquella estancia, había adoptado un continente que semejaba extrañamente su rostro al del caballero asesinado.

Los ojos de La Sombra ardían como carbones encendidos en su rostro.

Aquellas pupilas brillantes atraían la mirada de Vorber. El sirviente no se atrevía a encender la luz. Las manos de La Sombra se alzaron y el espacio que había entre ellas se llenó con la fantasmagórica luminiscencia. La Sombra levantaba la mesa que había dejado caer. Golpes tenebrosos, amortiguados, sonaron en las tinieblas. Vorber los oyó. Eran los mismos que La Sombra había producido la noche anterior. Esta vez fueron percibidos también por los ojos de Vorber.

La mesa quedó firme sobre sus patas. Luego pareció alzarse un momento, para volver al reposo cuando las manos espectrales la soltaron. Después las manos desaparecieron —ocultas debajo de la capa— y sólo permaneció visible el rostro; aquel rostro que imitaba los rasgos de un hombre muerto.

El rostro fantasmal desapareció repentinamente, tragado por las

tinieblas.

El sombrero de fieltro de La Sombra, que, invisible en la oscuridad, había vuelto a caer sobre su cara, era el causante de aquella desaparición. Vorber no lo oyó. Cuando la luz se encendió, el criado se encontró mirando el rincón de la habitación donde no se veían más que los muebles.

Respirando entrecortadamente, Vorber se lanzó hacia delante. Tenía las manos agarrotadas como garras. Los ojos se le salían de las órbitas. Le horripilaba el rostro fantasmal que había visto; lo temía, creyéndolo el de un visitante del otro mundo.

Vorber observó sobre el suelo un rayo de negrura que procedía del nicho al otro lado del armario-biblioteca. Antes de dar un paso más, se detuvo y dio un salto violento hacia atrás.

Había oído a alguien que cerraba la puerta de enfrente. Adivinó que Howard Wycliff y Pablo Marchelle habían regresado. Con celeridad frenética apagó la luz y cerró la biblioteca.

Se dirigió al vestíbulo en el precioso momento en que entraba Howard Wycliff. El joven sorprendió a Vorber con la mano en el picaporte de la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó Howard secamente—. ¿Qué está usted haciendo aquí, Vorber?

Pablo Marchelle observaba mirando por encima del hombro de Howard Wycliff.

Vorber retrocedió un paso; luego señaló a la puerta de la biblioteca. Ofreció una explicación rápida.

—Le oí venir, señor —declaró—. Cuando alcanzaba el final de la escalera, oí un ruido en la biblioteca... Como algo que se hubiese caído.

—¿Iba usted a entrar ahí?

—Llegué hasta la puerta. No me acordé de que estaba cerrada con llave.

—Yo tengo la llave ¿Está usted seguro de que oyó ese ruido dentro de la biblioteca?

—Creo que sí, señor.

Howard Wycliff sacó rápidamente la llave de su bolsillo. Abrió la puerta.

Entró y le dio vuelta al interruptor eléctrico. Pablo Marchelle se acercó presurosamente. Vorber les siguió. La mirada del criado se

posó directamente sobre el rincón del armario-biblioteca. Luego descendió al suelo. La mancha de negrura había desaparecido.

En su precipitación por escrutar el sitio en que había visto la aparición, perdió tiempo para poder observar un movimiento extraño en la ventana de férreos postigos. Estos se cerraban en la misma forma misteriosa con que lo hicieron la noche precedente. La barra cayó luego en su sitio. Ninguno lo observó, ni oyó el menor ruido.

—No hay nadie aquí —declaró Howard Wycliff—. Vamos a dar una ojeada a todo los rincones de la habitación.

Vorber examinó el nicho que había al otro lado del armario-biblioteca. No encontró a nadie. El sirviente movió la cabeza pensativamente.

—¿Cómo era el ruido que oyó usted? —inquirió Howard.

—Pues... era... —Vorber exclamó de pronto:— No puedo explicar cómo era, señor. Pero tengo la seguridad de que procedía de este rincón de la habitación —añadió dando la vuelta y señalando el sitio que acababa de examinar.

El criado quedó mirando con fijeza el retrato de Cyril Wycliff, mientras hablaba. La vista de la imagen del muerto le hizo detenerse. Pablo Marchelle notó esta acción y le preguntó:

—¿Qué le pasa, Vorber? ¿Ha visto usted un fantasma?

—Sí... —movió la cabeza para modificar esta afirmación inconsciente—. No, señor. Estaba pensando en mi pobre amo, a quien he servido durante tantos años.

Marchelle quedó mirando a Vorber reflexivamente. El sirviente se volvió y se dirigió al otro lado de la habitación. Marchelle le siguió y examinaron los cerrados postigos. Fue entonces cuando Vorber miró hacia la mesa, que La Sombra había vuelto a colocar en su sitio.

Los ojos de Vorber brillaron. Empezó a mirar a todos los lados de la habitación. Viendo que Marchelle regresaba de su inspección a la ventana, Vorber tuvo el buen cuidado de no volver a mirar hacia la mesa.

En su cara, sin embargo, se advertía que había descubierto algo.

—Vorber debe haberse equivocado —declaró Howard Wycliff, dirigiéndose hacia la puerta—. Aquí no puede haber entrado na...

Se interrumpió al oír un chasquido extraño que procedía de la

ventana.

Pablo Marchelle, que estaba ya junto a la puerta, retrocedió para localizar el ruido. Ambos hombres miraron a Vorber.

—¿Fue ese el ruido que oyó usted? —preguntó Howard.

—No, señor —respondió Vorber.

Pablo Marchelle estaba pensativo. Se volvió a Howard Wycliff.

Declaró:

—Si me autoriza, voy a dormir hoy en esta habitación. Si hay algún fantasma en estos alrededores, lo encontraré... si se atreve a volver.

Marchelle miraba fijamente a Vorber, mientras pronunciaba estas palabras.

El anciano criado le devolvió la mirada, pero sin decir nada. Observaba a Howard Wycliff.

—No sería mala idea —repuso Howard—. En el diván se encontrará bien para dormir. Deje la puerta abierta y si ocurriese algo, avísame.

—¿Tiene usted armas?

—Dos revólveres. Le daré uno; yo me quedaré con el otro. Venga arriba y los cargaremos. Vorber, hágale la cama aquí al señor Marchelle.

Marchelle vigiló a Vorber hasta que el criado subió la escalera para traer la ropa de la cama. Luego siguió a Howard Wycliff.

Sacaron los revólveres y los cargaron cuidadosamente. Los dos hombres oyeron a Vorber descender la escalera. Cuando llegaron a la biblioteca, lo encontraron haciendo la cama.

Desde entonces el abogado no abandonó la biblioteca. Marchelle tenía grave expresión. Cuando Howard Wycliff y Vorber se marcharon, dio una vuelta alrededor de su improvisado dormitorio, mirando aquí y allá. Finalmente apagó la luz y se acostó.

Un profundo silencio se extendió por la mansión. No se oía ni un ruido en la planta baja, donde Pablo Marchelle montaba la guardia en la biblioteca.

Tampoco en el segundo piso, donde dormía Howard Wycliff.

Pero en el tercer piso, un hombre estaba completamente despierto aún, mucho después de haberse acostado los demás.

Miles Vorber estaba sentado a un lado de la cama. Un revólver, el suyo estaba al alcance de su mano. El rostro del criado era duro y

en él se retrataba una firme determinación. Vorber pensaba una firme determinación. Vorber pensaba en lo que habían ocurrido en la biblioteca.

Espectral o humano, el ser a quien había visto le parecía ahora una visión de pesadilla. Reflexionando, llegó a la conclusión de que había sido víctima de una alucinación. El anciano criado salió una vez de la habitación revólver en mano, escuchando desde la puerta superior de la escalera.

Parecía tener el propósito de volver de nuevo a visitar la biblioteca. El pensamiento de que estaba allí Pablo Marchelle vigilando, le detuvo.

Unos ojos escrutadores vigilaban desde una espaciosa alcoba, cuando Miles Vorber regresó a su habitación. El anciano criado apagó la luz y se acostó.

No oyó los leves sonidos procedentes de la ventana, que produjo una forma viviente, pero invisible, que abandonaba el lugar en que hasta ahora había oculta.

La Sombra había vuelto a entrar en la vetusta mansión. Había hecho una investigación final de la situación. Sabía que su plan había tenido éxito.

Representando el papel de un visitante espectral, había dado a Miles Vorber una pista del paradero de la escritura oculta. Calculando el tiempo de su acción con el regreso de Howard Wycliff y Pablo Marchelle, impidió que Vorber hiciera uso del descubrimiento.

Mañana, Vorber se vería obligado a obrar. Sería su única probabilidad de éxito. Poniendo a Vorber en un aprieto, haciendo ruido al cerrar los postigos, La Sombra había conseguido que Pablo Marchelle estuviese alerta y siguiera desconfiando de Vorber.

Marchelle vigilaría todos los movimientos de Vorber. Este, a su vez, no perdería de vista a Marchelle. El terreno estaba preparado para la culminación que La Sombra deseaba. El hallazgo de la escritura oculta daría lugar a algún incidente. El resultado sería el momento crítico que atraería al asesino para prestar su ayuda.

La crisis no surgiría hasta después del traslado de los muebles. Entonces, dependiendo por completo de la vigilancia provocada de Marchelle, habría un choque final. En lo concerniente a Miles Vorber, la escritura oculta estaría en su poder, si tuviera la ocasión

de apoderarse de ella.

Pero el criado necesitaría una ayuda exterior antes de entregar la escritura a otras manos. La Sombra sabía esto.

¡Miles Vorber volvería a ver a La Sombra, antes de que tuviese ocasión de desprenderse del valioso trofeo que ahora estaba dispuesto a conquistar!

CAPÍTULO XIX

LA NUEVA VIGILANCIA

ERAN las nueve de la mañana cuando Howard Wycliff bajó la escalera.

Encontró a Pablo Marchelle fumando en la biblioteca.

El joven abogado hallábase sentado en un cómodo sillón, junto a la otomana donde había dormido.

Howard saludó:

—Hola, Pablo. ¿Ha habido algunos fantasmas más?

—No —respondió Marchelle—. De haberlos habido, los habría visto. Suelo dormir con un ojo abierto.

La biblioteca estaba en penumbra. Las ventanas no habían sido abiertas. La atmósfera bochornosa y la única luz provenían de dos lámparas y un destello de sol que penetraba por una ventana del vestíbulo.

Sugirió Howard:

—Entremos a desayunar. Probablemente Vorber lo está preparando, pues ha oído que me he levantado. No obstante, antes de salir, no sería mala idea abrir esas ventanas.

Pablo Marchelle asió el brazo de Howard Wycliff, al tiempo que movía la cabeza en señal de negación. En el vestíbulo, cuchicheó:

—¿Tienes la llave?

Howard Wycliff movió la cabeza en señal afirmativa.

—Perfectamente —dijo Marchelle—. Vamos a desayunar.

Tras estas palabras, Marchelle cerró deliberadamente la puerta de la biblioteca. La cerradura chirrió. Los dos jóvenes pasaron por delante de las cortinas y llegaron al comedor.

Miles Vorber estaba de pie en la entrada.

Howard Wycliff, incitado por las maneras de Pablo Marchelle,

miró inmediatamente a Vorber. Sospechó al instante que el criado había estado escuchando y que Marchelle se había dado cuenta de ello.

Terminado el desayuno, el joven heredero sugirió que volviesen a la biblioteca. Vorber, que levantaba la mesa, se detuvo para recordar a su joven dueño que había que hacer algunos trabajos, antes de que llegasen los hombres de la camioneta para el traslado de los muebles.

Observó el sirviente:

—Los libros, señor. Me encargó usted que los trasladase al piso superior.

—Así es —recordó Howard—. Puede usted hacerlo esta mañana, Vorber. Le llamaremos cuando hayamos terminado. La biblioteca necesita ventilarse un poco.

—Puedo abrir los postigos, señor...

—Yo me cuidaré de eso, Vorber.

Con Marchelle, Howard fue a la biblioteca, abrió con llave la puerta y entró.

Tan pronto como Marchelle penetró en la lúgubre habitación, Howard cerró la puerta. Señalando hacia las ventanas, preguntó:

—¿Cree usted que debemos tenerlas cerradas, Pablo? Opino que sería mejor abrirlas: esto está muy mal ventilado.

—Será mejor, mientras nosotros estemos aquí —contestó en tono significativo.

Howard Wycliff asintió, al mismo tiempo que quitaba la barra y abría una ventana. Marchelle hizo lo mismo con el otro par de postigos. Reuniéndose en el centro de la habitación, ambos hombres se sentaron. Howard Wycliff miró a Pablo Marchelle.

Declaró:

—Comprendo lo que quería decir al insistir en que cerrásemos bien la puerta. No caí al principio, pero cuando vi a Vorber en el comedor, empecé a darme cuenta. ¿Ocurrió algo aquí anoche?

—Después de llegar nosotros, no.

Howard Wycliff hizo un movimiento de cabeza, asintiendo, al mismo tiempo que consideraba la respuesta de Marchelle. Le acudió un pensamiento que ya había tenido antes Marchelle; esto es, que la pretensión de Miles Vorber, de que había visto a alguien en la biblioteca no era más que una invención.

—¡Tal vez Vorber estuvo aquí dentro! —dijo Howard con grave expresión—. Pudo haber venido para buscar el documento perdido.

—Pero la llave la tiene usted.

—Es posible que él tenga otra. La que yo poseo es la que permanecía a mi padre. Yo, naturalmente, presumía que era la única. Hasta que mi padre murió, no le concedimos importancia especial a esta habitación. Si Vorber tiene otra llave...

—Podría evitar que usted hallase el documento —completó Marchelle.

—¿Con qué propósito? —preguntó Howard—. No podría ser de ninguna utilidad para él.

Pablo Marchelle movió la cabeza. Dirigióse a la ventana y se detuvo allí expuesto a la luz del sol. En su rostro se leía el asombro. Howard Wycliff se aproximó y expresó una nueva idea, siempre en voz muy baja, a pesar de que la puerta estaba cerrada.

—¿No podría ser una venganza? —dijo—. Mi padre trataba a Vorber con bastante dureza... Además, no ha recibido legado ninguno que le compense de sus largos años de servicios. Vorber sabía que mi padre no le dejaría un céntimo en su testamento.

—Sí —respondió Marchelle pensativamente—. Ese podría ser el motivo. Si Vorber encontrase la escritura, podría destruirla y privarle a usted de un legado que puede ser valioso...

—O bien podría retenerlo —interrumpió Howard—, y exigir una fuerte suma por su entrega. Siento tener que sospechar de que Vorber sea un canalla; Sin embargo, sus acciones sospechosas me han impresionado desfavorablemente, ahora que pienso en ellas.

—He estado vigilando a Vorber —reconoció Marchelle—. No se lo dije a usted antes porque sabía que apreciaba al viejo criado. Vorber es un tipo de naturaleza suspicaz. Pasé por alto su conducta y no quise perjudicarle.

—Está bien —comentó Howard—. Mas ahora es preciso vigilar.

—De acuerdo —asintió Marchelle.

—¿Cree usted —preguntó Howard—, que Vorber ha encontrado ya la escritura?

—No —respondió Marchelle—. Evidentemente le sorprendimos aquí en la biblioteca. Si hubiese encontrado ese documento, no habría estado en esta habitación. Quizá lo ha localizado, pero no puede haberlo guardado. Era imposible que tuviese el documento

en su poder cuando entramos anoche.

—Tendremos que vigilarle —declaró Howard.

—Exacto —asintió Marchelle—. No podemos confiar en que la puerta esté cerrada. A mi juicio —sugirió—, sería conveniente que nos turnásemos para estar presentes en la biblioteca, o mejor aún, que ocupásemos la habitación hasta que lleguen los hombres que han de trasladar los muebles.

—Vorber tiene que trasladar esos libros.

—Podemos ayudarle. Cuando saquen los muebles, comprobaré la lista, artículo por artículo.

Howard Wycliff asintió en silencio mientras miraba por la ventana abierta.

No había necesidad de discutir más el asunto. Miles Vorber no podía estar escuchando esta conversación; mas era posible que se preguntase por qué razón habían celebrado una conferencia los dos jóvenes tras una puerta artículo.

Al volverse para salir de la biblioteca, Howard Wycliff observó:

—Si Vorber tiene algún plan...

—No pensemos mal del viejo criado —interpuso Marchelle—, hasta que sepamos cierto que oculta algo... Trátele usted con toda naturalidad. Traslade los libros y los muebles. Las prueba vendrá mañana, cuando se desmantele la habitación. Podemos vigilar la operación y mandar a Vorber a alguna otra parte. Esperamos que después de todo sea un sujeto honrado. Recuerde que sirvió a su padre durante muchos años. Su actitud puede obedecer simplemente a una falsa noción de responsabilidad.

—Es posible —asintió Howard Wycliff—. No obstante, debemos estar ojo avizor.

El joven abrió la puerta mientras hablaba. Se detuvo al encontrarse de sopetón con Miles Vorber.

El criado retrocedió y se inclinó.

—¿Qué hago con los libros, señor? —preguntó.

—Puede trasladarlos ahora —ordenó Howard, escrutando el rostro del criado, mientras hablaba—. El señor Marchelle y yo le ayudaremos.

El joven heredero se imaginó haber observado una expresión de decepción en la cara de Miles Vorber. La expresión cambió. Estólidamente, el criado entró en la biblioteca y cogió un montón

de libros. Howard Wycliff dirigió una mirada significativa a Pablo Marchelle.

La nueva vigilancia entraba en operación. Desde ahora el cuarto estaría desprovisto de libros y de muebles. Miles Vorber sería sometido a una doble vigilancia por Wycliff y Marchelle.

CAPÍTULO XX

MARCHELLE COMPRUEBA

ERA cerca de mediodía cuando terminaron de trasladarse todos los libros de la biblioteca.

Howard Wycliff y Pablo Marchelle se turnaban llevando pilas de volúmenes arriba. No obstante, siempre quedaba uno de los dos en la biblioteca, mientras Miles Vorber estaba allí.

Cuando anunciaron el almuerzo, Howard cerró calmamente las ventanas y con llave la puerta de la biblioteca. El y Pablo Marchelle, durante el almuerzo, podían vigilar a Vorber. El viejo sirviente, andando de un lado a otro furtivamente, como de costumbre, no dio ninguna señal de que sospechara que unos ojos vigilantes no le perdían de vista.

Terminado el almuerzo, los dos jóvenes volvieron a la biblioteca. Se sentaron a fumar, con las ventanas cerradas. Pablo Marchelle telefoneó a Garret Slader y Howard Wycliff al doctor Keyes. El médico anunció que tenía el propósito de visitar al anciano abogado por la noche.

El camión de la mudanza llegó a las cuatro. Cuatro hombres entraron a sacar los muebles. Pablo Marchelle enseñó la lista a Howard Wycliff.

—Voy a comprobar todos los artículos —dijo—. Van a llevárselo todo. Puede usted quedarse aquí. Yo vigilaré la carga.

Howard asintió con un movimiento de cabeza. El traslado de los muebles era una medida esencial para continuar buscando la escritura oculta; sin embargo, al sospecharse de Miles Vorber, era conveniente no descuidar nada.

Los hombres de la camioneta tardaron cerca de una hora en cargar los muebles pesados y voluminosos en el vestíbulo. Miles

Vorber ayudó en el trabajo recomendando constantemente a los hombres tuviesen cuidado.

Cuando la otomana salió, Pablo Marchelle entró por la puerta principal.

Entregó la lista a Wycliff, con un gesto significativo.

Declaró:

—Todos los muebles importantes han salido ya. No falta ninguno. La comprobación ha terminado.

—¿Y esto? —preguntó Howard señalando los muebles descartados en el otro lado de la habitación—. También tienen que llevárselos.

Miles Vorber entraba en aquel momento. Marchelle volvióse rápidamente hacia Howard Wycliff.

—Ciertamente —dijo—. Compruebe esos artículos. Cuando se mandan muebles a un almacén es conveniente no descuidar nada.

—He venido por los cuadros, señor —anunció Vorber a su amo—. ¿Los llevo arriba, con los libros?

—Sí —contestó el joven heredero—. Es mejor guardarlos en casa que mandarlos a un guardamuebles.

Pablo Marchelle vio la rápida mirada de Howard. Asintió con la cabeza. Fue a la pared y descolgó uno de los cuadros.

—Déjeme que yo los vaya descolgando —sugirió—. Vorber puede subirlos después que se hayan llevado los muebles. Entretanto, él puede sacar estas sillas y mesitas.

Howard Wycliff comprendió. Los cuadros habían sido inspeccionados ya anteriormente; no obstante, la referencia de Vorber era directa. Pablo Marchelle actuaba sobre seguro. Descolgando los cuadros él mismo, podía asegurarse de que ninguno de ellos ocultaba la escritura escondida.

El primer cuadro que Marchelle descolgó de la pared, fue el retrato de Cyril Wycliff, el retrato que Vorber contemplara la noche anterior. Como si fuese un accidente casual, Marchelle dejó que la parte posterior del armazón se abriese. El retrato cayó al suelo.

Al volver a colocarlo en el armazón, Marchelle se aseguró de que no había nada entre el retrato y la parte posterior del armazón.

—Voy afuera a inspeccionar los muebles —observó Howard Wycliff—. Vorber, puede usted sacar unas cuantas cosas y empezar a subir los cuadros cuando los hombres de la camioneta entren.

—Muy bien, señor.

El criado cogió una mesita y una silla. Llevó ambos objetos al vestíbulo y los dejó cerca de la puerta. Volvió en busca de dos sillas más. Howard Wycliff salió. Marchelle, descolgando otro cuatro, vigilaba con el rabillo del ojo a Vorber.

Dos hombres de la camioneta de mudanzas entraron. Vorber señaló los diversos muebles que aun estaban en la habitación. Los hombres cogieron los objetos. El sirviente habló cuando salían.

—He dejado algunas sillas en el vestíbulo —dijo—. Pueden ustedes llevárselas cuando vuelvan.

—Ese era el último viaje —observó uno de los hombres.

Tan pronto como los hombres hubieron salido, Vorber se volvió hacia Pablo Marchelle. El criado señaló el retrato de Cyril Wycliff.

—¿Puedo llevármelo ya arriba? —preguntó.

Vorber cogió el retrato. Salió de la biblioteca. Marchelle oyó que se detuvo un instante en el recibidor. Luego oyó sus pisadas subiendo la escalera.

Marchelle sonrió. Era la ocasión que deseaba.

Le daba tiempo para examinar los otros cuadros, como hábilmente hiciera con el retrato de Cyril Wycliff.

La mayoría de los cuadros eran pequeños. Marchelle examinó rápidamente los dos únicos suficientemente grandes para contener la escritura oculta.

Cogiendo media docena de cuadros, salió del cuarto. Llegó al vestíbulo en el momento, en que los hombres de la camioneta de mudanzas salían con los últimos muebles.

Subió la escalera. Llegó al tercer piso. Llamó a Vorber. El anciano criado asomó de repente la cabeza por la puerta de su cuarto.

—¿Adónde van estos cuadros? —preguntó Marchelle—. ¿Ahí dentro?

—No, no, señor —repuso Vorber precipitadamente—. Este es mi cuarto. Por aquí, señor Marchelle.

El criado condujo al abogado a una pieza situada en el fondo del pasillo. El retrato de Cyril Wycliff descansaba sobre el suelo.

Marchelle depositó sus cuadros al lado.

—Baje conmigo, Vorber —ordenó—. Le ayudaré a subir los cuadros restantes.

El criado obedeció. El y Marchelle llegaron al vestíbulo. Cogieron los últimos cuadros. Cuando los hubieron depositado en el cuarto-almacén, donde dejaron los anteriores. Pablo Marchelle miró hacia la puerta.

—La cerraremos con llave —observó—, y daremos la llave al señor Wycliff. Algunos de estos cuadros pueden ser valiosos.

—Muy bien, señor —asintió Vorber.

El criado volvió a su habitación, mientras Marchelle cerraba con llave la puerta del almacén. Con una mirada furtiva al abogado, Vorber cerró con llave la puerta de su habitación particular. Vio que Marchelle le esperaba. Le siguió cuando el abogado le hizo seña de que fuera a la escalera.

—Puede haber algún otro trabajo abajo —observó Marchelle—. Puede usted preguntárselo al señor Wycliff.

El joven heredero entraba por la puerta de la calle cuando Marchelle y Vorber llegaron abajo. El criado inquirió de su amo si deseaba algo más.

Howard consultó su reloj.

—La cena —sonrió—. Desde luego, podemos cenar fuera...

—Sería mejor hacerlo aquí —interpuso Pablo Marchelle.

—Creo que sí —asintió Howard—. Prepare la cena, Vorber. Son las cinco y media.

La biblioteca desmantelada ya no servía de sala de conferencias.

Howard Wycliff cerró las ventanas y cerró con llave la puerta. El y Pablo Marchelle subieron al segundo piso, a una salita situada en lo alto de la escalera.

—Podemos vigilar la biblioteca desde aquí —observó Pablo Marchelle—. Tenemos que estar alerta desde ahora, Howard. Desmantelarán la biblioteca mañana; pero entretanto...

—Hemos de vigilar a Vorber.

—Exacto.

Poco después de las seis, el criado subió para anunciar que la cena estaba servida.

Howard Wycliff y Pablo Marchelle siguieron al criado hasta la planta baja.

Entraron en el comedor y se sentaron a la mesa.

—Aquí tiene su lista —dijo Howard, cuando comenzaron a comer.

Pablo Marchelle recibió el papel. Echó un vistazo a los objetos anotados y las señales de comprobación que iban de arriba abajo.

Las de arriba eran las de él cuando trasladaban los muebles grandes. Las señales de abajo eran las que había hecho Howard Wycliff, clasificando los objetos pequeños y descartados.

Los ojos de Marchelle se detuvieron. En la lista había dos anotaciones idénticas, en forma de columna, anotada cerca del fondo:

Una mesa de tapa plana

Una mesa de tapa plana

Únicamente una de estas mesas había sido indicada por Howard Wycliff.

Pablo Marchelle se quedó mirando; luego arrugó la lista y se la metió en un bolsillo. Alzó la vista y vio a Vorber viniendo de la despensa.

—Lo verifiqué usted todo, desde luego —observó Marchelle a Howard.

—Sí —fue la respuesta.

—Muy bien —dijo Marchelle—. Yo dejaría la lista en la oficina mañana y la haría escribir a máquina. El mecanógrafo puede archivarla con sus papeles.

Pablo Marchelle habló en tono reposado. Comprendió por qué razón Wycliff había creído que él lo había catalogado todo. Había tomado la doble anotación por un error; y señalando una mesa de tapa plana, evidentemente terminó la comprobación.

Pero Pablo Marchelle, que había hecho la lista, recordaba dos mesas similares. Si la segunda hubiese salido después de la primera, Howard Wycliff la habría marcado, sabiendo que había dos. La respuesta era evidente.

Tan sólo una de las mesas salió de la casa. ¿Qué le había ocurrido a la otra?

Pablo Marchelle recordó que Vorber había sacado una mesa y una silla de la biblioteca. Poco después, el criado subió el retrato del difundo Wycliff.

Marchelle recordó que Vorber se detuvo un instante en el recibidor. Esta era la explicación.

¡Vorber subió la mesa también!

Seguramente estaba en su habitación, el lugar donde Marchelle

le sorprendiera. Vorber había cerrado con llave la puerta de su cuarto. Esto era insólito. Aumentó las sospechas de Pablo Marchelle.

¿De qué podía servir la mesa a Miles Vorber? Era imposible que contuviese la escritura. La tapa era delgada y sólida.

Pablo Marchelle se imaginó la mesa. Un aire de comprensión reflejose de repente en sus facciones y sus sospechas tomaron cuerpo.

Sabía ahora dónde podía estar la escritura. En posesión de una pista, comprendió la medida sutil que el difunto Wycliff tomó para ocultar el documento. Vorber había conseguido lo que buscaba. El problema consistía ahora en arrebatarlo.

Sin embargo, Marchelle se mantuvo prudentemente silencioso, con el objeto de que el criado no se percatase de lo que él había descubierto. Siempre que Vorber permaneciese en la casa, la escritura estaba a salvo, segura.

Desde luego, siempre que no entrase nadie a recoger el documento que el criado había localizado.

Pablo Marchelle no dijo nada mientras seguía cenando. No intentó hablar con Howard Wycliff, al respecto. Evitaba todo cuanto fuese motivo de sospecha para Miles Vorber. La situación se había convertido en una batalla de ingenios entre el joven abogado y el anciano criado.

Vorber miraba cautelosamente a Marchelle cada vez que entraba en el comedor. Marchelle, a su vez, se daba cuenta de que Vorber estaba alerta.

Sospechaban el uno del otro.

De Pablo Marchelle dependía el resultado de este singular dilema: si la escritura llegaría a manos de Howard Wycliff, su legítimo propietario, o si pasaría a poder de los asesinos. Marchelle se daba perfecta cuenta de que, cuando actuase, Miles Vorber ofrecería seria resistencia.

No obstante, el joven abogado no estaba preocupado. Terminó la cena, dejando que los acontecimientos siguieran su curso normal. Howard Wycliff, por completo ignorante del descubrimiento de Marchelle, terminó la cena.

Las circunstancias iban desarrollándose en la forma que La Sombra había previsto.

La crisis se aproximaba. La suerte de la escritura oculta estaba

en la balanza.

Antes de terminar la noche, unos asesinos llegarían para apoderarse del documento robado.

¡Cómo La Sombra había previsto, Miles Vorber era la clave del misterio y de su próximo esclarecimiento!

CAPÍTULO XIX

ASESINOS ENTRAN EN ACCIÓN

LA negrura de la noche había envuelto como un sudario la vetusta mansión de los Wycliff, cuando Howard y Pablo Marchelle se levantaron de la mesa del comedor para subir la escalera.

Cuando los dos jóvenes pasaron delante de las cortinas de la entrada, Miles Vorber permaneció alerta y atento hasta que las pisadas llegaron a la escalera.

Luego, con paso suave y sigiloso, les siguió. En el lúgubre vestíbulo, se apartó de la escalera y escuchó atento la conversación en voz baja que, procedente de la salita de arriba, era perceptible abajo. Había una atmósfera siniestra en el interior de la vetusta mansión.

El criado, con sus manos huesosas entrelazadas debajo de sus hombros encorvados, semejaba un fantasma como la figura espectral que viera la noche anterior en la biblioteca.

En el rostro de Vorber se leía una feroz determinación. Como La Sombra había supuesto, Miles Vorber era lo suficientemente astuto para darse cuenta, de cuando sus planes tropezaban con un obstáculo inesperado.

En el segundo piso, Howard Wycliff hablaba en voz baja con Pablo Marchelle. La conversación de Howard giró hacia el tema de la escritura desaparecida. Marchelle, con un movimiento de la cabeza y levantando un dedo, advirtió a su compañero que guardase silencio. Presintió que Vorber estaría afuera escuchando.

Sin embargo, la necesidad de obrar con cautela podía, hasta cierto punto, ser contraproducente. Existía el peligro evidente de despertar las sospechas de Vorber; el joven abogado no hizo a Howard Wycliff la menor alusión de la actitud de Miles Vorber con

respecto a la mesita.

En su bolsillo, Marchelle conservaba, plegado, el papel con la lista de los muebles. Tenía en el pensamiento la mesa desaparecida, que él creía en la habitación de Vorber; sin embargo, Marchelle tuvo buen cuidado de no mencionar nada de ello.

Howard vigilaba la escalera. Aunque aun no estaba completamente convencido de que su criado le hubiese traicionado, el heredero de los bienes de Cyril Wycliff no quería dejar nada al azar.

Desde el punto en que se encontraba, veía perfectamente la puerta cerrada de la biblioteca. En caso de que Vorber intentase hacer el menor movimiento para abrir aquella puerta, Howard Wycliff podría caer sobre él de un salto.

A Pablo Marchelle, sin embargo, le interesaba que Vorber se dirigiese a la biblioteca. Una vez que el criado se recluyese en su habitación, se imponía obrar con celeridad. Antes o después, Vorber ascendería las escaleras. Hasta que lo hiciese, Marchelle decidió que era prudente emplear la cautela.

Vorber no podía haber tenido tiempo para examinar la mesa que había escondido. Marchelle se daba cuenta de esto y por este motivo representaba ahora el papel de cazador en acecho. Pensó que tal vez Vorber, abajo, estaba también aprovechando su tiempo.

El viento silbaba en el exterior. Hacía estremecer las puertas de la morada de los Wycliff. Sopló con furia contra el pétreo muro del edificio, donde se encontraba la ventana de la habitación en que Cyril Wycliff había muerto.

Como obedeciendo a un conjunto, una figura apareció junto a aquella pared, destacándose en la oscuridad. Era una mancha de negrura, indiscernible a la visión ordinaria. Esta forma siniestra podía haber sido muy bien una porción de la noche misma, arrancada de su elemento natural por la furia del viento.

Mientras duró aquel soplo huracanado, la tenebrosa figura permaneció inmóvil. Al cabo de un momento animóse repentinamente y empezó a ascender por la pared.

La Sombra, sabiendo que podía presentarse muy pronto el resultado de los planes que había forjado, volvía a visitar secretamente la mansión de los Wycliff. Poco a poco llegó a su meta: la ventana de la habitación que había elegido como entrada

en la vieja casa.

Vigilando desde el umbral del antiguo aposento de Cyril Wycliff, La Sombra veía la luz del gabinete. Percibía el murmullo de las palabras cambiadas entre Howard Wycliff y Pablo Marchelle.

Una atmósfera de tensión, en la vetusta mansión, hacía presentir la realización de un hecho inesperado. Se presentó. Sonó un timbre. Alguien había llegado a la puerta principal. Howard Wycliff se puso en pie de un salto y se lanzó al vestíbulo. Pablo Marchelle salió corriendo tras él. La Sombra vigilaba desde la oscuridad.

En la parte inferior de la escalera, Vorber apareció repentinamente a la vista de Howard Wycliff. La prontitud con que el criado se había presentado hizo que Howard, lanzando una exclamación ahogada de sorpresa, asiese con fuerza el brazo de Pablo Marchelle.

Vorber respondió a la llamada; le oyeron hablar con alguien que se encontraba en el exterior. La puerta se cerró y el anciano criado se dirigió a la escalera. Llevaba en la mano un gran sobre amarillo.

Vio a su amo en la parte superior de la escalera. Sin demostrar sorpresa alguna, subió y entregó el sobre, explicando: —Un telegrama, señor.

Howard Wycliff tomó el sobre. Se dirigió al gabinete. Pablo Marchelle se detuvo en la puerta. Miles Vorber, como buscando un pretexto para permanecer, se quedó en el rellano de la escalera. Howard Wycliff leyó el telegrama y exclamó:

—¡Oiga esto, Pablo! Es un telegrama de Hiram Buchinson, de Chicago. Quiere que yo vaya allí para tratar de la venta de unas propiedades que poseo.

Pablo Marchelle tomó el telegrama. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

Señaló el nombre que aparecía en la parte superior.

—¡Va dirigido a su padre! —dijo—. ¿Quién es este señor Hiram Buchinson?

—Un hombre con quien mi padre efectuó algunas transacciones. No creo que Garret Slader tenga ninguna conexión con él.

—No hay ningún informe sobre Hiram Buchinson en la oficina —repuso Marchelle en tono dubitativo.

—Yo sé quién es— aseguró Howard —. ¿Cree usted que las propiedades a que se refiere sean, por casualidad, las

correspondientes a la escritura que estamos buscando? —inquirió.

—Es posible —dijo Marchelle, olvidando por un momento la presencia de Vorber—. Debemos comunicarnos con él inmediatamente. ¿Cuál es su dirección?

—En el telegrama me ruega que nos encontremos en el Hotel Dorsay —dijo Howard señalando las palabras del texto del telegrama—, el jueves por la mañana. Mañana es miércoles. Tendré que tomar el tren de la mañana para Middle West.

—¿No podría usted llegar hasta Buchinson en otra forma? —preguntó Marchelle.

Howard movió la cabeza negativamente.

—He oído muchas veces a mi padre hablar de Buchinson —dijo—. Este hombre no tiene ninguna oficina regular. Viaja continuamente.

—Podría telegrafiar al Hotel Dorsay.

—En efecto; pero lo más probable es que Buchinson no esté aun allí. Creo que lo mejor será acceder a esta cita y visitar personalmente a Buchinson.

—Pero mañana vamos a empezar la investigación en la biblioteca —repuso Marchelle.

—Usted podrá encargarse de eso —declaró Howard—. Puede ser que venga Slader... tal vez el doctor Keyes también. Los dos estuvieron la otra vez.

—Sí —reconoció Marchelle—. Nosotros dirigiremos el registro.

—En Chicago —aseveró Howard—, podré informarme sobre la propiedad a que se refiere la escritura. Le telefonearé después de hablar con Buchinson. Entretanto, si usted descubriese el documento me lo notificará.

—Lo cual le colocará en situación de discutir el asunto con Buchinson —asintió Marchelle, dándose cuenta de las intenciones del joven—. Si la propiedad vale la pena, él será el hombre más apropiado para comprarla.

—Exactamente —dijo Howard Wycliff, echando una ojeada a su reloj—. Son las ocho y media. ¿Cree usted que estará Garret Slader en casa ahora?

—Sí —repuso Pablo Marchelle—. Sería prudente que le visitara antes de marchar. Ha descuidado usted mucho los asuntos relacionados con su herencia. El señor Slader tiene los documentos

en su casa; podríamos ir en su coche ¿Por qué no ir en seguida?

Howard Wycliff se quedó mirándole, asombrado. No podía comprender el propósito de Marchelle al sugerirle que abandonasen la casa. Al ver a Vorber de pie en el descansillo de la escalera, su estupefacción aumentó.

—Pero... pero... —dijo dudando—, ¿no sería mejor hacer venir aquí a Slader? Llámeme, Pablo... O yo lo llamaré.

Pablo Marchelle frunció el entrecejo. Vorber no pudo ver esta acción porque Marchelle tenía el rostro vuelto hacia la habitación. Howard Wycliff, sin embargo, percibió la expresión. Se dio cuenta de que Marchelle debía tener una razón definida al hacerle aquella proposición.

—El señor Slader es muy escrupuloso en lo que se refiere a documentos legales —declaró Marchelle pausadamente—. Además, la biblioteca está desprovista de todos los muebles. Esta estancia tan reducida es poco adecuada para una conferencia de esa naturaleza.

—Tiene razón —asintió Howard con presteza—. Vamos ya a casa de Slader, Pablo. ¡Vorber! —Howard se encaró con el criado—, encárguese de todo esto mientras estamos fuera. No regresaremos hasta después de la diez.

—Muy bien, señor.

Howard Wycliff y Pablo Marchelle descendieron la escalera. Vorber les seguía. El criado les ayudó a vestirse los abrigos. Salieron. Cuando llegaron al coche de Wycliff, Marchelle empezó a hablarle en voz muy baja.

—¿Tiene Usted la llave de la puerta principal? —dijo.

—Claro que sí.

—Démela —dijo Marchelle—. Voy a regresar a casa.

Howard Wycliff la sacó del bolsillo. Marchelle continuó hablando:

—Ponga el coche en marcha mientras me da la llave. No quiero que Vorber sepa que vuelvo. Descenderé en la esquina, donde está la droguería y volveré sobre mis pasos.

—¿Cree usted que Vorber...?

—Vorber medita algo. No quiero decir nada más hasta que esté seguro. Ahora no puedo decirle en qué baso mis sospechas. El tiempo es muy corto. Quiero darle caza antes de que tenga tiempo para actuar.

—Estaba como sobre ascuas mientras nosotros estábamos allí.

—Eso me pareció. Estaba deseando que saliésemos. Lo pensé cuando vi la prisa que se dio en cerrar la puerta. Me di cuenta de que la única forma de hacerle enseñar sus cartas, era darle la oportunidad de obrar sin reserva.

—¿Va usted solo?

—No se preocupe por mí. Conservo aun el revólver que me dio. Lo tengo aquí, en el bolsillo del abrigo. Sería imprudente que usted viniese conmigo. Vorber puede llamar por teléfono a casa de Slader.

—Es verdad. Pero supongamos que Vorber le ve al entrar...

—Podré explicarlo. Usted está en la esquina. Diré que olvidé algunos documentos Husmearé por allí fingiendo que los busco. Luego vendré a reunirse con usted.

—Bien. Esperaré aquí unos minutos. Supongamos, sin embargo, que sorprende usted a Vorber haciendo algo...

—Entonces se lo diré por teléfono.

Pablo Marchelle descendió en la oscuridad de la esquina. Dijo a Howard que continuase durante un corto trecho más, para impedir que Vorber, si estaba vigilando desde la casa, pudiese ver al coche. Howard hizo dar media vuelta al vehículo al llegar a la esquina. Vio a Pablo Marchelle que se dirigía a la casa, rozando la pared.

Howard esperó durante unos minutos. Luego puso el coche en marcha y desapareció. Mientras se dirigía hacia la oficina de Slader, meditaba sobre el extraño desarrollo de los acontecimientos. El telegrama había cambiado todos los planes. Este mensaje de Buchinson podía tener gran importancia.

Pero lo que más le intrigaba era Miles Vorber, el criado suspicaz y reservado, cuyos movimientos sospechosos vigilaba Pablo Marchelle.

Howard Wycliff tenía el convencimiento de que él solo, sabía lo que ocurría dentro de aquella vetusta y lúgubre mansión.

El joven heredero no había visto nunca a La Sombra. En consecuencia no podía sospechar ni remotamente que un visitante misterioso e invisible había entrado en la casa.

Pero otras personas, además del fantasma de la noche, sabían lo que ocurría en la casa de Howard Wycliff.

Ward Fetzler, de pie en el suntuoso gabinete de su residencia, tenía el teléfono en la mano. Con labios balbuceantes y lívidos

refería a Hamprell los detalles del mensaje que acababa de recibir.

—¡Vorber ha encontrado la escritura! —exclamó—. No ha podido apoderarse de ella todavía. El joven Wycliff ha salido de su casa, ha tragado el anzuelo del telegrama. Ha ido a visitar al abogado.

—¿Qué me dices de Marchelle? —inquirió Hamprell rápidamente.

—Salió con Howard —respondió Fetzler—. Pero Vorber sospecha que Pablo está enterrado. Sabes lo que esto significa...

—Marchelle tratará de regresar al instante —intercaló Hamprell—. Procurará apoderarse de la escritura cuando Vorber la saque del escondite.

—Espero que Vorber no haga nada, sin estar seguro de que Marchelle realmente ha salido —observó Fetzler—. Pero no se sabe que hará Vorber. Ha estado buscando la escritura desde que Wycliff murió y está preocupado porque Marchelle le vigila. Este criado será peligroso si Marchelle intenta quitarle la escritura, pero...

—Marchelle es lo bastante hábil para conseguirlo —interrumpió Hamprell—. De todos modos, hemos de hacer algo para inclinar la balanza.

—Perfectamente —asintió Fetzler—. Por este motivo nos ponemos en marcha ahora mismo. Antes de salir, telefonea a Ham Cruther y dile que saque su banda.

—No necesitaremos a esa pandilla...

—Así sería si se tratara de Vorber y Marchelle solamente; pero si el joven Wycliff vuelve o si se da una alarma...

Ward Fetzler no terminó la frase. Martín Hamprell estaba satisfecho. Cogió el teléfono de la mano de Fetzler y llamó a Ham Cruther.

Unos asesinos habían tomado una decisión. La suerte de la escritura oculta estaba en la balanza. Dependía ahora de Miles Vorber y Pablo Marchelle. Sea quien fuere el que se apoderase del documento, el resultado sería igual en lo concerniente a estos canallas.

¡Respaldados por una banda de pistoleros, Ward Fetzler y Martín Hamprell partían a recoger los frutos de unos crímenes, dispuestos a cometer otros asesinatos para triunfar en sus planes diabólicos!

CAPÍTULO XXII

EL TIRO FATAL

DENTRO de la mansión de los Wycliff, Miles Vorber estaba de pie en su habitual actitud sospechosa. El viejo criado se hallaba en el vestíbulo inferior.

Su mano huesuda estaba posada sobre el teléfono. Sus ojos miraban hacia la puerta de la calle, que estaba cerrada.

Miles Vorber esperaba el regreso de Pablo Marchelle. Sabía que el joven abogado sospechaba la estratagema que él había usado esa tarde.

Dos caminos se presentaban ante el viejo criado. Uno era esperar y arriesgarse a un encuentro, si Marchelle regresara; el otro, confiar en la posibilidad de que el abogado realmente se hubiera marchado con Howard.

Vorber había considerado ambos planes y ahora meditaba una alternativa.

¿Cuál sería el riesgo? Mirando aun hacia la puerta, tomó una decisión. Alzó el teléfono y marcó un número. No hubo respuesta.

Una sonrisa astuta apareció en sus labios. Había telefoneado a la casa de Félix Gerwin, un ex juez, amigo de Pablo Marchelle.

Sabiendo que Gerwin no estaba en casa, Vorber estaba libre para ensayar su plan.

Marcó otro número: el de la casa de Garret Slader. Oyó la voz del anciano abogado por el alambre.

—Soy Vorber, señor —dijo el criado—. Hablo desde la casa del señor Wycliff...

Antes de que pudiese terminar la frase, Slader le interrumpió bruscamente.

Oyó decir a Slader que llamaría a Howard Wycliff al teléfono.

Frunció el ceño. No había tenido la intención de llamar a su joven dueño. No obstante, esperó hasta que la voz del joven sonó por el hilo.

—Hola, Vorber ¿qué pasa?

—Deseaba hablar al señor Marchelle —contestó el criado—. Han preguntado por él por teléfono y me dieron un recado para él.

—Démelo a mí —indicó Howard.

—Pero si el señor Marchelle está ahí —protestó débilmente el sirviente—, puedo darle el recado...

—El señor Marchelle está aquí —dijo la voz áspera de Howard Wycliff—. Está ocupado. Deme el recado, Vorber.

—El juez Gerwin telefoneó —balbuceó el criado—. Dijo... dijo que le llamara el señor Marchelle a su casa. Ahora no... pues el juez no estará en su casa hasta las diez... pero más tarde...

—Muy bien, Vorber.

El teléfono emitió un chasquido. Howard Wycliff había terminado la conversación. Vorber creyó que el asunto estaba liquidado. ¡Habría sufrido una profunda decepción si hubiese podido ver a través del alambre!

De pie en el gabinete de Garret Slader, con el teléfono en la mano, Howard Wycliff miraba a Slader y al doctor Barton Keyes. El rostro del joven tenía un aire preocupado.

—¿Qué ocurre, Howard? —interrogó Slader.

—Muchas cosas —explicó el joven heredero—. La llamada de Vorber. Quería saber si Marchelle estaba aquí.

—Usted nos dijo que Marchelle se quedó en su casa.

—Allí está, pero Vorber lo ignora. No tenía yo la intención de hablar de esto hasta que Pablo me telefonease. Pero con la llamada de Vorber... francamente, estoy preocupado.

Howard Wycliff paseó de un extremo a otro del aposento. Se detuvo de pronto y brevemente explicó la situación.

—Pablo Marchelle cree que Vorber ha localizado la escritura en cuestión —dijo—. Pablo y yo estamos convencidos de que Vorber tenía la llave de la puerta de la biblioteca. Vorber ha observado una conducta sospechosa esta noche. Tan pronto como Pablo y yo salimos, Pablo volvió a la casa para ver lo que Vorber hacía.

—En este caso Marchelle debe estar allí en este momento —murmuró Slader.

—A menos que le haya ocurrido algún percance —repuso Howard—. La llamada de Vorber, su fingida ansiedad por saber si Pablo estaba aquí...

—Tal vez sea un ardid —terminó el doctor Keyes.

—¡Tenemos que ir a la casa al instante! —exclamó Garret Slader—. Vamos, Howard. ¡Iremos en su coche!

La decisión era extraordinaria, viniendo del anciano y letárgico abogado.

Demostraba que Garret Slader se interesaba vivamente por la suerte de su amigo. Fue el doctor Keyes quien se manifestó recalcitrante.

—Debemos proceder con cautela. ¿Y si llamamos a la policía? Vorber me preocupa. Este asunto misterioso y siniestro me inquieta...

—¿Por qué? —inquirió Howard.

—Me da que pensar la muerte de su padre —declaró Keyes—. Si Vorber busca esa escritura quizá tuvo que ver algo con su enfermedad. Me ha intrigado la muerte del doctor Arberg. Señores, insisto en que llamemos a la Jefatura de policía.

—Como guste —dijo Garret Slader—. Howard y yo partimos al instante. Ahí tiene el teléfono, Keyes. Llame a la policía, si así lo desea. Su coche está afuera. Puede usted seguirnos.

Garret Slader salió de aposento. Howard Wycliff le siguió inmediatamente.

Barton Keyes quedó solo. Cogió el teléfono para llamar a la policía.

En la mansión de los Wycliff, Miles Vorber paseaba por el vestíbulo delante de la puerta de la biblioteca. Al fin, el criado se volvió hacia la escalera.

Al hacerlo, dos movimientos se hicieron visibles: uno, arriba; el otro abajo.

Vorber no vio a ninguno de los dos.

En el rellano de arriba, dos ojos ardientes que habían estado vigilando a Vorber desaparecieron de pronto. Una figura negra se fundió en la oscuridad de arriba.

Miles Vorber continuó ascendiendo. Llegó al tercer piso, sin darse cuenta de que una silueta negra se deslizaba delante de él y sin percibir unas pisadas sigilosas y amortiguadas que le siguieron

los pasos.

Llegó a su cuarto. Abrió con llave la puerta. Escuchó atento y finalmente encendió la luz.

Dejando la puerta entornada para oír cualquier ruido exterior, fue a uno de los huecos de la pared. Sacó la mesa desaparecida. Este mueble tenía patas largas y delgadas y una tapa fina y sólida.

Colocando la mesa con la tapa sobre el suelo, arrancó una de las patas. Sonó el crujido de madera. La pata, arrancada, quedó en las manos de Vorber.

Evidentemente, la pata de la mesa parecía sólida, al examinarla Vorber a la luz. Mas cuando el viejo criado la atacó con un cortaplumas, obtuvo un resultado inmediato.

Rascando la madera, descubrió que la parte superior de la pata tenía una especie de enchufe. Este se desprendió al hurgarlo con el cortaplumas.

Una sonrisa de triunfo apareció en el rostro de Vorber. Introduciendo los dedos en la cavidad, extrajo un rollo de papel.

¡La escritura escondida estaba en sus manos!

¡Había descubierto el escondite de Cyril Wycliff! ¡Era una pata hueca del mueble perteneciente a la biblioteca del difunto! ¡El sitio más inesperado!

Entre sus manos huesudas, Vorber desenrolló la escritura. Comenzó a leerla.

Vio que se refería a una propiedad en Utah.

De repente los ojos de Vorber se quedaron fijos. Sus manos se tornaron rígidas. Su cabeza se alzó lentamente volviéndose hacia la puerta. Sus dedos se quedaron helados sobre el documento.

¡De pie en el umbral, empuñando un revólver, estaba Pablo Marchelle!

Los ojos del joven abogado fulguraban fríamente. Vorber se estremeció ante la mirada de indignación.

—¡So ladrón! —exclamó Marchelle, despectivamente—. ¡Ya me parecía que su conducta era sospechosa! ¡Le he atrapado con las manos en la masa!

Vorber frunció el ceño. Su temor momentáneo había desaparecido.

Audazmente, se enfrentó con el hombre del revólver. Esperó a ver lo que Marchelle se proponía a hacer.

Anunció el abogado:

—Si ofrece resistencia, dispararé. Le advierto, Vorber, que ha perdido la partida. ¡Suelte ese documento antes de que dispare!

El tono de Marchelle era amenazador. Vorber, reacio, obedeció. Estuvo a punto de desplomarse cuando soltó la escritura. Adoptando una actitud de temor, se arrodilló.

En ese momento, un ruido sordo llegó desde abajo. El ruido indicaba que se abría la puerta de la calle.

Marchelle descuidó su vigilancia un momento. Al instante, la mano de Vorber descendió al suelo. Agarrando la pata hueca que arrancara de la mesa, el criado, profiriendo un grito de rabia, se abalanzó sobre Pablo Marchelle. El joven no tuvo tiempo de disparar. Al esquivar el golpe, Vorber le asió la muñeca derecha. Marchelle, con el brazo izquierdo, desvió la pata de la mesa. Los dos hombres se agarraron fuertemente. Abrazados fueron de un lado a otro del cuarto, luchando furiosamente.

Oíase el ruido de pisadas que provenían del segundo piso. Howard Wycliff apareció a la vista. Vorber observó la llegada de su amo. Marchelle no lo vio.

Momentáneamente, la fuerza de Marchelle disminuyó, cuando el joven abogado trató de zafarse de la presa de Vorber. El criado, en un paroxismo de rabia, asestó un fuerte golpe con la pata de la mesa, haciendo saltar el revólver de la mano de Marchelle.

El joven abogado se lanzó sobre el criado y de nuevo se abrazaron. Mientras él y Vorber se revolvían, Marchelle vio a Howard Wycliff. Intentando evitar los golpes salvajes que Vorber le estaba asestando con la pata de la mesa, Marchelle gritó pidiendo auxilio.

—¡Deténgale! Él robó la escritura.

Howard vio el documento sobre el suelo. Dio un salto hacia delante y recogió el revólver, al mismo tiempo que se presentaba, Garret Slader.

Cuando Marchelle y Vorber estrecharon repentinamente su brazo, Howard apuntó a su criado.

Viendo esta acción, Vorber se hizo a un lado. Soltóse del abrazo con un violento esfuerzo y se colocó de un salto detrás de Marchelle cuando Howard hizo fuego.

Vorber vio acercarse la muerte cuando el dedo de Howard

Wycliff oprimió el gatillo. Pablo Marchelle también sintió la proximidad de la muerte cuando sus ojos observaron la alcoba.

Allí, surgiendo de la oscuridad, apareció una figura enlutada y siniestra.

¡La Sombra!

El sonido terrorífico de un disparo hizo estremecer los muebles de la habitación. Este disparo no procedía del revólver de Howard Wycliff, sino del de La Sombra.

Una pistola automática, empuñada por una mano cubierta con guante negro, había lanzado una lengua de llama, mientras los ardientes ojos del poseedor de la mano dirigían la puntería.

Los hombres que luchaban cayeron al suelo, unidos en el estrecho abrazo.

Howard Wycliff quiso contenerse, pero ya era tarde. Las balas de su revólver pasaron silbando sobre las cabezas de aquellos dos hombres.

Paralizado de asombro, enteramente inconsciente de la presencia de La Sombra, Howard Wycliff vio que uno de los combatientes se levantaba, dejando caer al suelo el cuerpo inerte de su antagonista.

Un grito ronco de indignación brotó de los labios de Howard.

El hombre que se levantaba era Miles Vorber. La figura inmóvil en el suelo era Pablo Marchelle. En su nervioso estupor, Howard Wycliff creyó que había disparado sobre su amigo, en vez de hacerlo contra el criado a quien consideraba a un traidor.

Howard Wycliff estaba equivocado. No fue su mano la que había herido mortalmente al abogado. La Sombra, oculto de nuevo en la oscuridad de la alcoba, había disparado el tiro fatal.

Fue La Sombra, que jamás erraba, quien había decidido la batalla. En su designio de salvar la vida del hombre que merecía vivir, La Sombra escogió a Pablo Marchelle como su víctima en vez de Miles Vorber.

CAPÍTULO XXIII

SE REVELA LA VERDAD

MILES Vorber, jadeante permanecía erguido con la pata de la mesa en su mano agarrotada. Había acabado la lucha para el anciano sirviente. Sus ojos, sin embargo, reflejaban todo el rencor que sentía cuando su mirada se posó en la forma extendida de Pablo Marchelle.

Cuando Howard Wycliff alzó de nuevo su revólver, Vorber se dirigió a la puerta. Se detuvo al oír la orden de su dueño. Garret Slader acababa de entrar.

Se inclinó sobre Pablo Marchelle mientras Howard apuntaba a Vorber con su arma. El anciano abogado levantó la cabeza.

—Marchelle no fue más que un accidente desgraciado.

Slader señaló la escalera. Con una mirada de pesar al cadáver de Pablo Marchelle, Howard Wycliff ordenó mecánicamente a Vorber que descendiese. Un trío silencioso —Vorber, Howard y tras ellos Slader— llegó al vestíbulo de la planta baja.

Allí fue donde Vorber inició su protesta pasiva. Apoyado contra la pared, enarbolando aun la pata de la mesa, miró a Howard Wycliff e intentó explicar su actitud.

—Lo hacía por usted, señor. Su padre temía a sus enemigos. Me lo dijo para asegurarse de que todo iría bien después de su muerte.

—¿Por qué no me lo dijo usted? —preguntó el joven—. No le creo, Vorber. Usted sabía que Marchelle era mi amigo.

—No lo era, señor —se lamentó el criado—. Intentaba apoderarse de la escritura. Me di cuenta desde el primer día. La quería para sí... o para otros...

—¡Cállese, Vorber! —ordenó Garret Slader secamente—. Conocemos sus intenciones. Usted estaba furioso por que Cyril

Wycliff no se acordó de usted para nada cuando hizo su testamento. Howard ha explicado ya todo eso.

—El señor Wycliff se acordó de mí —dijo Vorber con aspereza—. Puedo probarlo, señor. Tengo mis talonarios de cuentas corrientes en mi habitación. También libretas de la Caja de Ahorros. Poseo diez mil dólares, señor... El señor Wycliff me dio el dinero antes de morir. Así obraba mi antiguo señor. Me recompensó por la fidelidad con que le había servido cuando estaba vivo aun... no después de muerto.

—Emplearemos esta declaración en contra suya, Vorber —advirtió Slader, aun no convencido del todo—. Si alguien le ha pagado para que le venda esta escritura, su pretexto de que recibió el dinero del señor Wycliff no le servirá de nada. Ya aclararemos si dice la verdad o no. De todas formas le entregaremos a la policía tan pronto como lleguen.

—¡Aquí están! —exclamó Howard.

Abriose la puerta principal. Miles Vorber, como los otros, se volvió para ver los hombres que entraban. No eran detectives.

Howard Wycliff y sus acompañantes miraron con sorpresa los rostros de Ward Fetzler y Martín Hamprell. Antes de que pudieran moverse, Hamprell lanzó un grito de reconocimiento. Recordó al trío. Los conocía de cuando representó el papel de doctor Arberg.

El revólver de Hamprell brilló entre sus manos. Cuando Fetzler lanzó un silbido de llamada, otros rostros surgieron de la oscuridad. Ham Cruther, el jefe de la banda, y dos pistoleros llegaban revólver en mano. Ward Fetzler gritó su orden con voz ronca.

Dijo: —¡Denme la escritura!... ¡Ahora mismo!

Estúpidamente, Garret Slader alargó el documento. Fetzler rió alegremente mientras leía su contenido.

Dijo:

—¡Esto es lo que yo quería! —Luego con aire interrogador, en tono severo, preguntó:— ¿Dónde está Pablo Marchelle?

—Muerto —dijo Howard Wycliff pesaroso—. Ya que era un ladrón.

—En efecto —dijo Fetzler con perversa sonrisa—. Era mi confidente en esta casa. Ha muerto... ¡Pobre Marchelle! Debió esperar hasta que yo llegase.

“Las circunstancias nos obligan a dar el pasaporte a unos

cuantos más. Es lamentable, créame, que ustedes tres descubriesen este documento. Esto no nos deja más que una alternativa: matarles. Antes de que mueran, sin embargo, permítame que me presente. Soy Ward Fetzler, ex dueño de las propiedades que se mencionan en esta escritura... propiedades que representan millones.

“Quise que me devolvieran este documento. Ofrecí a Cyril Wycliff una suma considerable por él. Rehusó. Estudié entonces sus negocios. Así entré en relaciones con Pablo Marchelle. Era un abogado joven y ambicioso; su asociado, sin embargo, era un viejo que empleaba métodos anticuados y por consiguiente no tenía ni un cliente que valiese la pena. Me refiero a usted, Garret Slader.

“Marchelle aceptó la oferta monetaria que le hice. Le di cierta cantidad en metálico, ofreciéndole todavía más si trabajaba para mí. La muerte de Cyril Wycliff era necesaria. Pagué a un hombre para que lo asesinara. Mi hombre se vio obligado también a liquidar a Johan Arberg, para poder adoptar su personalidad. Vino aquí, bajo el disfraz de doctor Arberg, y consiguió que se le administrara a Wycliff una inyección mortal.

De las gargantas de Howard Wycliff y de Garret Slader brotaron al unísono exclamaciones de horror. En el rostro de Vorber se leía una furia insana. Esta mención del cobarde asesinato de su amo, despertó en el anciano criado un deseo irrefrenable de venganza.

—Marchelle nos prestó un gran servicio —continuó Fetzler en tono reflexivo—. Me tenía siempre perfectamente informado de todo cuanto ocurría aquí. Hace unas noches me telefoneó desde el vestíbulo del teatro donde esperaba a Howard Wycliff. Me dijo cómo se desarrollaba el asunto.

“Esta noche me ha llamado desde el almacén de drogas que hay en la esquina de esta calle. Me informó que Vorber había localizado el documento. Añadió que regresaba aquí para vigilarle. Me apresuré a venir. Desgraciadamente llegué demasiado tarde para salvar a Marchelle.

El rostro de Fetzler experimentó un cambio notable. Sus ojos perdieron la calma que había conservado hasta entonces y se iluminaron con fiereza.

Había algo ahora que le inspiraba a matar a aquellos hombres y que era más que un mero deseo dictado por la necesidad. Quería vengar la muerte de su valioso cómplice.

—Este es el asesino —gruñó Fetzler—. Martín Hamprell es su hombre. Nunca volverán a oírlo por que dentro de unos momentos acabará con todos ustedes, terminando así la serie de crímenes que tan necesarios nos han sido.

Cuando Fetzler se volvió para dar la orden a Hamprell, Miles Vorber actuó.

Gritando como un poseso, el criado levantó la pata de la mesa al mismo tiempo que saltaba como un tigre en dirección al criminal. Martín Hamprell se volvió para disparar sobre Vorber.

Cuando el asesino empezaba a apretar el gatillo de su revólver, sonó una detonación en la escalera.

Martín Hamprell se desplomó sobre el suelo. Ward Fetzler, mirando estupefacto en dirección al sitio en que se había oído el disparo, distinguió a La Sombra. También vieron al rey de la noche los otros cuando desviaron su atención hacia la puerta, al oír el grito de estupor de Ward Fetzler. La aparición de aquella figura siniestra, un espectro de alta estatura que asía en su mano enguantada de negro, una pistola automática aun humeante, llenó de terror los perversos corazones de los cobardes *gangsters*.

Una risa sardónica, espeluznante, resonó en la escalera. Sus sonos despertaron los ecos de la vieja mansión, que los devolvieron centuplicados.

Antes de que se extinguiera esta prueba de satisfacción de La Sombra, apareció en su mano izquierda otra pistola más.

Las dos automáticas empezaron a disparar sin interrupción. Desde el vestíbulo, brotaron lenguas de fuego procedentes de las armas que repelían su agresión.

Instintivamente, Garret Slader y Howard Wycliff se dejaron caer al suelo.

Las balas pasaban silbando sobre sus cabezas. Los *gangsters* disparaban furiosamente, pero con precipitación. Ham Cruther y sus hombres no constituían ningún peligro serio para La Sombra.

Cruther cayó. Uno de sus lugartenientes se desplomó lanzando un grito ahogado. Otros, saliendo a la puerta, desaparecieron tragados por la oscuridad.

Ward Fetzler acababa de sacar su revólver. Tomaba puntería con todo cuidado. La Sombra no se dio cuenta... o fingió no darse cuenta porque había visto a Miles Vorber apoyado en la pared, que

se acercaba cautelosamente al criminal.

El sirviente había visto huir a los gangsters. Dando un rugido de furia, enarboló la pata de la mesa y la descargó con toda su fuerza sobre el cráneo de Ward Fetzler.

El autor del sangriento complot cayó hacia delante. De su cabeza brotó la sangre a torrentes. Quiso evitar otro golpe y empezó a arrastrarse penosamente por el suelo. Vorber no se detuvo ni un momento.

Volvió a alzar su arma y continuó golpeando la cabeza de Fetzler hasta que la pata de madera quedó reducida a fragmentos.

La Sombra había cedido aquella acción a Vorber. Le presentó esta oportunidad de probar su fidelidad a Howard Wycliff. Vorber había vengado cumplidamente el cobarde asesinato de su antiguo y querido amo Cyril Wycliff.

Garret Slader y Howard Wycliff se volvieron a la escalera, para observar al asombroso salvador de sus vidas. Todo lo que vieron fue una forma espectral... una mancha de negrura que se esfumó en la oscuridad del vestíbulo superior.

Sonaron disparos en el exterior. Los protegidos de La Sombra retrocedieron creyendo que se aproximaba un nuevo peligro. Entraron el doctor Barton Keyes y un individuo rechoncho y moreno, José Cardona, el as de los detectives neoyorquinos. Una escuadra de policías les seguían. Llegaron a tiempo para encontrarse con los *gangsters* fugitivos y reducirlos a la impotencia, después de una breve refriega.

Garret Slader recogió la escritura recobrada y la entregó a Howard Wycliff.

El joven se volvió y extendió su mano a Miles Vorber. Los delgados labios del fiel criado se abrieron en una sonrisa, cuando su mano recibió el apretón agradecido de la de su dueño.

El reinado del crimen había terminado. Por medio de Miles Vorber, La Sombra había resuelto el triángulo. El criminal trío, Ward Fetzler, y autor del complot, Martín Hamprell, el ejecutor, y Pablo Marchelle, el traidor, habían caído víctimas de la justicia inexorable de La Sombra.

El extraordinario luchador que realizara este hecho asombroso ya había desaparecido. En la confusión que reinaba abajo, La Sombra salió por la ventana del piso superior. Procedía de la noche

y a la noche regresó.

Un viento fuerte continuaba soplando contra las viejas paredes de la mansión. En las tinieblas de la noche brotó una risa sardónica, que se convirtió poco a poco en un grito susurrado de significación siniestra.

Terminaron los ecos. El cántico de triunfo que señalaba las muertes de los asesinos de Cyril Wycliff y Johan Arberg se desvaneció en la noche.

Como la risa, La Sombra había desaparecido en la nada. Su grito triunfal era la prueba de su poder invencible, extraordinario.

Hijo de la oscuridad, La Sombra volvía a las tinieblas, para volver a aparecer tan pronto como llegara a sus oídos la proyección de un nuevo crimen.

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN

Título original: *The Death Triangle*